Escribiendo la Biblia

José Flores

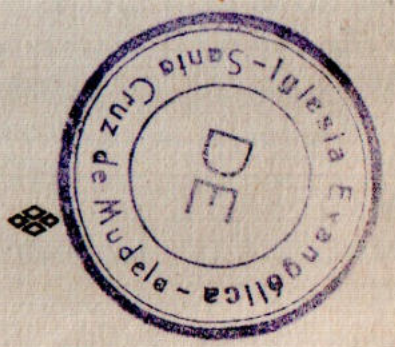
Este libro es propiedad
de la I. B. P.
El bibliotecario

ESCRIBIENDO LA BIBLIA

ESCRIBIENDO LA BIBLIA

POR

JOSE FLORES



EDITORIAL EVANGELICA
525, Eastern Ave., S. E.
Grand Rapids, 6. Michigan
U. S. A.

INDICE

	Págs.
Prólogo	VII
Prefacio	1
Origen y evolución de la Escritura	9
El Libro de los libros	43
La Arqueología y la Biblia	73
El texto del Viejo Testamento	107
El texto del Nuevo Testamento	139
Manuscritos, versiones y citas	169
La Crítica Textual	209
Inspiración y Canon de la Escritura	249
Las Biblias en español	281

Iglesia Evangélica - Santa Cruz de Mudela
DE

Prólogo

Los cristianos evangélicos siempre constituiremos aquella parte de la cristiandad para la cual la Biblia es norma de Fe y Vida. Esto por un lado. Por otro, la Biblia misma es para nosotros la fuente de Fe y Vida. Fueron los cristianos de la Reforma quienes, movidos por el texto bíblico, denominaron a la Biblia preferentemente "Palabra de Dios": En la Biblia, pensaban ellos, Dios ha hablado, Dios habla y seguirá hablando a la humanidad. A Dios le ha placido que se encuentre expuesta en un libro, expresada con palabra humana, la manifestación de su voluntad, revelada a sus elegidos, para que la diesen a conocer a otros, y encarnada personalmente en su Hijo Jesucristo. Pero también el Hijo anuncia "la palabra", sin por eso dejar él mismo de ser la Palabra. Y como a él y, antes, a los profetas, vemos, asimismo, a los apóstoles predicando "la palabra". La Palabra, esa palabra revelada por Dios, predicada por los profetas, encarnada en Jesucristo, anunciada por los apóstoles, es la que se encuentra en la Biblia. Por eso nos es ésta norma de

Fe y Vida: porque nos da Fe y Vida. Es la Palabra la que viene a nosotros, no nosotros los que vamos a ella. Ella es la que nos llama, es Dios el que por ella nos llama, y nosotros somos quienes han de responder. Nuestra verdadera "responsabilidad" de hombres se despierta cuando respondemos al llamamiento divino. Sólo entonces advertimos que estamos en el mundo para amar a Dios y a nuestro prójimo. Y entonces, pero sólo entonces, cobra nuestra vida verdadera existencia; porque ya no vivimos sólo de pan, "sino de toda palabra que sale de la boca de Dios", y ya no andamos mitigando nuestra sed espiritual en fuentes extrañas, sino que gustaremos de un agua que calma la sed eternamente. Ese vivir, alimentarse y beber de la palabra de Dios es creer, es tener fe, es gozar de la comunión con Dios.

Todo esto no quita que la Biblia sea un libro. Porque Dios conoce como nadie nuestras limitaciones, ha querido que poseamos algo visible, tangible y audible a qué atenernos: La Biblia, a la cual por su contenido llamamos, con razón, Sagradas Escrituras. No podemos vivir sin usar de nuestros sentidos. De aquí que a Dios le haya placido hacer llegar hasta nosotros el testimonio escrito de su revelación, como le ha placido también que usemos del agua para el Bautismo o del pan y el vino para la Santa Cena. Y la Biblia es un libro grande, no solamente en extensión, sino en profundidad; en cuanto a ésta, su grandeza no será comprendida jamás por el hombre, porque resulta, sencillamente, insondable.

El autor de la presente obra ha recibido la encomienda especial de dar a conocer la Biblia a los españoles, y consciente de este singular privilegio, vuelve a dirigirse a nosotros apenas lanzada a la publicación su obra anterior: "Conozca la Biblia". El sabe teórica y prácticamente que aunque basta con que leamos la Biblia (pues atinadamente decía Lutero que la Biblia es el mejor intérprete de sí misma), el lector, impulsado tanto por la lectura y la meditación consiguiente como por el deseo natural de poder razonar delante de otros su amor a la Palabra, se interesa vivamente por la historia del Libro de los libros. De aquí el empeño del autor por orientar al presente y al futuro lector de la Biblia. Los evangélicos de habla castellana carecemos de esta clase de obras de consulta, igual que andamos faltos de comentarios al texto bíblico.

Pero ESCRIBIENDO LA BIBLIA *hace algo más que orientar: ilustra al lector, guiándole a un terreno, al cual difícilmente llegaría solo, e introduciéndole en él para explicarle, acto seguido, todo cuanto le sale al encuentro. Apenas si habrá alguna cosa que deje de interesarle. Ya la cuestión del origen y evolución de la escritura en general llega a fascinar. La escritura tiene su origen en la magia. La palabra escrita, antes de llegar a serlo, fué signo mágico de valor positivo. Y como tal persistió durante siglos al lado de los trazos puramente geométricos, "cerebrales"..., y persiste hasta hoy en diversos pueblos. Las necesidades de la vida diaria, la legalización de relaciones urbanas, familiares, comerciales o políticas obligó a valerse de signos convencionales sin otro valor que el directamente práctico. Lo que es la palabra en el "conjuro" mágico, eso era (y es) en otras culturas que la nuestra el signo escrito, que no se debe confundir con ciertos dibujos o escenas enteras que se hallan dentro o fuera de las cuevas prehistóricas. En principio, el signo mágico no corresponde a letras, sino a una o varias palabras que expresan un pensamiento. Gracias a la cuidadosa documentación con que el autor de* ESCRIBIENDO LA BIBLIA *apoya la exposición de*

sus ideas, el lector puede conocer el desarrollo de la escritura en aquellos países o reinos que juegan importante papel en el relato bíblico y, a más, convencerse de que el alfabeto ya existía antes de Moisés y que éste se valió de una escritura de letras, también lejos de toda magia. Si la "palabra de Dios" es infalible y tiene potencia para condenar y perdonar, no se debe ello a que fuera escrita en una u otra forma, sino en que proviene de Dios mismo. Se comprende que esto sea aplicable tanto al Antiguo Testamento como al Nuevo Testamento. La "inspiración" del texto bíblico consiste, sobre todo, en que Dios se ha comunicado con el escritor bíblico y esto con el fin de que el varón inspirado lo comunicase a los demás. Por eso, aun figurando en la Biblia la enseñanza "esotérica" (para el círculo reducido de los elegidos; por ejemplo: los profetas o los discípulos de Jesús) y la "exotérica" (para la generalidad de los oyentes), todo cuanto el texto bíblico contiene es de carácter esotérico, o sea, es para todos: Lo que Dios manifiesta al escritor bíblico éste lo da a conocer a la humanidad. De aquí que la cristiandad evangélica ponga empeño en que la Biblia alcance la mayor extensión posible; porque creemos y sabemos que la Biblia

como Palabra de Dios se basta por sí sola para, mediante la obra del Espíritu Santo, congregar, mantener y conservar a la Iglesia de Cristo hasta que él venga. Los reformadores no distinguían entre "inspiración verbal" e "inspiración global", sino que ellos aceptaban el texto bíblico completo; pues para ellos era Palabra de Dios, tanto en lo dicho por Dios como en lo hecho por El. Justamente esta actitud les llevó a procurar ofrecer a las gentes la mejor traducción posible de los textos hebreo y griego de la Biblia. Si hoy, gracias a los recientes descubrimientos de que ESCRIBIENDO LA BIBLIA *da tan exacta noticia, pueden lograrse traducciones todavía mejores, ello no puede ser sino motivo de satisfacción para los cristianos. Pero, en realidad, apenas si las traducciones modernas de la Sagrada Escritura ofrecen algo más que un texto gramaticalmente moderno. Cuanto más comprensible nos sea éste, mejor. Parece que la mejor traducción del Pentateuco al alemán es la que acaba de realizar el sabio Martin Buber, pensador judío y uno de los más autorizados entre los grandes intelectuales del presente. Dicho sabio se ha valido de textos hebreos que tiene a mano en Jerusalem y que, al parecer, superan a todos los conocidos. Sin embargo, él mismo (y su colaborador) confiesa que su traducción tiene una fuerza de expresión tan extraordinaria porque corresponde al texto hebreo mismo, pero que en lo esencial, o sea, en lo que Dios habla y hace, tal y como lo conocemos en las demás versiones fidedignas, no ha variado nada.*

Lo que necesitamos todos es, precisamente, esto: Ganar más y mayor confianza en la Biblia, creyendo que Dios se nos revela en ella, manifestándonos su santa voluntad de guardar comunión con nosotros, exigiéndonos verdadero arrepentimiento y fe en el Evangelio encarnado en su Hijo Unigénito Jesucristo, en el cual tenemos eterna salvación.

ESCRIBIENDO LA BIBLIA, *al mostrarnos cuestiones, enrevesadas, a veces, acerca de cómo fué escrito el texto bíblico, quiere ayudarnos a cobrar aquella confianza o reafirmarnos en ella, y por eso resulta innecesario alargar este prólogo, que pretende introducir al lector en una tarea tan valiosa y necesaria como el estudio atento de* ESCRIBIENDO LA BIBLIA. *Y el fin de dicho estudio no será, seguramente, sólo el atesorar nuevos conocimientos, sino el disponer de nuevos medios para que nuestro testimonio público de Jesucristo*

sea todavía más claro, más firme, más fundado, más alentador, más capaz de hacer oír a quienes nos rodean que Cristo es la esperanza del mundo.

DR. M. GUTIÉRREZ MARÍN.

Prefacio

Revalorizar el Libro de Dios fué el móvil que nos llevó a escribir "Conozca la Biblia", simplemente en beneficio de nuestros compatriotas y amigos de lengua hispana, en una época de postguerras, que tiende hacia el materialismo. Y hemos de confesar que el resultado ha sido notable y que tantos y tantos han mostrado su agradecimiento y su aprovechamiento de la Biblia. Muchas cartas conmovedoras han llegado hasta nosotros, y, a decir verdad, nuevas preguntas acerca del maravilloso Libro Santo han surgido en los corazones, tanto de quienes ya han puesto su confianza en Jesucristo-Dios, como de aquéllos que se acercan por primera vez a esta gloriosa Verdad.

No es de extrañar que tales preguntas afloren a nuestros corazones, pues el mismo San Agustín decía: "Dios, con todo intento, sembró de dificultades los Sagrados libros, que El mismo inspiró, para que no sólo nos excitáramos con más intensidad a revolverlos y escudriñarlos,

sino también, experimentando saludablemente los límites de nuestro ingenio, nos ejercitáramos en la debida humildad."

Ahora bien, dice un adagio que "el hombre nace y se hace", y, aunque, en rigor, todo cuanto nos rodea ejerce una función docente, son los libros y los maestros (los primeros sustituyen en tantos casos a los segundos) los dos factores decisivos de cualquier fórmula pedagógica. Teniendo en cuenta, de un lado, el viejo "Verba volant, scripta manent" y de otro la carencia de medios adecuados para el estudio con maestro, en algunas circunstancias, recurrimos al libro como fácil compañero y enseñador. Este ha "hecho" a muchos notables hombres autodidactos que andan por el mundo, y que se destacan en los medios evangélicos.

Hemos tratado, por lo tanto, de contestar en el presente libro a muchas de las preguntas que han surgido de modo espontáneo al ponerse el lector en contacto con la Biblia. Pero debemos adelantar que no pretendemos, al publicarlo, sino ofrecer al que lea un campo de estudios por el que él mismo se sienta inclinado a proseguir. Tal vez el hecho de que algunas preguntas, o algunos pensamientos, son de difícil solución hace apartar a muchos de la investigación bíblica, y quizás a otros de dar contestaciones inteligentes, siendo así que debemos buscar la verdad a toda costa y considerar este "buscar" como nuestro lema de estudiantes sinceros de la Biblia.

El hombre que profundiza en el estudio de "los libros Sacros" va abandonando poco a poco errores o apreciaciones falsas que en un tiempo le parecieron buenas y que, sin embargo, al elevarse a un plano superior las encuentra reducidas a meras especulaciones humanas. En este sentido el presente libro se presenta como otro paso más en nuestro estudio de la Biblia, que nos empuja a un trabajo de investigación personal, como una ventana más que nos abre aquel vasto campo por el que nosotros hemos de avanzar, observando y estudiando.

El fundamento de todo estudio de la Biblia debe residir en el conocimiento de su historia como libro, especialmente si consideramos que lo que leemos es sencillamente una traducción de ciertos libros escritos en otras lenguas hace muchos siglos, consideración que nos lleva de la mano al origen de la escritura. Mas, si tenemos en el Antiguo Testamento una revelación

que nos conduce a Cristo, preciso es colocar esos documentos en su verdadero orden para poder entender el curso que siguió aquel desarrollo. Y si la Biblia debe ser estudiada históricamente, entonces la crítica es indispensable, ya que la historia se nos da en documentos y estos documentos deben ser fechados y analizados para que podamos situarlos en su propio lugar.

Nos encontramos, de consiguiente, con varios problemas. Si las lenguas que Dios escogió como vehículos de revelación han sido posteriormente vertidas a otros idiomas, es natural que deseemos saber cuáles fueron aquéllas lenguas y cuál el proceso de las traducciones o versiones. No puede ser este un asunto indiferente para el lector y estudiante de la Biblia.

El difunto Canon Streeter, escribiendo acerca del escaso número de manuscritos de los clásicos y de la fecha reciente de muchos, dice: "...aparte de ciertos fragmentos, no hay manuscritos de los griegos clásicos anteriores al siglo nono y muy pocos anteriores al siglo décimo segundo", pero refiriéndose a los documentos de la religión cristiana añade: "el estudiante del texto de los Evangelios tropieza con una dificultad de carácter opuesto. Hay más de dos mil trescientos manuscritos griegos, de los cuales unos cuarenta tienen más de mil años de existencia..."

El doctor Streeter escribió estas palabras hace más de veinte años y, desde entonces, en las arenas de Egipto y en Oriente Medio se han hecho descubrimientos emocionantes que robustecen todavía más la historicidad de la Biblia. De aquí que la ciencia de la Arqueología venga a sernos útil en nuestro estudio de los libros santos.

Otras preguntas naturales son: ¿Qué proceso siguieron los libros individuales para formar una colección sola?; ¿con qué fidelidad nos han sido transmitidos los libros bíblicos? o, dicho de otra manera más clara, ¿cuánto difieren los manuscritos que ahora poseemos de los que escribieron los autores? Esta última pregunta suscita el problema de la Crítica Textual y la primera la cuestión del Canon.

Además, los hombres que figuran en y alrededor de la Biblia pertenecían a un pueblo sencillo, sin imprentas, sin escuelas organizadas, sin telégrafo ni teléfono para transmitir noticias, sin barcos de pasaje que pusiesen a la gente en contacto con otras civilizaciones, sin periódicos, etcétera, y, sin embargo, el diagrama de la existencia del hombre, desde la cuna a la sepultura,

y el plan de Dios para su salvación hasta hoy queda expuesto sin superación en aquellos libros escogidos. Indudablemente, el hombre está más capacitado hoy que nunca para escribir un libro mejor que la Biblia, si la Biblia fuese de fábrica humana. pero no vemos tal libro hoy que suplante a la Biblia. Consecuentemente, tenemos a la vista el problema, la pregunta, de la Inspiración de la Escritura.

Finalmente, sabido es que todo escritor se vale para sus conocimientos, especiamente en el terreno de la erudición, de otros libros de consulta, y así el autor quiso, en principio, dar, en un apéndice, una lista de las obras consultadas, pero luego pensó que, estando casi todos ellos en otros idiomas distintos al español, en las circunstancias actuales no serían fáciles de conseguir; de todas maneras, en cada caso se da la cita correspondiente para el lector interesado.

El campo de la fotografía es igualmente amplio, y, siendo imposible presentar todo cuanto el autor quisiera, se ha limitado a unas cuantas láminas ilustrativas de los distintos temas desarrollados, en respuesta a las preguntas que se suscitaron.

Quiera Dios bendecir este humilde trabajo y saque de él todo el fruto posible para la expansión de su Reino.

Mallorca. Ca'n Pastilla.
Veranos de 1954 y 1955.

Capítulo I

ORIGEN Y EVOLUCION DE LA ESCRITURA

¿Cómo habrá sido el primer libro? ¿Impreso o manuscrito? ¿De papel o de otro material? ¿Existe todavía? ¿En qué biblioteca? Además, ¿cómo empezó la escritura? Todas estas preguntas y otras puede hacérselas cualquier lector de espíritu investigador, ya que, efectivamente, detrás de la composición y de la transmisión de los libros se encuentra la historia de la escritura, sin la que los libros no habrían sido escritos jamás. Esta historia es larga, y su problema consistió en reproducir los sonidos que venían de la boca mediante símbolos visuales permanentes. Se sabe hoy que la escritura existió durante siglos y siglos antes de que se inventara el alfabeto, y el hombre que descubrió la manera de simplificar la escritura por la sustitución de un par de docenas de signos hizo un gran servicio a la Humanidad.

Toda la historia de la literatura antigua, incluyendo la de la Biblia, viene condicionada por

la invención de la escritura, y luego por los materiales que se emplearon para la formación de los libros. Y aquí hemos de recordar que habiéndose incrementado nuestro conocimiento por los maravillosos descubrimientos de nuestra propia era, ciertos conceptos o ideas con respecto a la escritura y con respecto a la Biblia han tenido que modificarse. Por ejemplo, durante muchos años se esgrimió el argumento de que la Biblia no era un documento fidedigno, porque dice ser escrito, cuando menos en parte, cuando nadie sabía escribir, o bien que los libros del Pentateuco no podían basarse en documentos contemporáneos y mucho menos atribuirse a Moisés, porque la escritura no se conocía en aquel tiempo. Eruditos eminentes de finales del siglo XIX, como Wellhaussen y Graf, decían que la escritura no se conocía en Palestina antes del tiempo de los Reyes. El hecho de que comparativamente, frente a la gran abundancia de inscripciones cuneiformes de la antigua Babilonia y de las inscripciones en Egipto, se hubiese recuperado poco de la antigua Palestina, hizo pensar a algunos de estos críticos que los libros del Antiguo Testamento fueron escritos mucho después de los acontecimientos relatados y que eran producto de una

tradición oral. Pero en los últimos años se han tenido pruebas de que los israelitas también escribieron en la antigüedad.

En tiempos de Voltaire no se admitía que la escritura tuviese la antigüedad que realmente tiene, a pesar de que se conocían monumentos y tumbas con inscripciones extrañas que entonces no habían sido descifradas. Hoy los eruditos leen inscripciones que se remontan a más de mil años antes de Moisés, y afirman que éste pudo fácilmente aprender aquella escritura en las regiones de Madian y de Sinaí, donde pasó cuarenta años.

Se decía también antes que los fenicios, por el 700 a. de J. C., transmitieron a los griegos el alfabeto inventado por ellos y que los griegos lo pasaron a las generacions sucesivas. Hoy se dice que los fenicios no inventaron nada y que lo recibieron de otro pueblo que ya tenía alfabeto, los israelitas, según las demostraciones de la Arqueología. Desde luego, no sólo las formas sino los nombres de la mayoría de las letras griegas dejan ver su origen semítico. Las letras alfa, beta, gamma, delta, etc., nada significan en griego; pero los nombres semitas que encierran (alef, beth, gimel, daleth, etc.) significan buey, casa,

estaca, puerta, etc. Hay quien interpreta gimel por camello, pero esto es secundario.

Antes de que se pudiera escribir, el hombre mismo fué el primer libro, que transmitió a los otros hombres, merced a su prodigiosa memoria, las historias de tiempos lejanos, historias que ellos a su vez escucharon de niños, y así, cuando estos libros vivientes morían, sus historias pasaban de boca en boca. En las lejanas regiones del Norte se dice que viven aún narradores que saben muchas leyendas sobre los antiguos héroes, y todos hemos oído hablar de los rapsodas griegos que cantaban leyendas de guerra, como la *Ilíada* o la *Odisea,* antes de que se pusieran por escrito. Sentado en su silla tallada esperaba el rapsoda, con su lira colgada, que el banquete o el festín terminase para entonar la leyenda del sabio Ulises o del intrépido Aquiles, que los comensales satisfechos escuchaban con atención.

En aquellos tiempos (y probablemente también en otros, cuando había escasez de materiales de escritura) cuando surgía la necesidad de comunicarse con otra persona se buscaba un mensajero que aprendiera el recado de memoria y luego lo transmitiera fielmente. Los chinos, persas, aztecas, peruanos incas empleaban un lenguaje

de nudos que todav(a conocen algunos pastores. A lo largo de una cuerda fuerte se anudaban como borlas otras cuerdas más finas de colores y longitudes diferentes, todo lo cual, unido a determinados nudos, tenía un significado equivalente a una escritura. Todavía podemos ver en los buques de guerra y mercantes un sistema de comunicación mediante colores diferentes, y en las señales de ferrocarriles algo parecido. En algunos lugares de España recordamos haber visto al panadero anotar las hogazas de pan que llevaba a los parroquianos haciendo una incisión en un palo con una navaja. Todo esto constituye una escritura rudimentaria.

M. Ilin cuenta que los escitas, que en lejanos tiempos habitaron el Sur de Rusia, mandaron una vez a los persas una carta que consistía en un pájaro, un ratón, una rana y cinco flechas. Esto quería decir: "¡Persas, si no podéis volar como los pájaros escondeos bajo tierra como los ratones o saltad al agua como las ranas, pues vamos a mataros a flechazos!"

En algún momento los hombres se dispusieron a dibujar para representar las cosas que veían o sentían, y así aparecen las cartas en imágenes que encontramos en las cavernas de tiem-

pos primitivos. Mamuts, caballos, bisontes, peces, pájaros, aparecían en las viviendas, incluso coloreados, como las de la cueva de Altamira (Santander) y otros lugares, y si bien los tales dibujos no equivalen todavía a la escritura sí dan paso a otros misteriosos signos que, cubriendo pirámides, muros de antiguos templos y otros monumentos, han preocupado a los sabios por muchos años. Algunos de estos signos fueron fáciles de entender, como los que representaban a los hombres ocupados en diversas faenas, cuales las del campo, trabajos de taller, escribientes, guerreros, etc.; pero otros, buhos, halcones, gansos, cabezas de pájaro, escarabajos, intercalados con triángulos, circunferencias, espirales, etc., fueron absolutamente incomprensibles.

Todavía hoy no se ha salido de hipótesis con respecto a este pueblo de los jeroglíficos, que vivió durante tantos siglos en el valle del Nilo (quién dice que vinieron de Egipto, quién de la Arabia o del centro de Asia), y que empleó dichos signos hasta los últimos años de la dinastía de los ptolomeos. Se dice que antes de inaugurarse la dinastía XVIII (1580 a. de J. C.) Egipto fué gobernado por una raza misteriosa llamada Hyksos, palabra que el historiador egipcio Manetho traduce por "reyes pastores", observando: "Algunos dicen que vinieron de la Arabia" y que "dominaron Egipto por quinientos once años", cosa que parece confirmar Petrie en sus excavaciones de Gerar y otras localidades.

Por las dificultades que ofrecía el sistema para escribir con rapidez fué poco a poco degenerando, hasta dar lugar a una especie de escritura exclusiva de los sacerdotes, llamada por eso hierática, y luego a otra popular, llamada por eso demótica. Mas como en tiempo de los ptolomeos se puso en boga el griego, que hablaban reyes y clases elevadas de Egipto, el idioma nacional fué cayendo en desuso de tal modo que sólo fué comprendido con el tiempo por muy pocos, y en tiempos de Euergetes I (267 a 222 a. de J. C.) y de Epifanes (205 a 181 a. de J. C.) los primados del sacerdocio promulgaban los decretos, en honor de estos reyes, en escritura hierática, demótica y griega.

Andando el tiempo, mucho antes de terminar la dominación romana, desaparecen el hierático y el demótico para dar paso al copto, o sea el egipcio escrito con letras griegas, añadiéndose siete caracteres del demótico que no había en el griego. Hoy se conocen cinco dialectos del copto:

bohírico, sahídico, ajimímico, menfítico y fayímico.

En 1799 desembarcaron en las costas egipcias los soldados de Napoleón, y en una trinchera cerca de Rosetta encontraron una gran lápida escrita en tres idiomas. Champollion, sabio francés que se había dedicado a los trabajos egipcios, como Atanasio Kircher y Tomás Yung, descubrió que aquella "Piedra Rosetta", ahora tan famosa, presentaba los caracteres hieráticos, demóticos y griegos, y tras muchos años, en el 1822, logró descifrar por comparación el misterio de los jeroglíficos. Esta piedra se encuentra hoy en el Museo Británico.

El antiguo egipcio se escribía unas veces de arriba abajo, otras de izquierda a derecha y otras de derecha a izquierda. Precisamente los dos nombres que constituyeron la clave para desentrañar el misterio, Cleopatra y Ptolomeo, están escritos, el primero, de arriba abajo, y el segundo de izquierda a derecha. Champollion partió de su conocimiento del copto, y pronto vió que la figura de la leona (en copto, *labo*) representaba la *l* de ambos nombres; la figura del águila (en copto, *Ahom*) representaba la *a*, también para ambos nombres (en griego, *ptolomeo* es *ptolemaios*), etc. Con estos descubrimientos pudo después vencer otras dificultades.

Tenemos de Egipto escritos sobre papiro fechados alrededor de los dos mil años antes de Jesucristo y tratados de filosofía parecidos a los Proverbios de Salomón, cuales *Enseñanzas de Kagenna* y *Enseñanza de Ptah-Hetep;* también varias copias del gran ritual *El libro de los Muertos,* de la dinastía XVIII (1580-1320 a. de J. C.). Pero también allí, no sólo en Palestina y en Siria, se han encontrado pruebas de que la escritura se remonta en Asia Menor a los tiempos anteriores a Abraham. Una mujer encontró en 1887, en las ruinas de una ciudad entre Tebas y Menfis, una colección de 350 láminas de barro con raras inscripciones. Hoy se conoce la ciudad por Tell-el-Amarna, capital del notable rey Amenhotep IV, suegro de Tutankamen, cuya tumba fué descubierta en 1922.

Lo notable de dichos documentos es que no estaban escritos en el lenguaje egipcio, sino en el cuneiforme característico de Mesopotamia; era la correspondencia oficial de los gobernadores egipcios de Palestina y de Siria dirigiéndose a su señor, el rey de Egipto, verdaderos documentos escritos en Palestina por el tiempo de Josué.

En el Museo Británico se encuentran 82 de estas láminas o tablillas, 160 en Berlín y 60 en el Museo de Gizeh, habiendo ido a parar a manos privadas lo restante.

Los persas utilizaban, como sus vecinos los babilonios, la mencionada escritura cuneiforme. Por medio de un punzón imprimían los trazos en láminas de barro, trazos que tanto trabajo costó descifrar. El alemán Grotefend, que gustaba de las cosas difíciles, se sintió movido a esta empresa después de haber hablado de ello con el bibliotecario de la Universidad de Gottingen. Logró descifrar los nombres de Jerjes, Darío e Histapes, y por ahí comenzó la enorme tarea, que requirió con el tiempo los esfuerzos de otros eruditos, cuales Burnouf, de París; Lassen, de Alemania, y el coronel Rawlinson, de Inglaterra, que atacó el problema en la misma Persia.

El estilo con que se escribía se apoyaba en la palma de la mano y se hacía presión con él en la arcilla blanda hasta dejar la figura de cuña (cuneiforme viene de *cuneus*, cuña), unas sencillas, otras dobles, paralelas, encontradas en ángulos, etc.; por este medio se formaron cerca de seiscientos signos distintos. Cuando las tablillas de arcilla se secaban "eran casi como piedra, el

material de escritura más imperecedero que el hombre haya conocido".

Hoy día tenemos cerca de un cuarto de millón de estas láminas de arcilla distribuídas por los museos, millares de las cuales pertenecen a un tiempo anterior a la época patriarcal, y refiriéndose a ello dice el gran crítico Friedrich Delitsch: "En verdad, cuando encontramos entre las cartas que han sobrevivido desde aquellos tiempos lejanos la carta de una mujer a su marido cuando él se halla de viaje (en la que le dice que los niños están bien y le pide consejo sobre asuntos triviales) o la misiva de un hijo a su padre (informándole de que Fulano le ha ofendido mortalmente y que no quiere darle una paliza sin recibir antes su consejo), o la de otro que escribe al padre recordándole el dinero prometido, mientras le dice de modo insolente que orará por él de nuevo, todo ello señala un sistema de comunicación bien organizado."

La paciencia, pericia y perseverancia que se requieren en el estudio de los documntos cuneiformes hace que los eruditos sean pocos, y en Inglaterra no se ha hecho popular dicho estudio; por ello se depende de los eruditos alemanes. Los eruditos americanos excavaron en Mesopotamia

(Nippur), en 1888, miles de estas láminas que contenían textos literarios, entre ellos la narración sumérica del Diluvio, fechada en el 2100 antes de Cristo, aproximadamente. Delaporte afirma que había escuelas para enseñar a leer y escribir, a juzgar por tablillas del tiempo de Kammurabi que ilustran este método de instrucción; incluso se han encontrado declinaciones y conjugaciones.

Es el profesor A. Parrot, describiendo las escuelas descubiertas en el palacio de Mari, quien dice: "Dos salas estaban arregladas para escuelas. En la más espaciosa, precedida de una antesala cuyo pavimento estaba gastado por el mucho uso, se veían cuatro filas de una especie de bancos de ladrillo, dos en el centro de la sala, dos pegadas a las paredes..."

Estima Bruce que la escritura cuneiforme fué primeramente empleada por los sumerios, población primitiva de Mesopotamia, allá por el año 3000 a. de C., y añade que por aquel tiempo se encuentran dos clases de escritura, la semipictográfica de Elam y Jemdet (cerca de Kish) y el protocuneiforme de Ur y Lagash, ambos probablemente derivados de una edad pictográfica. De los sumerios el cuneiforme pasó a otros pueblos,

formando otras lenguas: elamitas, acadios, hurrianos, hititas, etc. También el profesor S. Langdon, basándose en las tablillas de los archivos de Sumer y Accad, afirma que la escritura se remonta a mil años antes que Abraham. En Accad (Agade), ciudad fundada por Nimrod, dice la tradición que fueron enterrados los escritos sagrados antes del Diluvio. Allí se encontraron 60.000 tablillas, estelas y otros documentos escritos en cuneiforme. En cuanto a la primera lengua que se habló una cosa es clara: que hasta el tiempo de Babel "toda la tierra era de una lengua".

Los libros de piedra, por así decir, anteriores a Abraham son muchos; pero he aquí algunos: estela de Ur-engur, de 15 pies de altura (habla del rey de Ur, anterior en doscientos o trescientos años a Abraham), que se encuentra en Filadelfia; la estela de Naran-sin, nieto de Sargón (relata sus victorias antes de Abraham), que se halla en el Louvre; el obelisco de Manishtusu, hijo de Sargón (bloque negro de diorita, unos cinco pies de altura), también en el Louvre; el sello de Enhedu-anna, la estela de Eannatum, la de Ur-nina, la tablilla de Annipadda, el sello de la mujer de Messanipadda, etc. Los sellos se usaban en Babilonia mucho antes del tiempo de Abraham, y

algunos se colgaban como una medalla, según vemos en Génesis, 38.18,25, en 41.42, etc. Por todo ello puede decir Marston, a la vista de tablillas que tratan de matemáticas, aritmética, cánticos, etc.: "¡Nos sorprenderemos al pensar que, además de leer y escribir, Abraham y Sara pudieran quedar perplejos ante los problemas de raíces cúbicas, como los estudiantes de hoy!"

Resulta, pues, que en el transcurso de miles de años las imágenes se fueron transformando en letras. En la escritura de los egipcios se encuentran algunas figuras, no así en la de los persas y babilonios (líneas y rayas), y los únicos que han permanecido fieles a los jeroglíficos a usanza egipcia, aclarando la palabra mediante imagen, son los chinos.

Según Ilin, los hyksos, de que hablamos antes, al invadir Egipto hicieron el formidable descubrimiento de que todas las palabras podían escribirse con letras; los jeroglíficos, por tanto, dieron paso a un alefato. Para la A dibujaban la cabeza de un toro (en su lengua, *alef*), para la B una casa (en su lengua, *beth*), para la R una cabeza humana (que ellos llamaban *resh*), y así tuvieron listas 21 letras. Digamos aquí que al principio no existían vocales, pues en la lengua semítica son las consonantes las que expresan el significado de la palabra. El ingenio del lector llenaba los vacíos.

Los fenicios, famosos navegantes y mercaderes, que recibieron la escritura de los semitas, al recorrer los distintos países la difundieron por todas partes, con las consiguientes evoluciones; luego aparecen el árabe, siríaco, sánscrito, persa, turco, etc. En Grecia descansó el alfabeto dos mil años, de Italia pasó a España, a Francia, etc., y las letras ya no se parecían nada a los signos egipcios; cambiaron de rostro, se volvieron de izquierda a derecha, se tumbaron de espaldas...; unas veces se escribía de arriba abajo, otras de derecha a izquierda y finalmente de izquierda a derecha. Hoy los entendidos hacen sus estudios comparando los jeroglíficos egipcios, la escritura semítica, la fenicia, la griega y la latina.

La primera escritura que se encuentra en España, en los monumentos arqueológicos, es la ibérica, probable derivación de la fenicia, y carece de vocales en su primera época.

Dice Sir Charles Marston: "A nosotros, que no somos entendidos en esto, nos parece extraño que ni los egipcios, ni los babilonios, ni los asi-

rios, ni otras civilizaciones antiguas hayan adoptado este sencillo sistema de escritura alfabética."

El origen del alfabeto israelita parece que debe buscarse en unas inscripciones descubiertas en 1905 por Sir Flinders Petrie, eminente historiador y arqueólogo inglés, justamente en aquel lugar de tan gloriosa memoria para el pueblo de Israel y su caudillo Moisés: la península de Sinaí.

Las distancias que sobre el mapa parecen cortas se alargan en la península a causa de las cordilleras y la dificultosa conformación del terreno, y las dificultades para el abastecimiento de agua con que tropezaron los israelitas tuvo que afrontarlas igualmente la expedición que partió de Suez. Se comprobó la existencia de minas de cobre que los egipcios explotaban en la antigüedad con personal semita, madianita y edomita (recordemos que Moisés pasó muchos años en Madian), y la existencia de algo más importante: las minas de turquesas, joyas de gran valor para los egipcios de la primera dinastía.

La expedición visitó los distritos mineros de Maghara y Serabit, y en algunos túneles encontraron inscripciones jeroglíficas a la entrada y a la salida. Se dice que hay una referencia a estas

turquesas en la frase "las piedras que hay en la oscuridad", de Job, 28.1-18, y una postdata de la traducción de Job a la Septuaginta le describe como habitante en una tierra junto a Edom y Arabia. También hay una creencia de que Moisés escribió el libro de Job cuando estuvo en la tierra de Madian, en cuyo caso la referencia a las turquesas es más significativa. Aquellos mineros tenían un templo para adorar sobre una llanura en lo alto de las montañas, a 2.500 metros sobre el nivel del mar, y las inscripciones indicaban que la princesa Hachepsut, que recogió a Moisés, tuvo que ver con la construcción y adorno del templo, el que, por otra parte, recordaba a los altos israelitas en muchos aspectos.

Tenemos, pues, la circunstancia de que si bien las inscripciones eran egipcias el culto no lo era, y al propio tiempo, las inscripciones de los mineros, esculpidas sobre la piedra dentro y fuera de las minas, prueban que usaban una escritura con un sistema propio. Es más: se dice ahora que estas inscripciones de Serabit constituyen la prueba más antigua de escritura alfabética del mundo.

En *The new knowledge about the Old Testament* dice Sir Charles Marston que mientras el

cuneiforme de Ras Shamra presenta caracteres de trazos rectos, los caracteres de Serabit son curvados algunos de ellos, pareciéndose a los jeroglíficos egipcios, por un lado, y a la escritura fenicia y hebrea por otro. Y si añadimos a esto que los fenicios consideraban como uno de los suyos al egipcio Toth, padre de la escritura, parece fácil admitir cierto lazo de unión entre los semitas de Fenicia y los que trabajaban en las minas de Serabit para los egipcios.

Otros arqueólogos, además de Petrie, han encontrado trozos de alfarería, cántaros y escudillas, con esta escritura sinaítica, mostrando que el conocimiento del alfabeto debía de haberse vulgarizado hasta abarcar a casi todas las capas sociales. Un tercer ejemplo de la escritura hebrea sinaítica lo encontró en 1930 el doctor Grant en Beth Semesh, hecho con tinta sobre vasijas, y el doctor Albright insiste en que se remonta al siglo XIV antes de Cristo, como tienden a afirmar los últimos descubrimientos de Laquis, también de esta escritura hebreo-sinaítica.

Las autoridades en esta materia están de acuerdo en que las pruebas de esta escritura de Laquis y la hallada en otros lugares constituyen el

eslabón entre Sinaí y la escritura alfabética fenicia. En *The Bible comes alive* se dice: "Sabemos por las inscripciones de Ras Shamra que los fenicios estaban reproduciendo esta escritura alfabética con los caracteres cuneiformes por los años 1400-1350 a. de J. C."; pero conviene indicar aquí que en los documentos de Laquis los hebreos no escribían ya cuneiforme, sino que empleaban tinta en lugar de punzón. Este hecho lo hace resaltar Halley.

Alan Gardiner afirmó en 1929, después de haber examinado nuevas copias hechas por Kirsopp Lake, que estas inscripciones de Serabit son el origen del alfabeto hebreo, del fenicio y del griego. Examinando ciertas inscripciones de esta escritura alfabética, el doctor Langdon, de Oxford, resume que el descubrimiento hace del todo creíble que la literatura existiera en forma alfabética antes de Moisés, y añade: "No son tradiciones pasadas de siglo en siglo de memoria tan sólo, sino que se hallan incorporadas en documentos escritos en tiempos tan remotos como el siglo XIII. Claramente vemos aquí el descubrimiento más importante de los tiempos modernos con respecto a la crítica bíblica."

Marston llega a un punto interesante: "Algunos eruditos, en su prisa por mostrar que los israelitas eran analfabetos, han olvidado las instrucciones para que escribieran cosas, pues ¿cómo podían escribir?; pero la contestación aplastante hoy sería: ¿Cómo podían escribir los mineros de Serabit en aquel tiempo? ¡Y lo hicieron!" Podemos, pues, tener confianza en nuestra Biblia y aceptar lo que realmente significan las palabras de *escribir* en aquellos tiempos en Deut., 6.4-9, 27.2-8; Jos., 8.30-32, etc.

En Ex., 2.23, leemos: "... después de muchos días murió el rey de Egipto, y los hijos de Israel suspiraron..." La cronología nos dice que este rey era Thotmes III, que murió en el 1447 antes de Cristo, unos treinta y ocho años después de escapar Moisés de Egipto. Pero este rey había iniciado una serie de conquistas en Palestina y Siria, las cuales, como su gran batalla de Meggido, en el Norte de Palestina (1479 a. de C.), quedaron registradas en jeroglíficos y hoy traducidas y publicadas. Ahora bien: si en tiempos de Thatmes III se escribieron estos relatos, ¿por qué no pudo hacer Moisés lo mismo? ¿Quién escribió el libro que roció con sangre Moisés, según Hebreos, 9.19? La palabra que encontramos en el texto griego es claramente *to biblion.*

Tenemos otras indicaciones de que los israelitas o Moisés escribieron documentos sobre el altar, en planchas metálicas, etc., en los libros de Exodo, capítulos 17, 27 y 39; Números, capítulo 32, y Deuteronomio, capítulo 31, y sobre cómo se llevó esto a cabo encontramos estas palabras de P. J. Wiseman, en su libro *New discoveries in Babilonia about Genesis:* "Ya apenas cabe duda de que el libro del Génesis fué escrito en tablillas, que estaban en uso en tiempos de Moisés. Los diez mandamientos fueron escritos sobre estas tablas de piedra, y de la misma manera que los babilonios: por ambos lados (léase Exodo, 32.15). El verbo hebreo *escribir* significa *hendir* o *hundir,* referencia al método primitivo de escritura." Y esta afirmación de los eruditos Naville y Conder: "Moisés pudo perfectamente escribir en la escritura alfabética cuneiforme."

En el libro segundo de los Reyes (capítulo tercero) leemos de la rebelión de Mesa, rey de Moab, contra los reyes de Israel y Judá, por el 890 a. de C. Este mismo rey relata su guerra con los del pueblo de Dios en un famoso documento llamado la Piedra Moabita, hallado por el

misionero alemán Herr Klein en manos de árabes en 1868, ahora en el Museo del Louvre. Su importancia reside en el idioma. El doctor E. M. Price escribe: "No ha sido copiado por escribas a través de siglos, sino que tenemos el original... Nos dice que los moabitas usaban casi el mismo idioma que sus vecinos y parientes los israelitas." Otra inscripción en lengua semejante es la de Siloé (700 a. de C.), relato de la construcción del túnel por Ezechias cuando el ataque de Sennacherib (2.ª Crónicas, cap 32). Se cortó de la roca y se llevó al Museo de Constantinopla.

Muy notables por su trascendencia histórica sobre la escritura de Siria y el fondo religioso e intelectual de los hebreos fueron los descubrimientos de Ras-Shamra, lugar de la costa Noroeste de Siria, no lejos de Alexandretta. En las minas de la ciudad fenicia apareció la biblioteca del rey de Ugarit, que contenía cantidades de planchas de arcilla con escritura cuneiforme, egipcia y sinaítica. Halley dice que había diccionarios y obras de consulta en ocho idiomas, entre ellos algunos desconocidos. Fácilmente se separaron el babilonio, egipcio, hitita, antiguo sumerio, sinaítico; pero lo notable fué que se encontró un alfabeto de 27 letras.

Volviendo a los descubrimientos del Sinaí, Marston dice que suministran otra clave al misterio de la inspiración, corroboran la narración del Antiguo Testamento y la tradición respecto de quienes lo escribieron, y que a la vista de ellos nos vemos obligados a deducir que "la Biblia empezó a escribirse cuando y donde empezó a escribirse con sistema alfabético".

Veamos ahora cómo se escribieron los libros, sabiendo que cuando los hebreos salieron de Egipto abandonaron un país en el que la escritura se había practicado durante centenares de años y que cuando entraron en Canaán con Josué llegaron a un país que ya poseía literatura y escritura alfabética.

Son muchos los materiales que los hombres han empleado en todas partes del mundo para escribir: piedras, hojas, madera, metal, tela, barro, pieles, papiros, pergaminos, planchas de cera, papel, etc. Se dice que Mahoma escribió el Corán en paletillas de cordero y que en las asambleas de los antiguos griegos los votos se emitían, como los veredictos, en trozos de vasijas. En la India se escribieron libros enteros en hojas de palmera cortadas y doradas por sus cantos. Tanto antes como ahora cuando se quiere que un

escrito perdure se escribe sobre piedra o mármol. La biblioteca del rey asirio Asurbanipal, que descubrió en Nínive el sabio inglés Layard, contenía 30.000 ladrillos o planchas de arcilla, escritas, como ya sabemos, con un punzón.

Desde una época remota se empleó la piel de los animales para escribir, y en Egipto se encuentran pruebas de esto que se remontan a unos cuatro mil años antes de Cristo. Tradicional era el uso de la piel para la Ley hebrea, y en el Talmud se dice que todas las copias han de hacerse sobre pieles de animales y en forma de rollo. Esta norma rige aún, y en la Biblia, desde luego, se encuentran referencias a ello, como el "rollo" de Jeremías que el rey Joacim destruye con el cuchillo que el escriba empleaba para raspar y enmendar, y lo echa al fuego (capítulo 36). Cuando Cristo entró en la sinagoga de Nazaret el libro que abrió fué simplemente un "rollo" (Lucas, 4), y Sir Frederic Kenyon manifiesta que los ejemplares de la Ley que enviaron de Palestina a Egipto en el siglo III antes de Cristo para hacer la traducción llamada Septuaginta, de la que hablaremos más adelante, iban escritos sobre pieles.

Pero el uso del papiro fué más extenso. Este material era originario de Egipto. En las tierras pantanosas del Nilo crecían en profusión unos arbolillos o hierbas muy rectas, con tallos lisos ramificados en la punta, que se llamaba papiro, de donde viene la voz *papier,* en francés y en alemán; *paper,* en inglés; *papel,* en español, etc. Esta planta servía a los egipcios de alimento, de bebida, vestido, papel, pues había papiro tostado, jarabe de papiro, sandalias de papiro, canoas con tallos de papiro, etc. El papel para escritura conseguíanlo, a decir de un escritor romano, como sigue: "Mediante una cuchilla cortaban el tallo del papiro en tiras finas y lo más anchas posible. Luego pegaban estas tiras unas a otras hasta obtener una hoja. Los operarios realizaban su faena sobre unas planchas cubiertas de agua fangosa del Nilo, que hacía las veces de cola. Luego cortaban las orillas de las tiras así encoladas y pegaban otras en sentido contrario como los hilos de un tejido. Estas dobles tiras superpuestas las dejaban secar al sol y finalmente las pulían con un diente de hipopótamo o con una concha.

Estas hojas llegaban a medir muchas veces más de cien metros, y mirándolas al trasluz pa-

recían esterillas, que había que arrollar para impedir se rompieran. Sobre el papiro se escribía con una mezcla de agua, hollín y cola, *tinta* que no penetraba en el papiro. Una librería de entonces parecería lo que hoy una de nuestras tiendas de papeles pintados para empapelar habitaciones, con sus innumerables rollos en las estanterías; lo mismo la biblioteca numerosa de algún particular.

El papiro se empleó en Egipto hasta el tercer milenio, y Herodoto dice que cuando estuvo escaso en Brecia los jónicos emplearon las pieles de cabras y ovejas en su lugar, y añade que muchos "bárbaros" lo hacían en su día. Sólo hay un país donde el suelo es tan seco que permite la supervivencia de los manuscritos en papiro enterrados, y ese país es Egipto.

Hasta hace medio siglo se creía que todos los manuscritos en papiro, tanto de la Biblia como de los clásicos griegos habían perecido; pero últimamente los descubrimientos arqueológicos han mostrado que no es así en Egipto. Aunque se encontraron con anterioridad porciones de Homero e Hypérides, la gran era de los descubrimientos de papiro no comenzó hasta 1891, cuando el profesor Flinders Petrie encontró fragmentos de Platón, Eurípides, el tratado de Aristóteles sobre la constitución de Atenas, obras de Homero, Demóstenes, Isócrates, Hypérides, Herodas, etc. También se creía que no existían libros de papiro, pero se han encontrado algunos códices (hojas de papiro cosidas), incluso de partes de la Biblia.

En ciertos lugares, como en Roma, donde el papiro, por su precio, no podía emplearse para todo uso, se acostumbraba también escribir sobre tablillas de cera con un estilo, teniendo esto la ventaja de que la misma plancha de cera servía para volver a escribir sobre ella. Recordemos el caso de Zacarías, que encontramos en el Evangelio de Lucas: "Demandando la tablilla, escribió...", porque, estando mudo, no podía hablar.

Pero el rival poderoso del papiro fué el pergamino, cuyo nombre, según Ilin, se debe a lo siguiente: En Alejandría había una biblioteca de millones de rollos de papiro, que los faraones habían enriquecido. Esta fué durante muchos años la más grande del mundo, pero otra llegó a competir con ella, la de Pérgamo, y el Ptolomeo reinante prohibió absolutamente la exportación de papiro al Asia Menor. El soberano de Pérgamo, Eumenes (197-158), para contrarrestar

esta pérdida, encomendó a sus mejores maestros la fabricación de una materia apta para escribir, mejor que las anteriores, y resultó el pergamino, o vitela, material preparado de pieles de animales, más delgadas que las primitivas, que debe su nombre a la ciudad de su origen.

Según Kenyon, el hecho de que estas pieles mejor preparadas se encontraran en las ruinas de la fortaleza romana de Dura, en el Eufrates, en el año 1923, documentos de fecha entre el 196 y el 190 a. de C., muestra que se empleaba en lugares lejanos de Pérgamo.

El pergamino reemplazó al papiro decididamente, prestándose a que se escribiera por las dos caras, por la primera mitad del siglo IV. Eusebio dice que cuando Constantino el Grande ordenó 50 ejemplares de la Biblia para las iglesias de su nueva capital, Constantinopla, tuvieron que ser en pergamino, y en el año 350 a. de C., dice S. Jerónimo que los volúmenes de papiro de la biblioteca de Cesárea fueron reemplazados por ejemplares en pergamino. Desde esta época encontramos la Biblia en pergamino; precisamente los códices Vaticano y Sinaítico son de la primera mitad del siglo IV y ambos, cuando estaban completos, contenían el Antiguo Testamento y el Nuevo, en

griego, con algunos libros que no eran aceptados como canónicos.

Se inventó una tinta especial para el pergamino; penetraba tan profundamente en el cuero, que no era fácil borrarla, como en el caso del papiro; se obtenía con jugo de agallas, solución de sulfato de hierro y cola. El instrumento para escribir era un punzón de plomo, palabra que queda hoy en el alemán (bleibstift) para denominar lápiz. Más adelante se empleó una especie de pluma llamada cálamo, y hasta el 1830 no se empleó la pluma de acero que conocemos hoy, fabricada por primera vez en Inglaterra; veinte años más tarde funda S. Blanckerty, de Berlín, la industria alemana de las plumas metálicas.

Como los libros eran voluminosos y pesados, cuando se llegó a cortar el pergamino, a doblarlo y a coserlo en hojas sueltas, o sea, lo que se llama "codex", que aparece no mucho después de la edad apostólica, se colocaban dos tablas de madera forradas de cuero en la parte exterior y de tela en la interior, generalmente adornado. Los profesores y catedráticos leían al explicar sus clases, no teniendo ejemplares los estudiantes. De aquí viene la palabra inglesa "lecture" y la alemana "vorlesung".

Los volúmenes se escribían en tres o cuatro columnas por página y luego en dos columnas, por considerarse más conveniente. La escritura que primero fué uncial, o de letras mayúsculas, se convirtió en minúscula o cursiva, siguiendo así hasta el descubrimiento de la imprenta. Los monjes, que en la calma de sus celdas escribían con arte y colores, dieron lugar a las llamadas miniaturas (figuras ejecutadas con minio) para ornato de los manuscritos. Cuando se trataba de manuscritos de gran valor, se empleaba la escritura en oro y plata sobre pergamino de color púrpura. En la Universidad de Upsala se conserva el *Codex Argenteo,* el más extenso fragmento en lengua goda traducción del obispo Ulfilas, muerto en el 382. Manuscritos de estas clases diversas los hemos visto en el Museo Británico, de Londres, y en otros lugares, conservados con las debidas precauciones.

Una vieja crónica, refiriéndose a los trabajos que hacían los monjes, en Occidente, principalmente los benedictinos, y, en Oriente, principalmente la Orden griega de San Basilio, nos dice: "Al entrar en el claustro, puede verse casi en cualquier momento del día a una docena de monjes jóvenes, sentados en sillas, alrededor de mesas dispuestas con mucho arte y cuidado entregados, en silencio, al trabajo de la transcripción... La sala se llama "scriptorium", y sólo se oye allí el ruido monótono y regular de la pluma sobre el pergamino... El trabajo progresa lentamente... Encorva la espalda, oscurece los ojos, rompe el estómago y las costillas..."

Para finalizar, debemos mencionar que así como el pergamino desplazó al papiro, el papel desplazó al pergamino. Fueron los chinos quienes inventaron el papel, que empleaban cuando los griegos y los romanos escribían todavía en papiro egipcio. Empleaban para su fabricación las fibras de bambú, unas hierbas especiales y trapos viejos, y transcurrieron muchos años antes de que el papel pasara de Asia a Europa.

En el año 704, los árabes conquistaron la ciudad de Samarcanda, en Asia Central, y, además del botín grande que obtuvieron, conocieron el secreto de la fabricación de papel, no tardando en establecer grandes fábricas en España, Sicilia y Siria. En la villa de Játiva, dominada entonces por ellos, se instaló la primera fábrica.

Ya no quedaron restringidos al clero los conocimientos necesarios para escribir, y los libros no fueron ya sólo copiados por piadosos frailes,

sino por despreocupados estudiantes también, y cuando años más tarde, en Maguncia, Gutenberg inventa la imprenta, tenemos los dos elementos fáciles, papel e impresión, para dar un formidable empuje a la literatura y a la Biblia, y observamos con notoriedad que lo primero que salió de las prensas fué una Biblia en latín, lengua más generalizada de entoncs

Si, como se dice en Paleografía, "la escritura es la pintura del pensamiento", la Biblia escrita representa el pensamiento y la expresión de Dios para los hombres.

Dios, indudablemente, preparó la escritura como medio de comunicación, y así leemos que los Diez Mandamientos, repetidos en Exodo y Deuteronomio, fueron escritos "por el dedo de Dios". Dios mismo inició la expresión pictórica, poniendo una señal sobre Caín, y no es de extrañar que Beroso creyera que la escritura era invención antediluviana, relatando que Xisuthrus (el Noé de Babilonia) enterró los escritos sagrados antes del diluvio. Este historiador de Babilonia (300 a. de C.) basa su listoria en los archivos del templo de Marduk.

Terminemos, con Charles Marston, diciendo que desde Moisés ha habido tres tipos de escritura en la Biblia: primeramente, lo que se conoce por escritura hebreo-sinaítica; luego, lo conocido por hebreo-fenicio, y, por último, tras la cautividad, el hebreo-asirio.

Capítulo II

EL LIBRO DE LOS LIBROS

Fácilmente echamos de ver que la literatura de las civilizaciones pasadas, si bien no en un grado de adelanto cual el del siglo xx, era vasta y numerosa. Pero, tomando en consideración, tanto lo escrito sobre un material como sobre otro, tanto lo conservado en forma de rollo como en forma de códice, hemos de sorprendernos por el escaso número de obras de envergadura que ha llegado hasta nosotros, y, al propio tiempo, quedarnos maravillados al comprobar el significativo contraste que se registra entre la Biblia y esa literatura antigua.

Hasta el siglo pasado, todo cuanto sabíamos del mundo antiguo venía, o de la Biblia o de los escritos de ciertos historiadores, como Josefo o Herodoto, o de tradiciones griegas, hindúes, etcétera; pero la investigación arqueológica moderna ha revelado de modo sorprendente la historia primitiva de la humanidad. El estudio de todo ello se llama Asiriología; pero al decir asi-

riología podemos decir cultura babilónica o asirio-babilónica, o mesopotámica, o caldea, o cuneiforme. Trata dicha ciencia de la gran cultura desarrollada en la antigüedad a orillas de los ríos Tigris y Eufrates, en el territorio que corresponde, más o menos, al moderno Irak.

Tres son los pueblos que habitaron aquella región: los sumerios, los acadios o babilonios y los asirios, y si se llama asiriología a este estudio, aunque ya resulte impropio llamarle así, es porque la resolución de la vieja cultura mesopotámica empezó por las ciudades asirias y por sus primeros textos descifrados. El estudio de la asiriología es utilísimo para discernir lo que Israel tiene de común con la cultura mesopotámica, madre de casi todas las culturas de la antigua Asia mediterránea. A este propósito, es útil citar lo que incluso un católico dice: "... si citásemos párrafos de ciertos himnos babilónicos, muchos dirían que eran bíblicos. Léase sin miedo el relato babilónico de la creación, las leyendas sumerias, repetidas más tarde por Beroso, acerca de los longevos reyes ante y postdiluvianos; la pintoresca historia del diluvio, contada por los textos cuneiformes. Pero léase despacio y compárese imparcialmente con los relatos bíblicos, porque esto bastará para descubrir el puesto totalmente aparte que ocupa la Sagrada Escritura".

Conviene recordar que las palabras *caldeos* y *Caldea* se presta a cierta confusión. Parece que, mientras los propiamente arameos se establecieron en el norte, los caldeos se fijaron en el sur, entre Babilonia y el Golfo Pérsico; aquella región limitada fué la Caldea primitiva, pero más tarde el nombre se extendió a toda la región sur de Mesopotamia. Por esto, la expresión "Caldea y Asiria" hoy la sustituyen los eruditos por "Babilonia y Asiria". Pero, con el tiempo, tras la caída de Nínive, se ha entendido por Caldea toda la Mesopotamia. Un escritor dice: "Cuando alguien hable de Caldea, hay que preguntarle si entiende la parte sur, vecina del Golfo Pérsico, o todo el terreno de Sumer y Acad, o incluye también a Asiria."

De la importancia y realce de este "Libro de los libros", leímos en "Conozca la Biblia", y sólo podemos aquí resumir esta consideración en la frase de Walter Scott: "No hay más que un libro: la Biblia", pues, como dice Emilio Brunner, "Dios ha revelado el secreto de su voluntad en la Biblia, a través de los profetas y de los

apóstoles." La Biblia revela mejor que ningún otro libro del pasado las relaciones entre los pueblos, tomando como punto de enlace el de Israel, y la historia de las civilizaciones tiene siempre reflejo en la Biblia, toda vez que los hombres que allí escribieron no pudieron dejar de ver las cosas por un prisma personal, frente a los acontecimientos nacionales e internacionales, aunque en ciertos pasajes el mismo autor escriba algo que no entienda, impulsado por el Espíritu de Dios, siempre autor principal del Libro. Los otros libros pueden, sí, dar con más detalles las condiciones de una edad o época determinada, pero no presentan, como la Biblia, el diagrama total de la historia.

El libro del Génesis traza la historia del trato de Dios con la raza humana desde "el principio", ese principo que es expresión probable del "Tiempo primero" de los egipcios, según el Manual de Manley, y su centro cultural o civilizador, que se extiende desde la Edad de Piedra hasta la Edad de Oro de Grecia, lo constituyó aquella región fértil comprendida por la línea que parte desde Egipto y avanza por Palestina y Siria para descender por el Eufrates hasta el Golfo Pérsico. De aquí que los historiadores recurran en sus estudios a la Biblia.

Ernest Wright dice que en tiempos de Abraham (c. 2000-1700 a. de C.) la historia del mundo se centró en aquella región y cuanto más se avanzaba hacia afuera, tanto más primitivos resultaban los pueblos, brillando como focos resplandecientes de la cultura Egipto y Mesopotamia.

Cuando aparece la verdadera historia encontramos dos razas establecidas en la llanura de Mesopotamia: los sumerios y los acadios ya mencionados, con sus notables ciudades de Agade (Acad), Erech Ur y Babilonia (Génesis 10). Alrededor, otras razas también semitas. Sargon de Agade decía que estaban bajo su mando los Amurru que habitaban en el "país occidental", afirmación repetida por Kammurabi. Parece que fueron una raza semita que, antes del día de Abraham, se introdujo en Palestina e impuso su lengua a los primeros habitantes que pertenecían a la línea camita. Al norte, más allá de Siria, estaba el gran Imperio de los hititas, hetheos o "atti" (en egipcio *kheta*), que tanto aparecen en la Biblia. De su existencia dudaron en un tiempo los críticos, pero ahora se sabe que eran una raza

poderosa, que invadió y saqueó a Babilonia por el año 1800 a. de J. C. y, en un período posterior guerrearon en calidad de igualdad con los monarcas de Egipto. Alguien ha sugerido que este pueblo era de origen europeo, relacionado con los troyanos de Homero. En su capital, Boghaz-Keui, a unos 165 kilómetros al sur del Mar Negro, se encontró en 1906 la Biblioteca Real; las tabletas estaban escritas en cuneiforme, pero en ocho lenguas diferentes y entre ellas se cree que hay una carta de la viuda de Tutankamen, invitando al rey de los hititas a que envíe a uno de sus hijos para casarse con ella. Los "hijos de Heth" que Abraham encontró (Gén. 23.3) eran indudablemente inmigrantes del norte.

A finales de abril de 1952, Leonard Wooley, el célebre arqueólogo que resucitó la perdida civilización de Ur de los Caldeos, dió cuenta de una clave hallada para descifrar el misterioso idioma de los hititas, pueblo que la Biblia presenta, tanto en tiempos patriarcales como en tiempos de los reyes de Israel, con la particularidad de que tenían que ser expulsados por los israelitas (Véase Gén. 15.20; 23.3-20; 2.ª Rey. 7.6,7). Un erudito dice que aquel poderoso imperio hitita, establecido en la Anatolia (Turquía Oriental), ha dejado como herederos a los armenios actuales.

Asociado con estos hititas se encuentra el pueblo Mitanni que, por el tiempo de Josué, se encontraba dominado por una dinastía indo-europea, siendo sus deidades Indra, Varuna y otras indias. Parece constituir, según un erudito, el eslabón ariano entre la India y Europa en los tiempos antiguos.

La historia de las tierras bíblicas, antes y durante el período de Israel en Palestina, es una historia de invasiones sucesivas, tanto procedentes de Arabia como de la parte alta, y del choque de estos invasores y de los reinos y civilizaciones que desarrollaron. Todo ello se refleja en el Libro por excelencia y según allí leemos "de estos tres (Sem, Cham y Japhet) fué llena toda la tierra" (Gén. 9.19). Sem, padre de los semitas; Cham, padre de los pueblos africanos, y Japhet, padre de los pueblos arios o indoeuropeos. Aunque todo esto representa un gran período de tiempo, lo que sabemos es que la raza semita adquirió mayor importancia.

Según Marston, fué por el año 2800 a. de Cristo cuando la descendencia de Sem adquirió su prominencia. Sargon de Agade, que comenzó a rei-

nar en aquella ciudad por el 2650 a. de J., conquistó toda la Mesopotamia y llegó hasta el Mediterráneo, según parece, hasta conquistar Chipre. Wooley manifiesta que "Fué identificado, quizás con certeza, con el Nimrod del Antiguo Testamento". Su sucesor, Naram Sin, dió empuje a esta supremacía de reyes de origen semita, sentándose en los tronos de Babilonia y países vecinos. Absorbieron y extendieron la cultura sumeriana a través de Palestina hacia Egipto. En cuanto a la frase "generaciones de Sem" (11.10) y "las generaciones de los hijos de Noé" (10.1), opina Halley que son documentos que se usaron en la composición del Génesis y que, probablemente, los escribió Abraham en tablillas cuneiformes, basándose en los relatos antediluvianos recibidos de Sem.

En materia religiosa, el Libro de los libros presenta la intransigencia del pueblo de Israel frente a los otros pueblos y civilizaciones, apartándose de todo paganismo y adoración a dioses falsos. Ellos adoraban sólo a Jehová, o Yahvé, el Dios fuerte y verdadero, el que, a la postre, andando los siglos, permanece mientras tantos dioses y tantos libros paganos se hunden en el olvido.

Como libro, la Biblia fué para muchos hombres de muchos países lo que para el Salmista: "Lámpara es a mis pies tu Palabra y lumbrera a mi camino" y a tantos hombres de tantas civilizaciones cambió su corazón, como en el caso de San Agustín. Su conversión partió de las siguientes palabras de Romanos: "Andemos... no en glotonerías y borracheras, no en lechos y disoluciones, no en pendencias ni envidia, mas vestíos del Señor Jesucristo y no hagáis caso de la carne en sus deseos."

Nos será útil conocer un bosquejo de la historia del mundo, siquiera sea hasta los tiempos del Cristo, y podemos dividirlo en tres épocas principales: el Mundo antiguo antes de los Patriarcas, el Mundo antiguo entre Abraham y David, y el Mundo antiguo desde David hasta el Imperio Romano.

I.—*Mundo antiguo antes de los Patriarcas.*

A.—Edad de Piedra, que empezó hace unos 200.000 ó 500.000 años, dividida en Paleolítica, Mesolítica y Neolítica, termina por el año 4.500 antes de J. y queda cubierta por "el principio" de la Biblia.

B.—Edad Calcolítica (4.500-3.000 a. de J.) cuando se introduce el cobre, se construyen gran-

des edificios y tiene su origen la escritura. Este tiempo viene igualmente cubierto por la Biblia.

C.—Edad del bronce, que comprende tres partes:

Temprana (del 3.000 al 2.000 a. de J.) cuando surgen los grandes estados de Egipto (relacionado con Siria y Palestina) y Babilonia (dinastía sumérica y acádicas, siendo Sargon I el principal gobernante). En este tiempo, según Snaith, Palestina estaba en decadencia, mientras que Ur, tierra de Abraham, extendía su poder por la llanura de los ríos Eufrates y Tigris hacia el Nordeste por Media y hacia el Noroeste por Marí en Siria.

II.—*Mundo antiguo entre Abraham y David.*—

A.—*Media* (del 2.000 al 1.500 a. de C.) cuando invasores del Asia Menor, probablemente cananeos, invaden Egipto y establecen el período Hykso; en Mesopotamia se registra, según los archivos hallados, la Edad de Mari, el reinado de Kammurabi y la destrucción de Babilonia por los hititas. En Palestina, controlada por Egipto, hallamos las peregrinaciones de los patriarcas, el descenso a Egipto de la familia de Jacob y el regreso a Palestina de parte de la casa de José, al ser expulsados los Hyksos por la conquista de

Amenhotep I. Dice Snaith, tutor del Colegio Wesley de Leeds: "El más famoso de los reyes amoritas fué Kammurabi, de Babilonia, que reinó durante 42 años y murió en el 1686. Se dice que era contemporáneo de Abraham y es famoso por su Código descubierto en Susa, capital de Elam.

B.—*Posterior* (del 1500 al 1200 a. de C.). Se registran notables cambios. En Egipto, expulsados ya los Hyksos, los faraones extendieron su imperio en todas direcciones; las cartas de Tell-el-Amarna, procedentes de Palestina, describen una extraña historia de intrigas, mala administración y gobierno débil en aquella tierra, pintando un cuadro de la religión cananea, antes de que los hebreos la invadieran, al mando de Josué. Se coloca a Moisés y al Exodo de Israel, probablemente, poco después del 1300 a. de C. Años después, el faraón Merenptah (1235-1227), dice haber derrotado a Israel en Palestina.

En Mesopotamia, Babilonia se encuentra débil por el gobierno de Kassite (que no era semita) y cobra fuerza el Imperio Mitani (horita) en la parte norte, estando casi constantemente en guerra con Egipto. Es conquistado finalmente, por los hititas por el 1370, quienes pactan con los egip-

cios. Palestina, provincia egipcia, pierde Jericó, que es destruída, y comienza la fase principal de la conquista israelita, por el 1250 ó 1225. Entre tanto, en el mundo griego alcanza su cénit la civilización Minoa de Creta, seguida por la Micena, fondo de Homero y del sitio de Troya.

C.—*Edad del Hierro* (del 1.200 al 1.000 a. de Cristo). Encuentra a Egipto, en su Dinastía XX, invadido por los Pueblos del Mar (entre ellos filisteos) y declina el poder de los faraones, perdiéndose el Imperio Asiático; en Mesopotamia no hay ningún gobernante fuerte, excepto Tiglath-Pileser I, de Asiria, que se nombró a sí mismo "Poderoso Rey de las Cuatro Esquinas del Mundo". En Palestina hallamos el Período de los Jueces, la gran batalla con los cananeos y el Canto de Débora, la lucha con los filisteos, que se habían retirado de Egipto, la caída de Silo y la muerte de Eli. Por el 1020 al 1004 la historia presenta a Saúl y el principio de la monarquía hebrea. Los filisteos derrotan a Saúl, pero David extiende su reinado desde el Mediterráneo al Eufrates y desde Egipto hasta el Líbano en el Norte. El princio de la Edad del Hierro es por lo tanto, el principio de la grandeza de Israel.

III.—*Mundo antiguo desde David hasta el Imperio romano.*

El sur (Judea) no podía continuar su dominio del norte (Israel) tras la muerte de Salomón y así el reino se dividió y durante más de 200 años el Norte dominó al Sur. Cuando Jeroboam huyó a Egipto, poco después de la muerte de Salomón, un gran gobernante, Shishak había subido al trono y reaseguró el poder de la nación. En el quinto año de Roboam subió contra Jerusalem (ver 1.ª Rey. 9.16 y 11.14-22) mostrando que los faraones todavía deseaban dominar a Palestina. En el gran templo de Karnak pintó él esta campaña, en uno de los muros, dando una lista de 156 lugares sometidos, entre los que se encontraban Megido, Jerusalem y uno conocido por "el campo de Abraham". Después del siglo IX acabó el poder de los faraones.

Según un historiador, "podemos muy bien poner el conjunto de la historia de Asiria en relación con el período de la Monarquía de Israel. Esta parte septentrional de Mesopotamia en todo el tiempo que precede a Kammurabi apenas tiene más que prehistoria y desde Kammurabi hasta Tiglath-Pileser I (época de Saúl) carece de importancia política".

También en el 733 a. de C. Tiglath-Pileser III, de Asiria, en su deseo de dominar Siria y Palestina, llegó hasta Israel y capturó la mayoría de su territorio, Galilea, Gilead y la costa, dejando sólo un pequeño reino, el cuál, como consecuencia de una rebelión posterior, fué también dominado por Shalmaneser V y Sargón II (722-705), convirtiéndolo en provincia asiria y llevándose cautivos, que vivieron en exilio.

El poder asirio, que se encontraba en la cima, constituyó durante un siglo el "terror del Norte" (Is. 14.31; Jer.. 1.14; 4.6) y en los anales de Sennacherib (que reinó del 705 al 681) se explican los nombres de los oficiales de aquella corte. El Rabsacés (2.ª Rey. 18.17) era el primer ministro o visir, el Thartan (Is. 20.1) el comandante en jefe, el Rabsaris (2.ª Rey. 18.17). Según la descripción del sitio de Laquis (2.ª Rey. 18.14) "Sennacherib se sienta en el trono, mientras los despojos de Laquis pasan delante de Si". Este rey invadió Judá en el 701 y de su sitio de Jerusalem habla, probablemente, Ezequias haciendo sus conducciones para asegurar el agua a Jerusalem (2.ª Rey. 20 e Is. 7 y 22), que han sido investigadas por Sir Charles Warren, quien encontró en el túnel de Siloam una inscripción alusiva.

Asesinado por dos de sus hijos, Sennacherib fué sucedido por Esarhadon (2.ª Rey. 19) que conquistó Egipto. Tanto él como Asurbanipal se vieron pronto a la defensiva y los medas toman Assur en el 164 y luego, acompañados de los babilonios, Nínive, en el 612. Asurbanipal pierde Egipto y el Imperio Asirio se desmorona. Un prisma recoge las circunstancias de su ascención, acusando a sus hermanos de "manejar el puñal impíamente". Esta hora marca la nueva fuerza de Judá bajo Josias, la de Babilonia bajo Nabopolasar y la de Media bajo Xiasares. Sin embargo, cuando Josias quiso extender su territorio, el faraón Necho (609-507) le sale al encuentro en Meggido, donde el rey de Judá encontró la muerte en 608.

Este mismo faraón fué totalmente derrotado por los babilonios en Carchemish en el año 605 antes de C. y Judá queda bajo el rey de Babilonia, Nabucodonosor, quien practicó dos deportaciones, una en el 597 y otra en el 586 a. de C. Desde la muerte de Josias, Jeremías, guiado por el Espíritu de Dios, se esforzó en vano por persuadir a los príncipes de Judá de que debían encontrar

la paz en sujeción a Babilonia, que se convirtió en la dueña del mundo oriental. Jeremías predijo, además, que Egipto, como Israel, caería bajo la mano de Babilonia y el último faraón que se nombra en el Antiguo Testamento es Hophra. Las investigaciones de Sir Flinders Petrie han demostrado que estas profecías de los capítulos 43, 44 y 46 fueron cumplidas al pie de la letra.

En el exilio del pueblo de Israel, luego de la derrota hebrea, destacados ciudadanos juegan un papel notabilísimo lejos de la patria, entre ellos Ezequiel.

Repentinamente surge un nuevo conquistador, que en la Biblia aparece como "ungido", Ciro, gobernante de un pequeño territorio montañoso, Anshan, que consigue controlar Persia y Media (549 a de C.), conquistar Croeso de Lidia (en el 546) y Babilonia (en el 538). Fué sucedido por Cambises, que conquista Egipto, Smerdis y Dario de Hystapes. Fué durante sus reinados cuando el templo de Jerusamen fué reconstruído por Sesbassar y Zorobabel (Esdr. 1 y Hagg. 1) en medio de la oposición. El Imperio es reorganizado por Dario I (522-486) que invade Europa y es rechazado en Marathón en el año 490. Jerjes I (485-465) intentó luego

conquistar Grecia, sueño que acabó con la derrota de Salamis en el 480. Este gobernante, el Asuero de Esther, según muchos, fué sucedido por Artajerjes Longimano, quien comisionó a Nehemias la reconstrucción de las murallas de Jerusalem, tarea que completó en el 445. Los cimientos de estas murallas han sido encontrados en más de su mitad.

Nos encontramos ya en la Edad de Oro de Grecia, con los nombres de Pericles, Herodoto, Sócrates, Esquilo, Sófocles, Platón, Aristóteles, Este último fué, en la corte de Filipo de Macedonia, tutor del joven Alejandro, que logró derribar el Imperio Persa.

Comienza, pues, el período helénico con la fulminante carrera de Alejandro Magno, que llegó hasta la India y murió en Babilonia cuatro años más tarde (en el 323). Los generales de Alejandro actuaron como sátrapas de las provincias y lucharon por el poder, pero cuando el polvo del conflicto se desvaneció, en el año 277 a. de C., nos encontramos con tres imperios helenísticos que luego serán absorbidos por Roma: Macedonia, con Antígono a la cabeza; Egipto, gobernado por Ptolomeo, y Siria, por Seleuco.

En la Biblia de modo especial en el Nuevo Testamento, se trasluce la influencia helénica de este período. Palestina, que había quedado bajo el control de los Ptolomeos hasta el año 198 antes de C., cuando Antioco III de Siria conquistó el territorio, había llevado una existencia precaria. Pero cuando Antíoco IV, Epifanes, fué amenazado por Roma, al intentar buscar compensación en Egipto, logra su independencia religiosa. La cosa fué que Epifanes, considerando que su mala inteligencia con Roma se debía a intransigencia de los judíos, intentó destruir la religión de éstos, produciéndose una espontánea reacción que dió lugar a la revolución macabea, en el 168, y en tres años Judas Macabeo logró imponerse en la cuestión religiosa, si bien no consiguió la independencia política.

Bajo los asmoneos, descendientes del último de los cinco hermanos macabeos, Simón, los judíos llegaron a dominar la mayor parte del territorio que se conoce en ningún tiempo de la historia israelita. Judas había buscado la ayuda de Roma, pero esto no llegó a cristalizar hasta el año 63 a. de C., cuando los romanos, de manera decidida invadieron el país. Pompeyo entró en el templo y estableció a Hircano como rey con

Antipater, padre de Herodes el Grande, por gobernante efectivo. Así acabó el período helénico y comenzó el gobierno de Roma. El Imperio romano tomaba posesión de la herencia de Alejandro Magno.

Los hombres que escribieron la Biblia no pudieron dejar de traslucir todos estos cambios políticos que repercutían de manera tan notable en el pueblo de Israel, y que, de hecho, iban preparando el terreno para una gran revelación de Dios a los hombres en su Palabra hecha carne, justamente en la "plenitud de los tiempos".

En la Biblia vemos la dominación romana de Palestina cuando nace el Salvador, y cualquier Historia de Roma nos ofrecerá un bosquejo y una cronología de los hechos y personajes con gran detalle, cosa que no podemos hacer aquí. El establecimiento de Herodes el grande como rey (siendo mitad judío y mitad idumeo) servía para asegurar el dominio de Roma, y a su muerte, en el año 4 a. de C., el Emperador Augusto dividió el reino: Arquelao fué tetrarca de Judea, Samaria e Idumea; Herodes Antipas, tetrarca de Galilea y Perea, Felipe, tetrarca de Gaulonitis, Traconitis, Batanea y otros lugares alrededor del Lago de

Galilea. En Mateo 2.22 encontramos a Arquelao; Antipas es el Herodes del Ministerio de Jesús.

Augusto depuso a Arquelao por su mal gobierno y desde entonces el territorio suyo fué administrado por Procuradores romanos, siendo el más conocido Poncio Pilatos, que actuó desde el 26 al 36 de nuestra era, y fué responsable de la crucifixión de Jesucristo. Felipe murió en el año 34 de nuestra era y Antipas fué depuesto en el 39 por sospechas de complot contra Roma.

En su escrito "Historical background of the Gospels", dice T. W. Manson, profesor de Exégesis y Crítica Bíblica, de Mánchester: "Los sujetos de este complejo régimen de reyezuelos herodianos, oficiales romanos y dignatarios eclesiásticos judíos, acariciaban sus propias ideas acerca de cuál sería el estatuto del pueblo elegido de Dios. Había aquellos zelotes que estaban dispuestos, a la menor provocación, o sin haberla, a levantar bandera de rebeldía y a tratar de echar al Mediterráneo a sus odiosos gobernantes. Había quienes estaban preparados a esperar con paciencia el día en que el Dios de Israel visitaría y redimiría a su pueblo, y, ya fuera directamente o mediante el Mesías, ungido heredero de la casa de David, derrocaría a los impíos para inaugurar

una era de paz, prosperidad y felicidad para Israel. Esta era en conjunto la actitud de los fariseos. Y otros, por último, estaban dispuestos a aceptar el *status quo* como una realidad dura, ante la cual, lejos de forjar planes para una resistencia presente o sueños de triunfos futuros, colaboraban cuando era necesario con las fuerzas de ocupación, sacando el mejor partido de una mala situación. Esta era la política de los saduceos. La situación de los judíos en Palestina era semejante a la que se ha presentado en la historia a otras pequeñas naciones..."

La diseminación de este Libro único, la Biblia, por todo el Imperio Romano fué una inevitable consecuencia del crecimiento de la Iglesia Cristiana, y las condiciones favorables de aquel tiempo han sido ya repetidas por muchos escritores: la unificación de los países del Mediterráneo por Roma, la seguridad de los viajeros, las nuevas carreteras, los soldados que iban y venían, los nuevos maestros, la mezcla de razas en las ciudades y la destrucción de Jerusalén por Roma, que aumentó la dispersión. Tiberio deportó a Cerdeña 4.000 judíos que podían llevar armas, y la mención de prosélitos en los Hechos de los Apóstoles llama la atención al hecho de que la religión

judía se había hecho ya misionera. Muchos gentiles aceptaban los postulados del judaísmo y participaban en los servicios y ceremonias de las sinagogas, familiarizándose con la Biblia judía.

Justino Mártir, al establecer la antigüedad de la religión cristiana, apela al Antiguo Testamento, y dice que los profetas, mucho antes que los filósofos, "vieron y anunciaron la verdad a los hombres, sin temer a nadie..., sino hablando aquellas cosas que sólo ellos vieron y oyeron, siendo llenos del Espíritu Santo". Las sinagogas de la Dispersión, esparcidas por todo el mundo greco-romano, fueron la base de las primeras comunidades cristianas, que resultaron de los viajes misioneros de San Pablo y de otros. Los judíos de la Diáspora tenían un contacto más íntimo con el pensamiento griego que los habitántes de Palestina y podían distinguir fácilmente entre las tradiciones filosóficas de Grecia, representadas por Platón, Aristóteles y los estoicos, y la tradición teológica bíblica; verían cristalizar en algo más sustancial y perenne los argumentos filosóficos sobre la inmortalidad, que en el Nuevo Testamento, sobre todo, se presentaba como basado en la resurrección de Cristo Jesús, y, sin duda, la concepción estoica de Marco Aurelio: "el Universo como especie de reino unido", encontraba su auténtica contrapartida en el concepto bíblico del Reino de Dios.

La traducción de la Biblia hebrea al griego constituyó un hermoso puente para el tránsito de la doctrina cristiana al mundo helénico y, posteriormente, la Biblia griega fué trasladada al latín y al siriaco, con lo que el Libro de los libros se transmitió a todos los pueblos. Los primeros escritores cristianos estaban empapados del lenguaje de la Escritura y el Cristianismo se esparció rápidamente. Ningún otro libro ha pasado de nación, transformando las masas, siglo tras siglo, como ha hecho la Biblia. El dean de Chichester, Arthur S. Duncan Jones, en su escrito "The Bible's place in the Roman Empire" muestra cómo la Biblia fué avanzando y formando comunidades cristianas y cita varios casos: "Los Padres Apostólicos y los primeros Apologistas que escribieron en griego, indican algunos de los lugares a donde se llevó el Evangelio. La carta de Clemente muestra que al principio del segundo siglo había una comunidad establecida en Roma y casi contemporáneamente las cartas de Ignacio se refieren también a Roma, pintando también un grupo de comunidades en Asia Menor, testimonio que confir-

man las cartas de Plinio a Trajano... La evidencia de los gnósticos, en sus escritos, nos lleva a Alejandría y Antioquía, en tanto que Marcio habla de comunidades en el Mar Negro antes del 160... Como se ha dicho antes, la Iglesia de Roma fué, al principio, predominantemente de lengua griega y así permaneció hasta mediados del tercer siglo, cuando el griego cedió su lugar al latín. No fué en Roma donde floreció la primera literatura cristiana latina, sino en el cultivado distrito del Norte de Africa, que a principios del tercer siglo era residencia de Tertuliano, uno de los escritores cristianos más grandes, y de su joven contemporáneo Cipriano. Sus escritos prueban la existencia entonces de una versión latina de la Biblia. En dicho siglo había obispos en España, habiéndose instalado la Iglesia Cristiana en el segundo siglo en la Gaula Meridional, atestiguando los mártires de este hecho. La nueva religión se extendió por el valle del Ródano hasta el norte de Francia, de modo que antes del Concilio de Nicea, en el 325, se encuentran ya afirmados unos doce obispos... Tertuliano y Orígenes dicen saber que había comunidades cristianas en Bretaña, y es cierto que hubo obispos británicos en el Concilio de Artes, en el 314. A finales del siglo segundo

habla Ireneo de modo vago de iglesias cristianas en Alemania..."

La Biblia presenta dos etapas de desarrollo y expansión, representadas por los dos principales idiomas en que fué escrita: hebreo, Viejo Pacto, dirigido a una pequeña sociedad, que usaba un dialecto palestinense, y griego, Nuevo Pacto, dirigido a un amplio público de una gran civilización cosmopolita. El griego fué la lengua principal de intercambio entre el vasto Imperio Romano, y, según el Profesor Dodd, de Cambridge, llegó a usarse más allá de aquellos límites, hasta Afghanistan y el Punjab. Tenemos, pues, que el movimiento cristiano, que surgió en primer lugar del judaísmo mismo, se lanza decididamente a la conquista del mundo entero, y hace uso para ello de un lenguaje internacional: el griego.

No podemos, naturalmente, dejar de ver en la Biblia ideas hebreas e ideas griegas, pues la influencia de la Biblia y de los escritores de la Biblia en el mundo fué recíproca, y, al propio tiempo, hemos de notar un eslabón de continuidad en este proceso, toda vez que los mismos judíos formaron parte de la sociedad helenística, notablemente en Alejandría, donde la Septuaginta, en opinión de Dodd, no fué sino la Biblia

de un judaísmo helenístico. La literatura rabínica posterior a la destrucción e Jerusalén muestra cuánto aprendieron los judíos de los griegos y cómo la línea divisoria de pensamiento entre judío y griego se iba borrando, como podemos deducir de las grandes palabras e ideas del Nuevo Testamento. Alguien ha dicho que lo hebraico y lo helénico se fundieron a alta temperatura y el producto fué algo diferente.

Tomemos un ejemplo notable. El término griego "logos" fué adoptado para expresar la idea central de la teología cristiana, que en Juan se resume con la frase "El verbo (logos) se hizo carne". Según los eruditos, no hay palabra que mejor exprese la mira griega. *Logos* significa *palabra;* pero es la palabra como instrumento y expresión del pensamiento, esto es un pensamiento racional y articulado, ya se exprese o no, y cuando los pensadores griegos decían que había "logos" en el mundo y en el hombre, querían decir que el universo tenía sentido y orden y que el hombre era capaz de entenderlo. Dios podía ser *logos* por cuanto lo racional era divino, pero para muchos pensadores griegos la idea de un Dios más allá del mundo parecía superflua.

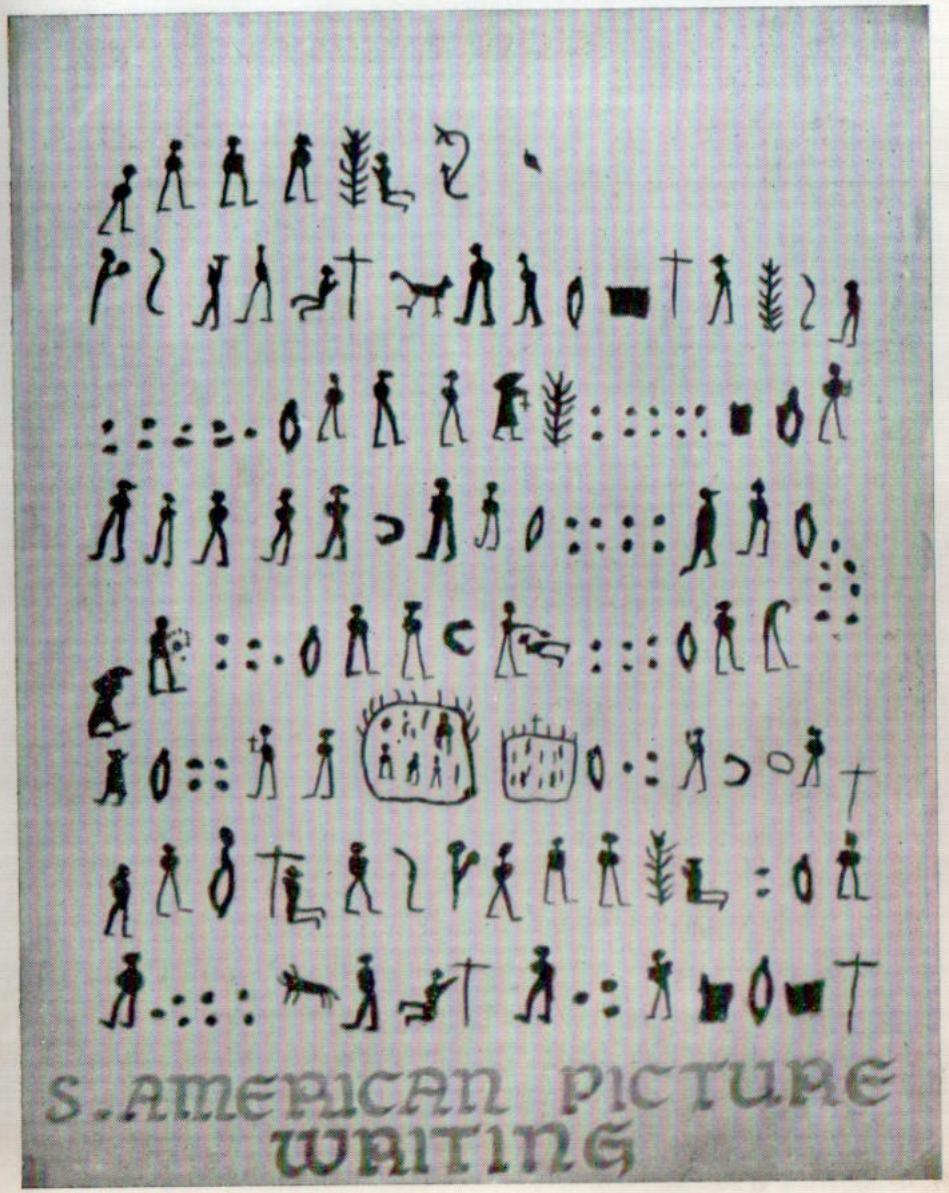
La idea hebrea era mucho más determinada. El "Dios vivo" era la realidad más insistente y cuando el hebreo hablaba de la "palabra" de Dios pensaba en la expresión de soberana voluntad y en el vehículo de poder irresistible. Aquella era "la palabra de Jehová", que venía por medio de los profetas, "como fuego, como martillo que destruye". De aquella manera entendían los hebreos, o mejor imaginaban, el misterio de la creación: "Por la palabra de Jehová fueron hechos los cielos".

Pero, si el griego creía, en efecto, que el logos se hallaba en el universo, y el hebreo que en Dios, ¿no existe una perfecta línea de continuidad o un puente de entendimiento? El universo y el hombre, donde residía el logos para el griego, eran la expresión del poder creador de aquella fuente primera, Dios, que era el "logos", en Sí mismo. Cristo, siendo Dios, era el "logos", y, al venir al mundo, se hizo carne; por ello, Juan, reuniendo, tanto el pensamiento hebreo como el griego, afirma que la palabra se hizo carne, y en ese hecho real y transcendental deben concurrir el pensamiento hebreo, antiguo (Viejo Pacto), dialecto palestínico y el pensamiento griego, nuevo (Nuevo Pacto), lengua casi mundial.

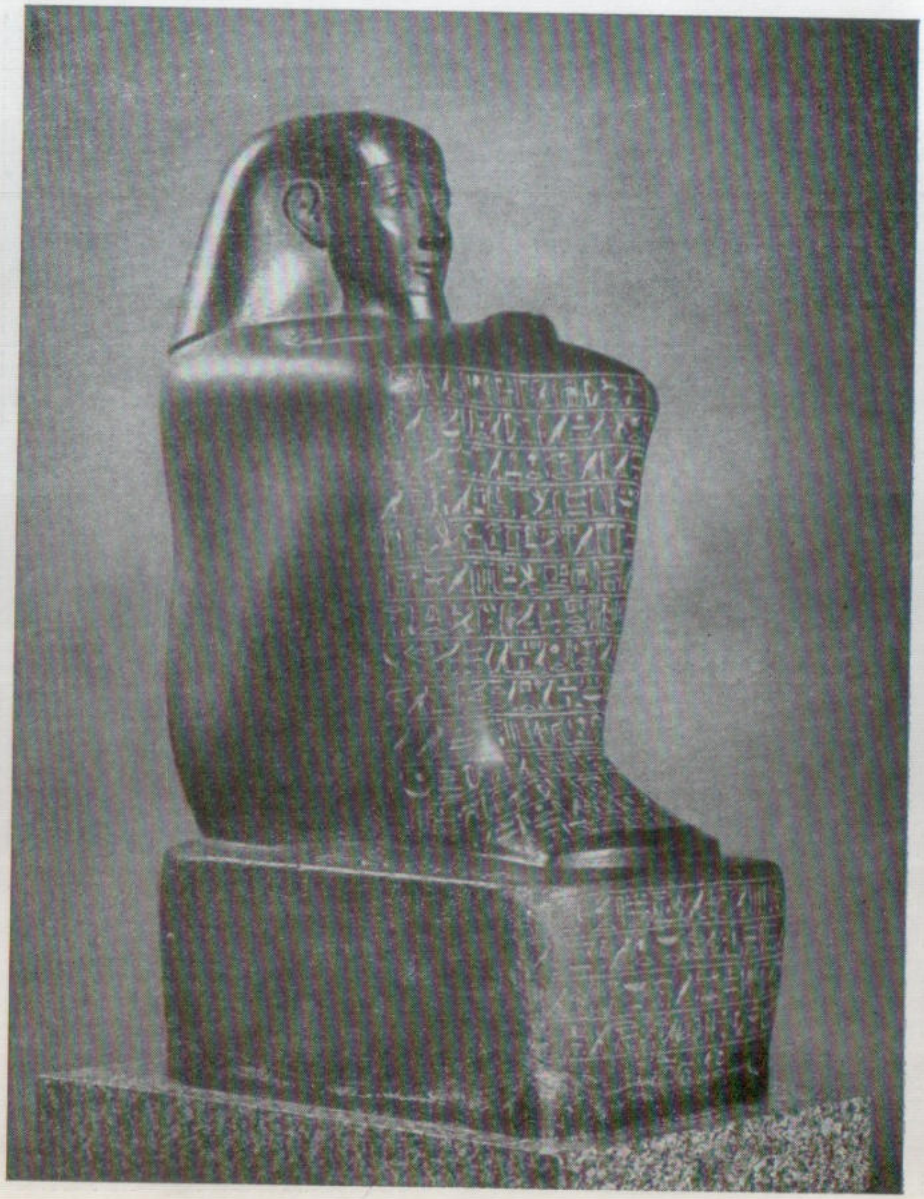
Por otra parte hay otro hecho importante: el término "carne", que habla también de la unión de estas dos grandes esferas de pensamiento, para que el Libro se lance a su carrera victoriosa. El erudito de Cambridge, C. H. Dodd, lo expresa mejor que nosotros de esta manera: "Cuando el Nuevo Testamento afirma que "el verbo se hizo carne", significa que el momento crucial del intercambio de Dios con sus criaturas reside en la experiencia de una personalidad humana real, en una situación histórica concreta. Y el mismo uso del término "carne" constituyó un reto a la dominante y exagerada espiritualidad del "Misticismo helénico", que no consideraba la materia y que consideraba al cuerpo tan sólo como tumba o prisión del alma. El pensamiento hebreo no dejó nunca que le invadiera semejante dualismo de cuerpo y alma, y consideró al hombre, tal cual es, un cuerpo animado o un alma corpórea, y de esa manera le vió formado, mantenido y guiado por la palabra de Dios. El Nuevo Testamento afirmaba que tal personalidad humana concreta era justamente la residencia del Logos, usando semejante término más allá del abanico de significados, hebreos y griegos, y al hacerlo así descubrían sorprendentes vistas respecto de Dios,

del hombre y del mundo. Uno de los escritores del Nuevo Testamento dice que el Evangelio, enfrentándose con dos grupos rivales, judíos y gentiles, les reconcilió de tal modo que "de ambos hizo uno", y es, desde luego, cierto que los pensamientos hebreo y griego fueron de tal modo reconciliados en el Cristianismo que algo genuinamente nuevo surgió, y en ello todas las tradiciones hallaron su cumplimiento".

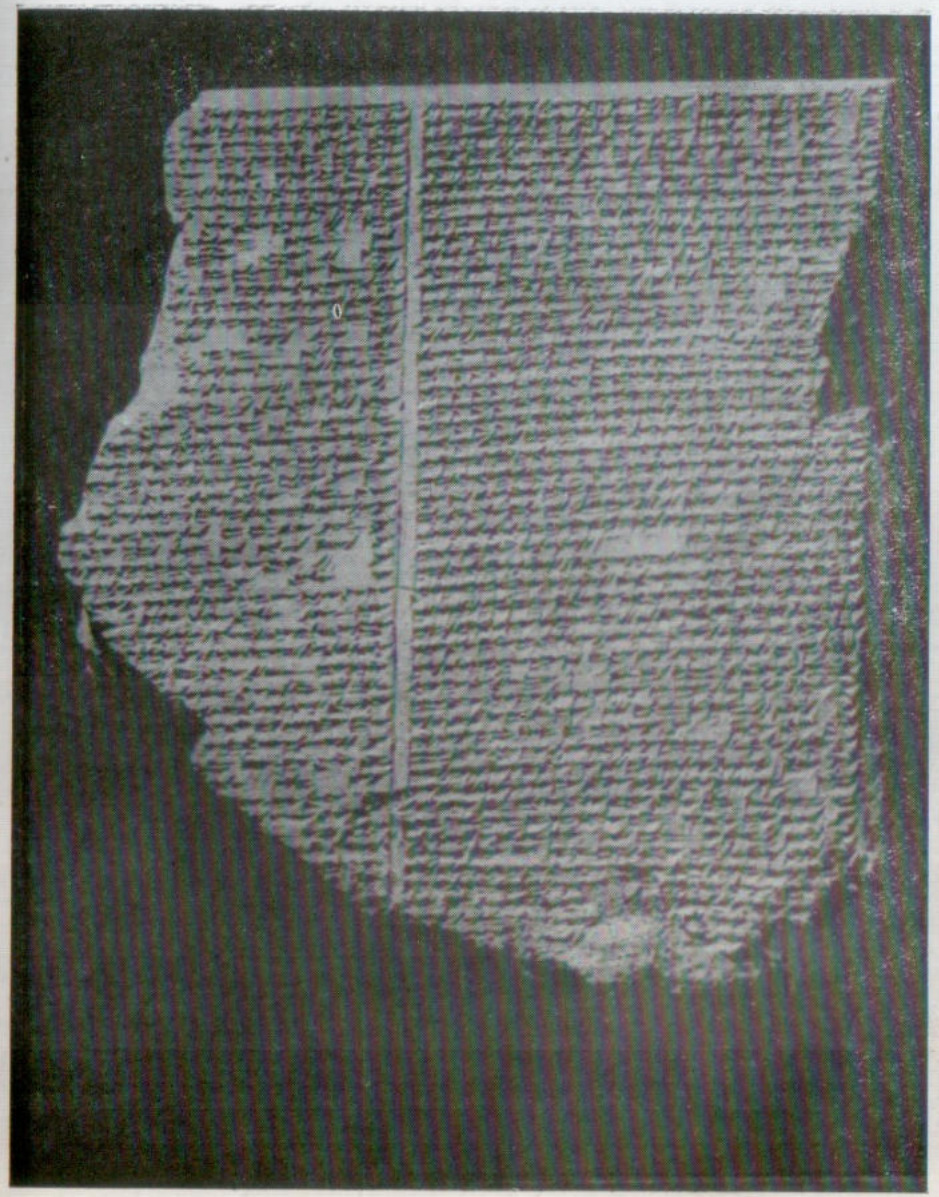
Entendemos, por tanto, que la Biblia, el Libro de los libros, en el que se hallan reflejadas todas las épocas de la historia humana, el Libro, que a su vez ha penetrado en la vida de los hombres, ha reunido en sí mismo el pensamiento antiguo y nuevo para constituirse en algo único, el Libro por excelencia, el mensaje de Dios al hombre, en todas las circunstancias y en todas las lenguas, reflejo del pasado, reflejo del presente y reflejo del porvenir. El Libro y su Autor se funden en la inabarcable eternidad, pero los punzones, estilos y cálamos de los escritores humanos se movieron al compás de los tiempos y de los acontecimientos políticos.



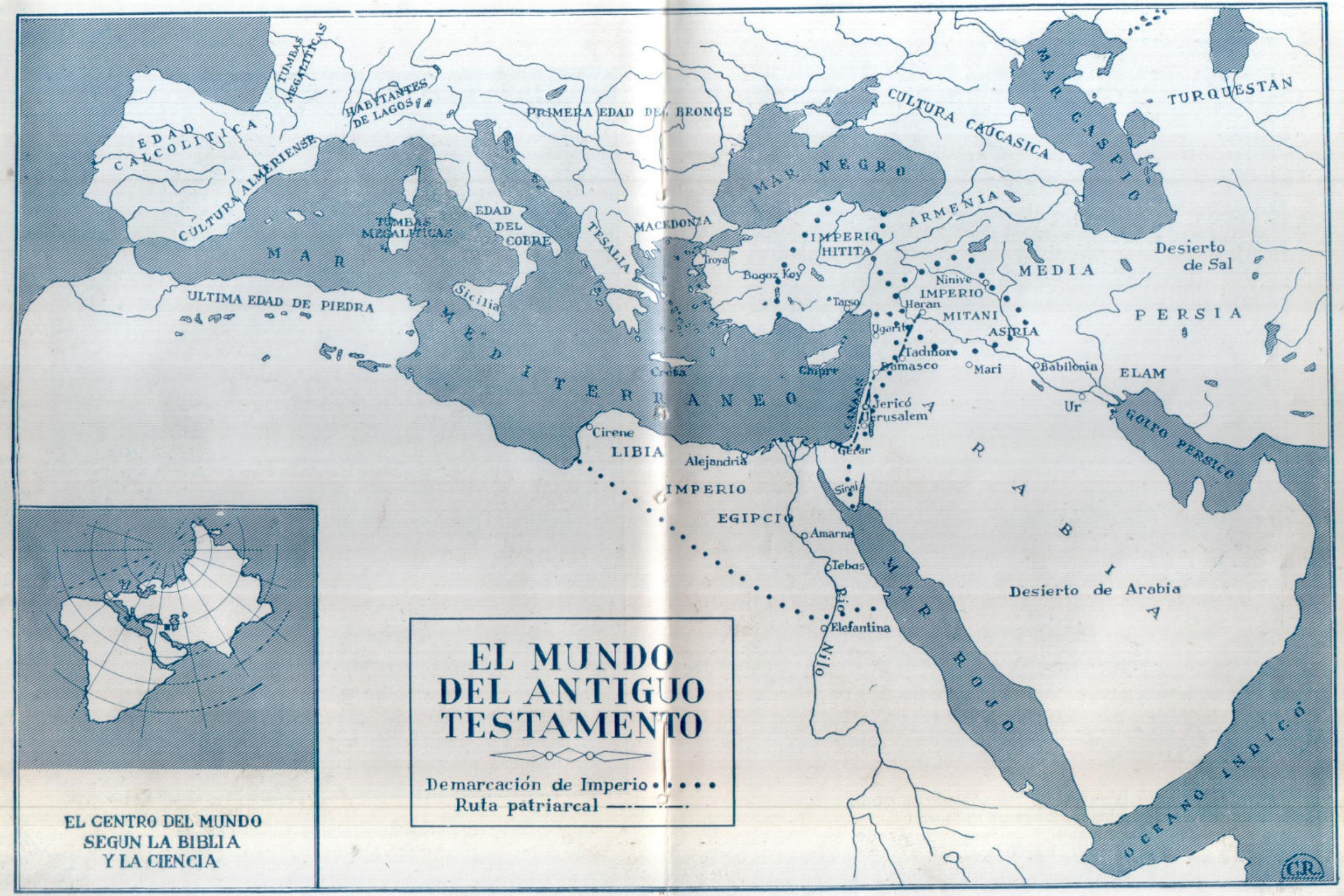
LAMINA I.—Muestras de escritura pictográfica



LAMINA II.—Caracteres geroglíficos egipcios de la dinastía XVIII



LAMINA III.—Tablilla cuneiforme

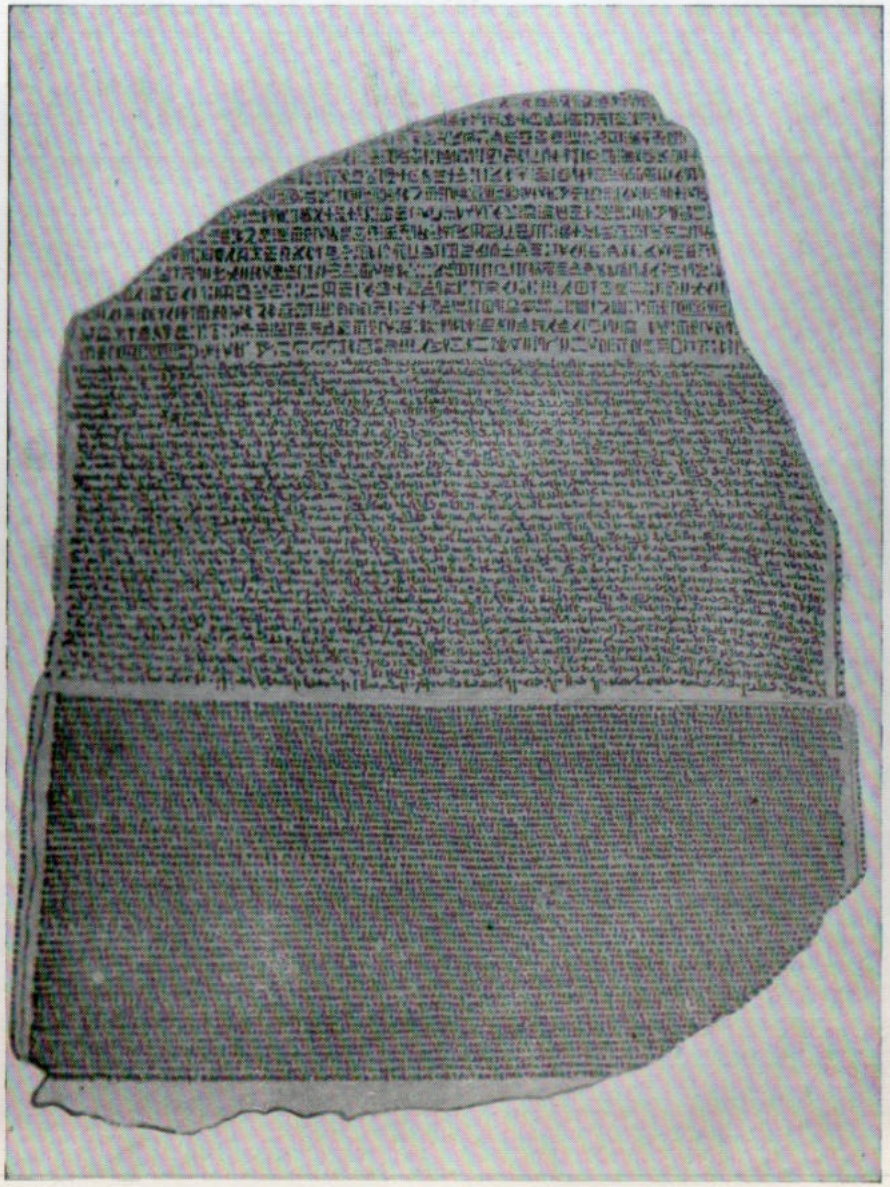


EL MUNDO DEL ANTIGUO TESTAMENTO

Demarcación de Imperio
Ruta patriarcal

EL CENTRO DEL MUNDO
SEGUN LA BIBLIA
Y LA CIENCIA

LAMINA IV.—Tablilla babilónica con mapa
de las regiones de la tierra
Relata las conquistas de Sargón de Acade
por el 2.300 A. C.



LAMINA V.—La famosa piedra Rosetta

LAMINA VI.—Sala o «scriptorium», donde se copiaban los libros de la Biblia

Capítulo III

LA ARQUEOLOGIA Y LA BIBLIA

La Arqueología, palabra compuesta de dos voces griegas, que significan estudio de lo antiguo, no es sino la consideración de las cosas del pasado y en este sentido dicho estudio comprende, tanto el arte y la arquitectura, como los instrumentos de trabajo y los objetos de uso diario; en otras palabras, todo aquello que el hombre ha empleado a través de los siglos para expresarse a sí mismo y que constituyen pruebas evidentes de su actividad pasada. El arqueólogo investiga montículos que sirvieron de cementerio o que cubren ciudades, monumentos y vasijas de alfarería, y se interesa por toda clase de cosas escritas, incluyendo, por ejemplo, antiguas cartas o planos y registros seculares o parroquiales; igualmente busca monedas, trajes de armas y nombres de lugares, etc., en suma todas aquellas cosas que puedan ayudar a formar la historia. Por eso los historiadores buscan en la Arqueología pruebas que les ayuden a fijar la historia de la humani-

dad en el progreso de las edades y, naturalmente, debido al amplio campo que la Arqueología puede abarcar, se divide en varias ramas. Nosotros, en este libro, estamos interesados sólo en la Arqueología bíblica.

De la amplitud de este estudio, dice S. Graham Brade-Birks: "El estudio de la Arqueología es tan amplio en su interés que abarca todas las fases y facetas del cambio del hombre en pericia y en suerte. Por donde el hombre ha avanzado, la Arqueología sigue sus pasos, y si, por ejemplo, tomamos el estudio de sus instrumentos de trabajo, observamos cómo éstos han cambiado: el rudimentario instrumento de piedra pasa por etapas de creciente pericia al producto pulido de la nueva Edad de Piedra, luego de la piedra al bronce y de éste al hierro... y donde el hombre retrocede la Arqueología nota las causas y los efectos. En Agricultura, Arte y Arquitectura el estudiante del pasado ve los principios de los ensayos y de los errores..., y así atempera sus juicios del presente por las experiencias del pasado... Es la Arqueología, pues, tema de amplias perspectivas, y rinde pronto buenos dividendos a aquellos que la estudian y aprecian."

Una tendencia humana de todos los tiempos, que resulta de gran ayuda al arqueólogo, es el cambio de costumbres, cosa que estamos nosotros mismos observando en nuestra propia generación. En Agricultura el tractor está desterrando al caballo; en la heráldica, el níquel suplanta a la plata; en la casa, las vasijas de barro están siendo suplantadas por las de aluminio, baquelita o plástico; nuestra manera de vestir cambia, etcétera. Y el empleo de distintos materiales, utensilios y artefactos; el estilo, etc., de los hombres del pasado constituyen para el excavador la orientación para fijar el resultado de sus trabajos. En Arquitectura la invención de nuevos métodos para trabajar los materiales, juntamente con nuevos estilos, producen una "continuidad" que permite fijar la fecha de la construcción desenterrada o simplemente hallada. En alfarería las diferentes etapas marcadas por los avances en este arte permiten al experto situarlas en su justo lugar cronológico.

Uno de los hallazgos que más reflejan el cambio de época en las excavaciones arqueológicas son los cementerios o tumbas, ya que la actitud de los vivos para con los muertos varía según la civilización o las influencias religiosas de su tiem-

po. A veces los vivos han temido al espíritu de los muertos, y por ello han buscado un sitio apropiado para su memoria. En otras ocasiones la creencia en la supervivencia tras la muerte les llevó a hacer preparativos para las necesidades de los muertos en las tumbas y en su viaje al otro mundo. También ha habido quienes han hecho preparativos para impedir que los espíritus malos molesten a los muertos o a vivos que dejaban atrás. Tenemos así cementerios o tumbas de la Edad Neolítica, la Edad del Bronce, la Edad del Hierro, etc., todas las cuales difieren en su situación y en su construcción, amén de que en todos los tiempos ha habido diferencias entre tumbas de pobres y tumbas de ricos.

Ni que decir tiene que los arqueólogos tropiezan con problemas de difícil solución, y a veces los problemas quedan sin resolver por largo tiempo hasta que repentinamente algo inesperado aclara el misterio. Una de las tareas más importantes del investigador es la de fijar fechas, cosa que no quiere decir "año exacto", ya sea de una moneda, de un objeto de alfarería, de un utensilio, de una construcción, etc., sino definir el período adecuado de la historia o de la prehistoria. Es lógico pensar que cuando lo desenterrado lleva en sí una fecha ya no existe el problema. Pero siempre ha constituído un problema la cronología, no sólo la bíblica, sino la arqueológica y la geológica, ya que cuando estudiamos distintos autores vemos en seguida las diferencias. Los geólogos usan ciertos cómputos de tiempo, estudiando los materiales de que se compone la corteza terrestre, y sus fechas sobrepasan a las de las primeras edades geológicas, llegando a la edad de los eolitos, desde un tiempo ignorado hasta el 540.000 a. de C. para fijar los tiempos paleolíticos entre los años 540000 y 12000 a. de C. Esto nos lleva de la mano al problema del origen del hombre, que a primera vista ofrece soluciones tan dispares.

Dice Birks: "Han transcurrido ya muchos años desde que los científicos investigaron seriamente acerca del origen del hombre, y, desde luego, es problema que interesó al hombre antiguo, toda vez que en los dos primeros capítulos de la Biblia encontramos dos relatos distintos de la creación, incluyendo la del hombre, y estos relatos tienen paralelos en el folklore de muchos pueblos antiguos. Todos ellos, incluyendo los de la Biblia, debieron de ser contados de palabra durante siglos antes de que fueran escritos... La Biblia nos dice

la verdad exacta acerca de Dios y de las cosas espirituales, pero no es un libro de texto, científico y arqueológico."

Se sigue que la Biblia sea lacónica en esto, y es lacónica porque lo que interesa al hombre es saber que después de su caída hay perdón para él, según el plan divino. Literalmente dice así: "Y plasmó Yahvé Elohim al hombre (Adam), polvo procedente de la tierra (de la Adamah), y sopló en sus narices aliento de vida, y llegó a ser el hombre (el Adam) un individuo viviente."

El valor histórico de los tres primeros capítulos del Génesis ha sido ampliamente debatido, y se aportan a la discusión los documentos más antiguos de los pueblos babilónico y asirio; por ejemplo, *El Poema de la Creación, El Mito de Adapa* y *El Poema de Gilgamés*. Incluso autores muy ortodoxos y católicos afirman: "Esta es una cuestión que todavía es una incógnita y cuya solución la esperamos de los orientalistas..." "Las palabras del Papa son decisivas: en estos primeros capítulos del Génesis hay algunas cosas difíciles y casi inaccesibles para los mismos Padres; éstos redoblaron sus esfuerzos para captar este sentido histórico, pero su explicación es casi nula o insuficiente."

No obstante, aunque se dan cifras dispares acerca del tiempo que el hombre ha vivido sobre la tierra hay un acuerdo general en que la vida civilizada y el relato de la historia no es superior a los cinco o seis mil años, justamente el tiempo calculado a base de los documentos genésicos. Parece haber acuerdo general en que las primeras civilizaciones comenzaron en los valles fértiles de Egipto y Mesopotamia, como hemos dicho en el capítulo anterior, allí donde están los dos ríos mencionados en la Biblia, el Éufrates y el Tigris, en relación con el jardín del Edén. Es aquí también donde se han encontrado los primeros vestigios de ciudades y templos, sistema de riego y cultivo y registros en tabletas de arcilla.

En la Exposición del Museo Británico sobre Tierra Santa, que se cerrará el 31 de diciembre del corriente año 1954, se presentan tres fases principales en la evolución del hombre:

a) Tiempo anterior a las cavernas: 500.000 a 230.000 años a. de C.

b) Tiempo de las cavernas: 230.000 a 7.500 años a. de C. Las cavernas de Monte Carmelo contenían esqueletos que los historiadores y antropólogos consideraban pertenecientes a una raza

intermedia entre el hombre paleoantrópico (Neanderthal) y el neoantrópico (Homo Sapiens).

c) Tiempo de los primeros caseríos:

Edad neolítica o de piedra: 7.500 a 4.000 antes de Cristo.

Edad calcolítica o de cobre: 4.000 a 3.000 antes de Cristo.

Vale la pena notar aquí la corta duración de la historia (Edad Patriarcal a nuestros días) con el enorme lapso de la prehistoria.

El descubrimiento de esqueletos (o partes de los mismos) de Neanderthal y otras razas humanas o seres parecidos al hombre suscita cuestiones a las que en nuestro alcance actual de conocimiento no pueden darse respuestas terminantes, como bien dice el *New Bible Handbook,* de Manley, pues los inmensos períodos de antigüedad asignados a éstos por algunos antropólogos descansan sobre fundamentos muy inseguros, y los más sobrios hablan con gran cuidado de todos los restos prehistóricos.

Algunos autores han pensado que la creación de Adán debe remontarse mucho más y que estos" hominidas" pueden ser razas degeneradas; otros les consideran como infrahumanos y afirman que desde la creación de Adán, en el que alentó Dios su espíritu, la verdadera raza humana, capaz de comunión con Dios, comenzó a existir.

La diferencia que registra la ciencia hace natural que el estudiante de la Biblia quede un tanto perplejo al no saber dónde colocar a Adán y Eva, ni al entender ciertos problemas posteriores, como el que Caín temiese que cualquiera que le hallare le mataría cuando, fuera de sus padres, muerto Abel, no había nadie sobre la tierra, o el problema parejo de "conoció Caín a su mujer, la cual concibió", ya que no había ninguna a la vista sobre la tierra. Tal vez la probable explicación de todo ello se encuentre en la teoría de A. Rendle Short, en su libro *Modern discovery and the Bible*:

"Cuando la Biblia habla de Adán como el primero de los hombres debemos definir lo que significa el hombre. La más sencilla definición es la que da San Pablo: espíritu, alma y cuerpo; es decir, que hay un cuerpo como el que tienen los animales, una mente y una naturaleza espiritual capaz de eternidad. Cuando el escritor del Génesis dice que Dios hizo al hombre a su imagen, seguramente no estaba pensando solamente en sus

rasgos y en sus dedos, sino más bien en su inteligencia, propósito, voluntad, previsión, capacidad y sobre todo en los valores espirituales, en un sentido del bien y del mal, de cualidades morales y en una capacidad para la vida eterna. De ninguna manera es cierto que el hombre de Neanderthal, o los hombres de la vieja Edad de Piedra, cuyos cráneos eran tan grandes como los nuestros, tengan que ser considerados como "hombres" en el sentido bíblico de la palabra. Pueden haber sido pre-adánicos y Adán ser ciertamente una nueva creación, con cualidades espirituales que ellos no tenían. Cuando otro capítulo del Génesis nos habla de que Caín fundó una ciudad, los habitantes de la misma pudieron haber sido miembros de un tipo de hombres más primitivo, y cuando los hijos de Dios se casaron con las hijas de los hombres, podemos tener igualmente una referencia a una mezcla de razas humanas, siendo hijos de Dios la posteridad de Seth".

Esta teoría la comparte el famoso John Urqhart con esta sentencia: "Hay, efectivamente, lugar para suponer que otras razas fueron creadas, además de la que descendió de Adán."

No pierde la Biblia su valor ni su autoridad por las teorías de los hombres, y, aunque "el período transcurrido entre la creación del Universo y la vocación de Abraham permanece envuelto en un torbellino de incógnitas e incertidumbres", como dice el Comentario de Montserrat, lo fundamental queda: "De una sangre ha hecho todo el linaje de los hombres para que habitasen sobre la faz de la tierra" (palabras de San Pablo en el Areópago de Atenas, Hechos 17), y el hombre bíblico tiene más bien que ver con lo espiritual y moral que con lo físico. De otra parte, el simple relato bíblico no ha podido ser mejorado por ningún hombre, hombre que debe aceptar de Dios el mensaje que a el le llega por la Palabra Santa, esa Palabra que la Arqueología viene corroborando día tras día.

El erudito sir Frederic Kenyon dice con acierto: "A mí me parece que lo mejor que puede decirse con respecto a la Arqueología es, no que prueba la Biblia, sino que la ilustra... La contribución de la Arqueología al estudio de la Biblia ha sido ensanchar y profundizar nuestros conocimientos del fondo de la narración bíblica, y especialmente del Antiguo Testamento... El resultado de todo este aumento del saber ha sido con-

firmar la autoridad de los libros del Antiguo Testamento, al tiempo que iluminar su interpretación. La crítica destructiva se ha puesto ahora a la defensiva, y el hombre sencillo puede leer su Biblia confiadamente, sabiendo que si algo tiene que decir la investigación moderna, siempre permanece la Palabra de Dios como verdadera."

En estos días hemos leído en la prensa la siguiente noticia: "Arqueólogos israelíes descubren las ruinas del palacio de Herodes el Grande. Data de hace dos mil años y está localizado en Masada, cerca del Mar Muerto. A la vista de lo hallado, han sido confirmadas casi todas las descripciones del historiador Flavio Josefo... Las columnas que adornaban la terraza del palacio eran, sin duda, de estilos jónico y corintio. En una de ellas un soldado romano llamado Caius Askias había inscrito su nombre en lengua griega..."

Efectivamente, durante ciertos momentos de la historia, algunas páginas o pasajes de la Biblia habrán parecido absurdos, dando lugar a afirmaciones gratuitas detractoras, sin que los "sabios" hayan tenido la "sabiduría" de "esperar y ver". A la postre, la ciencia viene a corroborar la verdad de la Biblia y la Biblia, en el espíritu de su texto, complementa lo que en un principio pudiera parecer contradicción. No nos extrañamos, pues, de que aquellos que defendían sus teorías e ideas formaran escuelas y grupos que recibieron terminaciones de "istas", pero los recientes descubrimientos han dado al traste con toda teoría que trataba de estropear el plan divino presentado en la Biblia, suponiéndolo mero artificio humano. Con aquellas escuelas, ahora desacreditadas, se han desacreditado también ciertos libros que, durante años, fueron objeto de general consulta. Nadie mejor que la autoridad de Willian Foxwell Albright, mundialmente aceptada, puede decírnoslo hoy, en su "Rediscovery of the Biblical World":

"Pocos campos hay en los que el progreso de los descubrimientos requiera una constante revisión de manuales y otras ayudas para el estudio, como la Investigación Bíblica, si bien hay incluso eruditos que no se dan cuenta de ésto, pues instintivamente uno siente que los libros antiguos son más útiles como guías para el estudio que los modernos... Y ya que es justamente en nuestra generación cuando el progreso de la investigación ha hecho posible la verdadera síntesis, todos los libros que se consideraron con anterioridad como libros básicos necesitan ser

revisados, frecuentemente escritos de nuevo. Además, muchos de los últimos libros y artículos han sido escritos por gente incompetente, y el lector, que no es especialista, se encuentra, naturalmente, incapaz de escoger la autoridad a quien seguir... Por eso tiene valor la organización American Schools of Oriental Research, que no está ligada a ninguna universidad o grupo, y que reúne los mejores ingenios y selecciona sólo los sabios de mayor confianza para presentar los resultados de sus excavaciones, exploraciones e interpretación, al público.

Para valorar la información contenida en los manuales bíblicos de consultas, es bueno comparar las fechas de su publicación con las fechas de los más importantes descubrimientos arqueológicos. Empecemos por las obras inglesas de carácter conservador, como el gran comentario de Clarke, que todavía usan muchos, y que apareció en 1810/1826; luego la famosa Enciclopedia de Kitto, que vió la luz en 1843-1845. Si consideramos obras alemanas fundamentales, la "Introducción", de Eichohorn (con la que comienza realmente la historia de la llamada Alta Crítica), fué publicada en 1783, en tanto que el primer Diccionario y Gramática hebrea científicas fueron producidos por Gesenius en 1810-1831. Los desarrollos más importantes en crítica literaria del Antiguo Testamento aparecen en 1805 con la afirmación de De Wette sobre que el Deuteronomio fué compuesto en el reino de Josias, en 1853 con el resurgimiento victorioso de Hupfeld sobre la opinión de Ilgen de que había tres documentos en lugar de dos en el Génesis, y en 1876 con la consolidación que Wellhausen hace de la teoría de Graf-Kuenen de que el Código Sacerdotal fué el último de los cuatro documentos del Pentateuco.

Volviéndonos a comparar las fechas más importantes en la historia de la Arqueología Bíblica moderna, observamos que los jeroglíficos egipcios no fueron descifrados hasta los años 1822-1841 y que el cuneiforme asirio no fué aclarado hasta 1845-1851. Las excavaciones sistemáticas no comenzaron en Asiria hasta el 1843 y en Egipto hasta 1850; las primeras excavaciones científicas desde nuestro presente punto de vista fueron emprendidas por Flinders Petrie en Egipto (desde 1883) y en Palestina (1890), pero no fué hasta el 1887 que se encontraron las tablillas Amarna, en tanto que los Papiros de Elefantina no llegaron a los eruditos hasta el 1911. Los grandes ar-

chivos hititas de Boghazkoy fueron desenterrados en 1907, pero hasta mediados del presente siglo no hubo material suficiente para hacer posible la síntesis. La literatura religiosa cananea, perdida hacía tantísimo tiempo, fué excavada en el 1929, si bien una interpretación justa no pudo comenzar a lograrse hasta el 1932. Escasamente se encontraba para investigación científica ninguna literatura sumeria original del tercer milenio hasta que S. N. Kramer comenzó a publicarlo en 1938, siendo en 1939 cuando el que esto escribe, sintió la necesidad de comenzar la preparación de síntesis reales de la antigua historia y civilización del Oriente Medio. Durante la década actual ha aumentado tan rápidamente nuestro conocimiento de la cronología arqueológica, que ha sido entonces posible, por primera vez, fechar acontecimientos y fenómenos culturales en diferentes tierras con corrección, a la vista de la relación de unas con otras... La tierra Santa fué el primer país del Sur del Asia Menor que se estudió sistemáticamente, y, sin embargo, la Palestina occidental no comenzó a estudiarse hasta 1877. El estudio más entretenido de Schumacher, del norte de Transjordania empezó en 1885, y no acabó hasta 1914. La región de Moab y de Edom

nunca ha sido debidamente localizada... Además, nada se sabía hace un siglo de la formación geológica, y poco del suelo y de la conducción de aguas, lluvias, temperaturas, etc..."

Las tablillas bien conocidas de Gezer, a veces llamadas "calendario del campesino" y atribuídas por los arqueólogos a los días de David, contienen una lista de operaciones del campo apropiadas a cada mes del año, cosa que implica, como bien dice el profesor S. H. Hooke, la idea de que el campesino ordinario sabía leer y escribir por el siglo x antes de Jesús.

De igual manera, según el profesor anterior, se puede ahora conocer cuáles eran las condiciones que prevalecían en Canaan, antes de que los hebreos entraran allí, pues, principalmente por las tablillas de Ugarit, hoy Ras Shamra, se revelaron la poesía, los ritos, los mitos, creencias y prácticas religiosas de los cananeos, constituyendo un hecho de gran importancia el número de términos técnicos para los distintos sacrificios, sinónimos de los del Levítico. Esto prueba que el ritual de sacrificio de los hebreos no fué invención de los sacerdotes posteriores al exilio, sino que tiene sus raíces en el ritual cananeo.

La clase de viviendas en el tiempo de Abraham, los utensilios que empleaban, los dioses que adoraban, la correspondencia y negocio que sostenían, los detalles de aquella vida diaria, fué todo descubierto también al desenterrar aquella ciudad de Ur, y de modo similar los muros de las tumbas egipcias presentan la clase de vida corriente en los días de Moisés, etc.

Los primeros comentadores del Antiguo Testamento consideraron como pueblo misterioso a los horitas, llegando a decir que se trataba de un pueblo troglodita prehistórico, habitante en Canaán, pero hoy se sabe que se trata de un importante grupo étnico, los hurrianos, que gobernaron el reino conocido por Mitanni, el cual peleó durante siglos contra los hititas. Harran, unido por la tradición antigua a las peregrinaciones de Abraham, se encuentra en el corazón del Imperio Mitanni, y varios incidentes e historias de los patriarcas han sido ahora iluminados por el descubrimiento de aquellas leyes hurrianas .

Tal vez sea bueno aquí introducir algunas consideraciones breves acerca de cómo se hacen las excavaciones arqueológicas. No podemos decir que la arqueología científica haya empezado antes del 1890, cuando Sir Flinders Petrie estuvo

excavando durante seis semanas en Tell el-Hesi, sur de Judá, y pudo demostrar de una vez y para siempre, que los lugares más importantes para el arqueólogo consistían, más o menos regularmente, en capas de residuos que se sobreponían, y que podían fecharse por las vasijas o artefactos que se encontraban en cada capa, muchas de ellas rotas en piezas. El estudio de las relaciones físicas de los artefactos, a la luz de los estratos en que se encuentran, se llama "estratografía", y el estudio de la relación entre las formas de los objetos se llama "tipología".

Es el famoso Sir Leonard Woolley quien, en su libro "Digging up the Past", nos dice cómo se llevan a cabo estos trabajos arqueológicos: "En esencia, la Arqueología consiste en la aplicación de un método científico a la excavación de objetos antiguos, y se basa en la teoría de que el valor histórico de un objeto depende, no tanto de la naturaleza del objeto mismo, como de sus asociaciones, que sólo puede descubrir la excavación científica. El que cava ocasionalmente, o el negociante tienen por finalidad el conseguir algo de valor artístico o comercial, pero su interés no va más allá; el arqueólogo, siendo, después de todo, hombre, se goza al encontrar objetos raros y

bellos, pero quiere saber todo lo que se refiere a dicho objeto, y en todo caso siempre prefiere la adquisición de la cosa misma, ya que para él, la acción de cavar consiste mayormente en la obser-ción, anotación e interpretación... Supongamos que un campesino en algún lugar encuentra bajo tierra una estatua de mármol o un ornamento de oro; lo vende, pasa de mano en mano hasta llegar a la tienda de un anticuario, o tienda de objetos, para luego quedar en un museo o en una colec-ción privada. En este momento, nadie sabe dónde fué encontrado ni cómo, ha sido sacado de su contexto y sólo se le puede juzgar como objeto en si, no sufriendo su calidad como obra de arte, pero ¿qué de su valor histórico? El experto tiene que suponer, basándose en los conocimientos que posee ya, acerca del país y de la edad a que per-tenece. y si, con otros expertos, se llega a un acuerdo, entonces se asume que la estatua u orna-mento ilustra más aquella particular fase de ar-te, pero lo más probable es que no estén de acuer-do y en este caso se convierte el objeto en un hueso de disputa para el entendido y en una cau-sa de confusión para el público... y si el objeto que se encuentra se interpreta erróneamente, se convierte en piedra de tropiezo para la ciencia.

Ciertos árabes, excavando en las ruinas de una iglesia siria, descubrieron por casualidad un cáliz de plata adornada con figuras en relieve, entre las cuales algunas podían ser identificadas como Cristo y sus apóstoles, y, a través de varias ma-nos, llega a América. Los negociantes creen la historia de que fué descubierto en Antioquía, allí donde "los discípulos fueron llamados cristianos primeramente" y el mundo tiene la seguridad de que el Cáliz Sagrado, el verdadero de la Ultima Cena, ha sido recuperado, con los retratos de los apóstoles y de Cristo, y, aunque dicha copa fué en realidad, encontrada a más de cien kilómetros de distancia de Antioquía, y, a juzgar por su es-tilo, debió haber sido hecha al menos 300 años después de la muerte de Cristo, resulta difícil deshacer el error que ya ha ganado, de manera dramática, la credulidad de la gente. En este caso particular, el daño hecho a la ciencia es me-nor porque se podía demostrar que la historia era falsa... Por otra parte, un objeto de ningún valor en sí mismo puede convertirse en docu-mento histórico de gran valor justamente porque sus asociaciones han sido cuidadosamente obser-vadas y comprobadas, como en el caso de... Gra-cias a la excavación, millares de años de la his-

toria humana nos son conocidos cuando hace un centenar de años resultaban totalmente un blanco... supongo que conocemos ahora más de la historia ordinaria de Egipto en el siglo XIV antes de Jesucristo, que de la historia de Inglaterra del siglo XIV de la era cristiana... En Siria y en Iraq cada pueblo se encuentra sobre un montículo formado por sí mismo, y las ruinas de una antigua ciudad pueden alzarse a cien pies por encima de la llanura, componiéndose toda esa latura de cien pies de residuos superpuestos de casas, cada una de ellas representada por el pie o así de pared que la parte superior, al caer, ha hundido y protegido de la destrucción... No he mencionado una manera en que los edificios pueden ser enterrados, porque lamentablemente es rara, y esto es por la acción volcánica. Si el arqueólogo pudiera ver su voluntad hecha, todas las capitales antiguas tendrían que estar cubiertas por las cenizas de un volcán convenientemente cercano. Los que excavan en otros lugares visitan Pompeya con envidia porque ven la maravillosa conservación de sus edificios, las casas en pie hasta el segundo piso, los frescos en las paredes y todo el mobiliario y objetos domésticos todavía en sus lugares, tal como los propietarios los dejaron cuando huyeron del desastre. A falta de volcán, la mejor cosa que puede acontecer a una ciudad, hablando arqueológicamente, es que sea saqueada y quemada totalmente por un enemigo. Los habitantes no pueden llevarse nada y los buscadores sólo van tras objetos de intrínseco valor; por eso, aunque el fuego ha destruído mucho, no ha sido todo, y se puede excavar bajo las cenizas; en general, un lugar quemado está casi sin disturbio alguno ante el arqueólogo...

En el Cercano Oriente nadie puede equivocarse posiblemente ante los grandes montículos o "tells", que se alzan sobre las llanuras porque siempre marcan el lugar de las antiguas ciudades, y. con frecuencia, si la ciudad es importante, puede identificársela por medio de las fuentes literarias, incluso antes de comenzar la excavación; la dificultad consiste, más bien, en saber por dónde comenzar a trabajar. Lo más altos montículos de Mesopotamia esconderán, probablemente, los Ziggurats o escaleras en forma de torre para llegar a los templos antiguos principales, y a veces una senda hundida indica la posición del templo mismo. Herodoto, al visitar Egipto en el siglo V a. de C. observó que los templos

se encontraban siempre en un hoyo, siendo la razón que mientras las casas de barro y ladrillo tenían poca vida y otras nuevas se elevaban encima de ellas, elevando el nivel de la población, los templos, construídos de piedra y siempre bien cuidados duraban generación tras generación."

Sólo a mediados del siglo pasado, según Wiseman, los excavadores comenzaron a desenterrar aquellas ruinas de Mesopotamia. Unos ochenta años antes, aquella larga hilera de colinas ondulantes constituían la pacífica tumba que enterraba las más antiguas civilizaciones, y allí levantaban los árabes sus tiendas de lona, surcaban la tierra sus arados, sin ver sus ojos lo que aquella cubría. La tierra y la arena escondían a Babilonia, Ur, Erech y Calneh, Shinar, Assur, Nínive, Calá, etc.

El que visite la Alcazaba de Málaga podrá fácilmente observar tres capas históricas antes de subir, en la Plaza de la Aduana. A mano izquierda, los restos de un gran circo romano (no desenterrado por no estropear edificios oficiales) ha sido cubierto por la construcción árabe y ésta por un poblado moderno que los arqueólogos tuvieron que destruir para dejar al descubierto la muralla. Las fotos pueden verse en aquella Alcazaba.

Es natural que los arqueólogos hagan uso de los adelantos modernos, y así no hemos de extrañarnos cuando leemos en los libros sobre este tema que la aviación les presta un buen servicio, haciendo fotografías del terreno para ver en conjunto lo que en detalle no se puede apreciar. De esta manera fué descubierta la ciudad romana de Caistor, hasta con la alineación de sus calles, y desenterrada la de Woodhenge.

La Arqueología, repetimos, presta excelentes servicios a la Biblia y existen muchos arqueólogos dedicados exclusivamente a los trabajos de exploración bíblica. En 1952 el doctor Joseph B. Free, profesor de Arqueología del colegio de Wheaton, con fondos del periódico "The Sunday School Times", llegó a Palestina, con su séquito de colaboradores, al objeto de hacer investigaciones en ciertos lugares bíblicos. Sus hallazgos y trabajos han sido publicados por aquel periódico. Por ejemplo, en Dotham, el montículo fué dividido en áreas y subáreas, edades del bronce, del hierro, en sus distintas subdivisiones, y en el cuarto nivel descubrieron lo que parecía ser parte de un hueso plano. Al tratar de descubrirlo, observaron que era muy frágil y entonces lo pro-

tegieron contra el sol, aplicaron líquidos determinados, se emplearon incluso estiletes para no estropearlo y, al cabo de mucho tiempo y muchos cuidados, se obtuvo el esqueleto entero de un niño, de uno a dos años. Junto a la boca de la criatura había una especie de copa y al lado un recipiente para alguna bebida; a los pies había un recipiente mayor para comida. Los antiguos cananeos que enterraron a la criatura hace cerca de 4.000 años, prepararon alimentos para el nuevo mundo en que iba a entrar, cosa que prueba la creencia en un mundo futuro de aquellas gentes. El arqueólogo escribió: El Antiguo Testamento hace ver que aquellos degradados cananeos sacrificaban, a veces, a sus hijos, y en relación con la reconstrucción de Jericó, poco después del 900 a. de C. , sabemos que Hiel "echó el cimiento de la misma con la pérdida de Abiram, su primogénito, y puso sus puertas con la pérdida de su menor Segub" (1.ª Reyes 16.34, Versión Revisada Americana). Los eruditos han señalado que esto puede indicar el sacrificio de los hijos de Hiel al echar los cimientos para reconstruir Jericó, y también tenemos otra referencia en el Viejo Pacto a "pasar por el fuego a su hijo" (2.ª Rey. 16.3), que puede ser otra alusión al sacrificio de niños, practicado a veces por degradados israelitas ,que imitaban a sus vecinos cananeos."

En su documentado libro "Archeology and the Bible", Joseph Free dice: "Durante el siglo XIX y principios del XX, ciertos críticos desacreditaron la exactitud histórica de la Biblia en varios lugares, y se dijo, por ejemplo, que los hititas, mencionados unas cuaretna y ocho veces en la Escritura, no existieron nunca o, al menos, no importaron mucho, y que los relatos del glorioso reino de Salomón, con su actividad comercial y constructiva, eran grandes exageraciones, producto de escritores entusiastas posteriores a aquel tiempo, PERO los descubrimientos arqueológicos recientes han demostrado que éstas, y otras indicaciones de la Biblia, son verdaderas. Las excavaciones dan muchas razones para considerar a la Biblia en alta estima y para rechazar la idea de ponerla a la alura de cualquier producción humana, que contenga una mezcla de verdad y de error."

El periódico "Ya", de Madrid, de 15 y 20 de mayo del corriente año, ha publicado trabajos de John Garstang, director del Instituto Británico de Arqueología de Ankara, sobre los descubrimientos del Imperio Hitita, que el periódico pre-

senta como "reino perdido", añadiendo que dichas excavaciones arrojarán luz sobre las relaciones que mantuvieron posiblemente los troyanos (que canta Homero en la Iliada) con los hititas y otros pueblos que vivieron en el Asia Menor, pero no es menos cierto que la relación de los hititas con el pueblo de Israel, en la Biblia, es de notable importancia, y los descubrimientos robustecerán también la autencidad de la Biblia.

Puede decirse que la Arqueología Moderna, en relación con el Antiguo Testamento, empezó, según Rendle Short, el año 1836, cuando el joven oficial del ejército Henry Rawlinson hizo una copia, con peligro de su vida, de la gran inscripción del acantilado de Behistun, en Persia, escrito en tres lenguas, en cuneiforme, uno de ellos babilónico. Desde entonces, grandes cantidades de tabletas de arcilla y cilindros escritos se han encontrado, por ejemplo en Tell-el-Amarna (Egipto), Nippur, Kish, Boghazkeui (Asia Menor), y Ras Shamra (Siria), etc., y podríamos señalar muchos casos en los cuales un episodio de aparente dificultad en la Biblia queda bien claro. Por ejemplo, se sabe que fueron los Hyksos quienes introdujeron el caballo y la carroza en Egipto, según el profesor Breasted, a partir de la dinastía XVIII, cosa que coincide con la Biblia, donde no se mencionan el caballo ni la carroza en tiempos de Abraham, sino en los días de José Otros atribuyen el éxito de los Hyksos en dominar Egipto y Palestina precisamente a los carros de combate, adornos y piezas de los cuales se presentan en la Exposición del Museo Británico, antes citada. Si nos preguntamos en qué tiempo estuvo José en Egipto, si durante los Hyksos o durante los Faraones nativos, la Biblia nos dice dos cosas: "el pastor es abominación al egipcio", y "se levantó otro rey en Egipto que no conocía a José". Además, vemos que José y sus familiares fueron recibidos con alegría para cuidar del ganado en Egipto. Todo esto se explica si consideramos que el Faraón de José era uno de los reyes—pastores últimos, que fué sucedido por la dinastía XVIII de egipcios nativos, que odiaban a sus gobernantes anteriores y discrepaban en muchas prácticas de ellos, según dice la historia.

En marzo de 1929 causó gran sensación la declaración de Sir Leonard Wooley. Durante sus excavaciones en Ur de los Caldeos, sobre lo que ha escrito un interesante libro, había encontrado una capa de ocho pies de grueso, compuesta de arcilla arrastrada por agua, evidentemente de-

positada por un diluvio de proporciones gigantescas. Esto se relacionó con los relatos babilónicos y sumerios acerca del mismo acontecimiento, o sea, la historia de Noé. Pocos días más tarde, el profesor Langdom anunció que hizo el mismo descubrimiento de Kish, a centenares de kilómetros de distancia, y la capa de arcilla correspondía al mismo período, entre el 3400 y el 3200 antes de C., toda vez que las capas superiores e inferiores a las del diluvio correspondían a las mismas civilizaciones de las encontradas por Sir Leonard Wooley. Sir E. Wallis Budge, del Museo Británico, añadió datos de la historia asiria sobre el mismo diluvio.

Pero la Arqueología no ayuda solamente al Antiguo Testamento de la Biblia, sino también al Nuevo, aunque los descubrimientos con referencia a éste sean distintos a los hechos con respecto a aquél. De poco ayuda el desenterrar edificios o tablillas de arcilla, pues se aprende mucho más para el Nuevo Testamento con los descubrimiento literarios de libros perdidos, o sus fragmentos, inscripciones sobre monumentos, monedas, etc. Debido a las investigaciones geográficas realizadas, hoy puede uno estar casi seguro de todos los pueblos que se mencionan en los

Evangelios, aunque muchos ofrezcan su ropaje árabe. No ocurre, sin embargo, igual cuando se trata de ciudades o lugares llamados "santos", como Jerusalem, pues ha sido destruído con frecuencia y los residuos se han mezclado enormemente. Por esto, no ofrecen garantía todos esos lugares que se presentan como auténticos con respecto al nacimiento, vida y muerte de Jesucristo, o alrededor de su madre María. Una supuesta piedad ha robustecido tradiciones falsas, como en el caso que nos citó Wooley, de la copa de "Antioquía".

F. F. Bruce, en *Are the New Testament Documents Reliable?*, dice que "las pruebas arqueológicas que robustecen la autoridad del Nuevo Testamento no son tan imponentes como las del Antiguo Testamento, pero, si bien no tan espectaculares, no son menos importantes". Efectivamente, hay que valorar la fuerza probatoria de los papiros y de las inscripciones, y, a este particular, Bruce cuenta que cuando Pablo en Efesios dice: "él es nuestra paz que de ambos hizo uno derribando la pared intermedia de separación" sacó, probablemente, la metáfora del Templo mismo, donde había una inscripción prohibiendo a los gentiles acercarse al lugar reservado

para los judíos. Dice que las autoridades romanas tenían tanto interés en conciliar las susceptibilidades religiosas de los judíos que incluso ejecutaron a ciudadanos romanos por aquella ofensa. Ahora bien, C. S. Clermont-Ganneau halló en Jerusalem, en 1871, una de estas inscripciones en griego, hoy guardada en Estambul, que decía: "Ningún extraño puede entrar dentro de la barricada que rodea el templo y lo cierra. A cualquiera que se le sorprenda haciéndolo se le condenará a muerte."

La Arqueología, digamos para terminar, ha presentado innumerables documentos históricos que contribuyen a ilustrar la historia bíblica, siendo algunos de los principales los siguientes:

1.—El relato caldeo de la creación.
2.—El relato del diluvio.
3.—La inscripción de Meneftá, egipcia, donde se menciona a Israel.
4.—El Código de Kammurabi para el estudio de la ley.
5.—La correspondencia diplomática de Tell-el-Amarna.
6.—Los muros de Karnak con nombres de ciudades de Palestina conquistadas por Sesak.

7.—La inscripción de Moab, celebrando la victoria del rey Mesa sobre Israel.
8.—Los ricos archivos asirios con los minuciosos relatos de las campañas de Salmanasar, Teglatfalasar IV, Sargón, Sennacherib, Asaradón, y Asurbanipal.
9.—Las crónicas de Babilonia, ilustrando la historia de los imperios mesopotámicos hasta la conquista de Babilonia por Ciro.
10.—Los papiros de Elefantina, que esclarecen la historia de Esdras y Nehemias.
11.—Los historiados clásicos, cual Josefo, que trazan la historia de los últimos días de la nación.

Capítulo IV

EL TEXTO DEL VIEJO TESTAMENTO

En su discurso sobre Historia Universal, decía Bossuet, según el Diccionario Teológico de Bergier, que "los libros que los egipcios y los otros pueblos llamaban divinos se han perdido hace largo tiempo y apenas nos resta alguna confusa memoria de ellos en las antiguas historias", pero que, en cambio, "los judíos han sido los únicos cuyas Sagradas Escrituras han estado en tanta más veneración cuanto que han sido más conocidas y ellos sólos son los que, entre todos los pueblos antiguos, han conservado los monumentos primitivos de su religión a pesar de estar llenos de testimonios de su infidelidad y de la de sus antepasados, y aun hoy día este mismo pueblo subsiste sobre la tierra para llevar a todas las naciones, a donde se ha dispersado, juntamente con la religión los milagros y las predicciones que la hacen inalterables..."

Efectivamente, según la Biblia misma, es a los propios judíos a quienes cabe el honor de que la

Palabra divina les haya sido confiada, pues San Pablo dice, en su carta a los de Roma: "¿Qué más tiene el judío?... lo primero ciertamente, que la palabra de Dios les ha sido confiada", y, consecuentemente, es en el pueblo judío donde hemos de encontrar el texto de la Escritura, a lo largo de su historia.

Parece ser que desde el tiempo de Moisés hasta la destrucción de Jerusalem se conservaba una copia de las Escrituras, bien en el Tabernáculo, bien en el Templo. Algunos opinan que esto no es posible, porque cuando volvió el arca a Israel, después de estar con los filisteos, leemos que "en el arca ninguna cosa había más de las dos tablas de piedra que había allí puesto Moisés en Horeb..." (1.ª Rey. 8.9), pero otros, como el gran hebraísta Green, de la Facultad Teológica de Princeton, dicen que no era dentro, sino al lado del arca (fuera, según el sentido del hebreo) donde se conservaba, según dice el Deuteronomio: "Tomad este libro de la ley y ponedlo al lado del arca del pacto de Jehová vuestro Dios y esté allí por testigo contra ti" (31.26), y parece que el mismo historiador judío Josefo está de acuerdo con esta explicación, a juzgar por lo que dice en Ant. III, 1; 7, V. 1, 17 y IV, 8. 44. Añade Green

que quienes han traducido la voz *mitstsaad* "al lado de" por "en el lado interior" han ido contra las reglas de la gramática.

Tal vez corrobore esta notable circunstancia el versículo que Green no menciona, de 1.ª Sam. 10.25, donde algunos traducen que Samuel, al escribir la ley del reino la colocó junto al Arca del Testamento. Otros dicen "escribió en el libro" (ya conocido, por supuesto).

La escritura del texto del Viejo Testamento empieza con Moisés en el Pentateuco, según se ve con claridad en pasajes como el que sigue: "Y Jehová dijo a Moisés: escribe esto para memoria en un libro..." "... Y Moisés escribió todas las palabras de Jehová..." "... Y tomó el libro de la alianza y leyó a oídos del pueblo" (Ex. 17 y 24), pero es, desde luego, falta de vista afirmar que Moisés escribió todo el Pentateuco, como es falta de ciencia el negar que escribió, toda vez que en la Biblia se echan de ver distintas fuentes y compiladores. Kenyon nos recuerda "el libro de las batallas de Jehová" en Números 21.14. Evidentemente, con el tiempo el Pentateuco fué llamado "el libro de Moisés", o "los libros de Moisés", aunque Moisés hiciera uso de materiales anteriores ("el libro de las genera-

ciones de Adán", 5.1, etc.). No pudo escribir pasajes como el de su propia muerte, en Deut. 34, simplemente porque no era necesario que así fuese, contra la idea de algunos rabinos de que "escribió su muerte por anticipación". Pero no es fácil de aceptar, al otro lado, la larga argumentación de Peake para demostrar que Moisés no escribió ni una jota de esos libros. Indudablemente, como leemos en 2.ª Crón. 34.14, allí se ve "la mano de Moisés".

Los primeros años de la vida de Moisés se encuentran en el libro del Exodo, tras la muerte de José, después del cambio histórico del gobierno de los Hyksos al gobierno de la Dinastía XVIII, y de acuerdo con lo que leemos en los Hechos de los Apóstoles, que concuerda con el relato de Josefo, "Moisés fué enseñado en toda la sabiduría de los egipcios y era poderoso en sus dichos y hechos". Ahora bien, la ciencia nos dice, y Sir Charles Marston lo hace resaltar en "The Bible comes Alive", que muchos de los sentimientos y parte del lenguaje de los profetas del Viejo Testamento y de los Salmos estaban ya escritos en Egipto cuando Moisés era joven. La sabiduría de los egipcios incluye una tónica alta de moral y las inscripciones de las galerías, pa-

sillos, cámaras, de los monumentos y pirámides, recuerdan que al menos la mitad de los Diez Mandamientos constituían ya casi una ley en aquellos tiempos, al condenarse aquellos pecados que aparecen en la Ley de Moisés. "El Libro de los Muertos" reconoce las leyes morales de los Mandamientos sexto, séptimo, octavo, noveno y décimo, con estas palabras: "Yo no maté hombres... no robé... mi corazón no codició... no hablé mentiras... no cometí adulterio". Sir Charles Marston llega a decir: "Moisés no hizo aquellas leyes; existían ya".

También las excavaciones de Ugarit, que nos dieron la famosa biblioteca de lo que algunos llaman "Colegio Teológico de Ugarit (Ras Shamra)", muestran que casi todo el ritual y sacrificios de Exodo, Levítico, Números y Deuteronomio estaba relacionado allí y que las expresiones técnicas empleadas para estos sacrificios en el hebreo arcaico son las mismas empleadas en el original hebreo del Antiguo Testamento. La fecha que algunos sabios han atribuído a estas tabletas, el 1400 a. de C., significaría que fueron escritas unos cuarenta años después de que la ley fué promulgada en el Sinaí a los israelitas, a lo más ochenta años.

Pero es a la muerte de su protectora, Hatshepsut, cuando Moisés tiene que huir de Thotmes III a la tierra de Madian (Ex. 2.15) y *allí* pasa cuarenta años (Ex. 7 y Hech. 7) y allí recibe la Revelación. El título de quien le mandaba, desde la zarza, librar a los israelitas de Egipto era YHWH, o Yahveh, "EL SER", que aparece repetidamente en las cartas de Lakish, si bien una forma anterior, según las tablillas de Ras Shamra, es YH o Jah. Cuando Moisés vuelve a Egipto y se enfrenta con el sucesor de Thotmes, Amenthotep II, si la cronología de Marston es aceptable, pide que deje ir a los israelitas "camino de tres días por el desierto" para sacrificar a Yahveh, y en esta alusión de "Camino de tres días" tenemos, según el documentado Sir Flinders Petrie,el camino al templo de Serabit, del que hemos hablado anteriormente, en la Península de Sinaí. Allí estaba el Santuario y allí se celebraban las ceremonias hebreas; allí también se ha situado la escritura primitiva sinaítica, según dijimos. Observemos, de paso, que 'la peregrinación y Cades Barnea son confirmados en parte por los escritos de Ras Shamra.

Allí en el Monte de Sinaí recibe la orden de escribir, y la cuestión eterna de la inspiración

del texto queda pendiente de las palabras: "Habló Dios todas estas palabras, diciendo". El Deuteronomio (4.8) pregunta: "¿Qué nación hay que tenga estatutos y derechos justos, como es toda esta ley...?"

Otros escritores ,después de Moisés, inspirados también, fueron levantados de tiempo en tiempo. En el libro de Josué leemos: "Josué hizo alianza con el pueblo el mismo día y púsole ordenanzas y leyes en Sichen, y *escribió Josué* estas palabras *en el libro de la ley de Dios...*" (24.25,26). Notemos en esta frase la idea de "crecimiento" del texto y también la idea de lo definido del libro. Las palabras "bassefer hazzeh", según Green, "en el libro este", se refiere al libro muy bien conocido, al libro de mucha eminencia, es decir, el de Dios.

A este respecto, el profesor Garstang ha dicho que tras años de estudio está convencido de "que no solamente fueron estos relatos fundados, en general, sobre hechos, sino que debieron derivarse de escritos anteriores, casi contemporáneos a los acontecimientos descritos, tan detallada y de confianza es su información".

No se hace mención especial en el Antiguo Testamento de cada escritor en su orden, sino

que se les menciona más bien por casualidad, en el curso de la historia de los acontecimientos principales, y las fuentes que los compiladores emplearon se encuentran acá y allá, sin cronológica mención, como "el libro de Jasher", "el libro de los hechos de Salomón", "el libro de las Crónicas de los reyes de Israel", o de Judá, etc.

En "Samuel recitó luego al pueblo el derecho del reino, y *escribiólo en el libro,* el cual guardó delante de Jehová" (1.ª Sam. 10.25), se presenta otra vez el artículo enfático bassefer *en el libro*. Muchos de los Salmos de David fueron encomendados al cuidado de los jefes de los músicos, y comparando Jer. 25.11,16 con Dan. 9,2 se ve que también Jeremías fué considerado como escritor canónico, estando sus escritos en "el libro" que poseía, sin duda, Daniel.

Por su parte, Isaías dice: "En aquel tiempo los sordos oirán las palabras del libro", e "Inquirid en el libro de Jehová y leed si faltó alguno de ellos" (29.18; 34.16). Según el comentario que de este versículo hace Genesio, "el poeta, según parece, espera que su oráculo fuese puesto junto a una colección de oráculos y escritos sagrados por los cuales la posteridad pudiera juzgar de la corrección de su predicción", y observemos que

la destrucción de Edom, de que habla aquí el escritor, se halla también predicha en el Pentateuco: "Y será tomada Edom" (Núm. 24.18). Al propio tiempo, parece costumbre de Isaías el referirse a la coincidencia exacta entre sus profecías y las de otros, y por ello insiste en que se escudriñe en el libro de Jehová (véase 42.9,45; 19:46:10 y 48.5,6).

Cuando leemos en 1.ª Samuel 3.1 que "la palabra de Jehová era de estima en aquellos días; no había visión manifiesta", y al propio tiempo sabemos que él fundó, según muchos, la Escuela de los Profetas, en Gibea y Ramah, la cual fué continuada por Elías y Eliseo en Bethel, Jericó y Gilgal y Carmelo, a juzgar por 1.ª Sam., caps. 10 y 19; 1.ª Rey. caps. 18 y 20; 2.ª caps. 2, 4, 5, 6, y 9, Amós. 7 y Zac. 13, es lógico suponer que ellos escribieran también la Biblia, esto es, contribuyesen a incrementar el texto de la misma. Se ve que desde Samuel en adelante había una sucesión de profetas establecida, como una orden bien instituída en la nación. Los principales de ellos serían Nathan, Gad, Iddo, Heman, Asaph, en tiempos de David; Ahijah, en tiempos de Salomón, y así hasta el cautiverio, cuando Jeremías, Ezequiel y Daniel profetiza-

ron, y luego Haggeo, Zacarías y Malaquías; por eso Pedro dijo: "todos los profetas desde Samuel en adelante, todos los que han hablado, han anunciado estos días" (Hech. 3). Desde luego, teniendo el profeta por misión publicar la voluntad de Dios, si no todos escribieron libros, tendrían oportunidad para copiar, estudiar y enseñar lo que había en la Escritura, y a este mismo fin surge la orden de "escribas", en tiempos del rey David, que continuó hasta la destrucción de Jerusalén, por el año 71 de la presente Era Cristiana. Algunos de estos escribas, que tenían el deber de multiplicar los ejemplares de las Escrituras, se mencionan en la Biblia: Seraía, Sausa, Seba, Semeías, Elehoreph y Ahia, Jeiel, Sebna, Elisama, Mesullan, Saphan, Baruch, Jonathan, Esdras, Sadoc, etc. (2.ª Sam. 8 y 20; 1.ª Cro. 18 y 24; 2.ª 26; 2.ª Rey, 22, Jer. 36 y 37; Esd. 7 y Neh. 13).

Distintos hombres, sin perder su personalidad y su idiosincrasia de escritor, en distintas épocas, fueron escribiendo la Biblia, y ese Libro, ese texto, fué considerado como sagrado.

Leemos, pues, que el rey Josafat mandó a una comisión de príncipes y levitas y doctores de la ley que "enseñaran en Judá, teniendo consigo *el*

libro de la ley de Jehová y rodearon por todas las ciudades de Judá enseñando al pueblo" (2.ª Cr. 17.7); la consecuencia fué que "cayó pavor de Jehová sobre todas las tierras" y más tarde, cuando Joas es coronado, casi igual que con la última reina de Inglaterra, el sumo sacerdote Joiada le unge, le pone la corona y le entrega "el testimonio" (2.ª Cro. 23), de conformidad con lo mandado en Deuteronomio: "Y será, cuando se asentare sobre el solio de su reino, que ha de escribir para sí en un libro un traslado de esta ley, del original de delante de los sacerdotes levitas" (17.18), viniendo obligado el rey a tenerlo consigo y a leerlo todos los días de su vida... "a fin de que se prolonguen sus días en su reino". Precisamente este descuido, esta falta que se ocasionó durante el reinado idolátrico de Manasés, ,fué lo que hizo saltar de indignación al rey Josías y rasgar sus vestidos, cuando Hilcías encuentra en el templo (donde debía estar, según apuntaba Green) el libro de la Ley (2.ª Rey. 22 y 23), y a toda prisa se dispone a realizar muchas reformas. No obstante, unos treinta y tres años más tarde, se registra la cautividad; pero, al regreso de la misma, leemos en Esdras y Nehemías el nuevo interés que todos manifiestan en

leer y poner en práctica las ordenanzas del "Libro de Jehová", en el cual no se hallaban incorporados solamente los cinco libros del Pentateuco, sino también los otros que fueron escritos por hombres inspirados, según dice Zacarías por el mismo tiempo (7.12) "pusieron su corazón como diamante para no oír la ley *ni las palabras* que Jehová de los ejércitos enviaba por su espíritu *por la mano de los profetas primeros*".

Es interesante hacer un resumen de lo dicho, según cuatro afirmaciones aceptables:

a) Desde Moisés había un libro bien conocido entre los hebreos, con autoridad divina.

b) Dicho libro fué guardado en el Santuario al lado del arca, delante de Jehová.

c) Personas inspiradas añadían de vez en cuando escritos a este libro; y

d) Tanto el rey como el pueblo tenían que saber su contenido y facilitar copias del original.

Preguntémonos ahora: ¿Fué escrito todo el Antiguo Testamento en el mismo idioma, con los mismos caracteres? ¿Fué todo, como generalmente se dice, hebreo? La verdad es que, como todos los idiomas, el semítico experimentó grandes cambios a través de los tiempos, y, naturalmente, se dividió en varias ramas.

Casi todos los eruditos agrupan las lenguas semíticas formando distintas ramas: oriental (acadio o asirio babilónico, cuneiforme); occidental meridional (árabe y etíope, con varios dialectos); occidental septentrional (cananeo y arameo). El cananeo se subdivide en antiguo (tablillas cuneiformes de Ras-Shanra y cartas cuneiformes de Tell el-Amarna), fenicio púnico (fenicios y cartagineses), moabítico (columna de Mesa, rey de Moab) y hebreo (bíblico, talmúdico). El arameo se subdivide en oriental (sirio, talmúdico, babilónico y mandeo); occidental (arameo antiguo, palmirense y nabateo).

Desde el siglo VII de la presente Era la lengua árabe se ha extendido hacia el Este y el Oeste y es la lengua semítica más hablada en la actualidad; pero todas las lenguas mencionadas descienden, según el profesor Regius, de hebreo, de Cambridge; D. Winton Thomas, de una lengua que los semitas hablaban cuando vivían en su hogar materno, Arabia, llamada pro-semítica, que debe estar íntimamente ligada a las primitivas inscripciones sinaíticas de que hablamos en el capítulo primero, según los descubrimientos de Sir Flinders Petrie.

Desde luego, la mayor parte del Antiguo Testamento está escrito en hebreo, lengua que aparece mencionada como "la lengua de Canaan" (Is. 19.18) y "lengua judaica" (Is. 36-11 y Neh. 13.24), siendo esta descripción la más cercana a la realidad, puesto que el hebreo surgió, según W. Thomas, de una fusión del dialecto arameo-árabe, hablado por los hebreos que invadieron Canaan en el siglo XV *a. de C.* En el Nuevo Testamento se llama a la lengua "hebreo" o "hebraico" (Apo. 9.11 y 16.16; Juan 5.2; 19.13.17).

Un erudito dice: "arameo y hebreo son ambas lenguas semíticas, cuyas raíces con pocas excepciones, especialmente pronombres, constan de tres letras, derivadas finalmente de otras de dos letras. Estas letras son constantes, pues las vocales simplemente expresan las modificaciones de la idea. En estas lenguas todo se considera como viviente, de modo que hay dos géneros, desconociéndose el neutro; no hay palabras compuestas".

Lo más importante del hebreo es que poseía un alfabeto y no otro tipo de grafología, lo cual facilita enormemente la transmisión y estudio del texto, y es notable que el libro de Dios fuese escrito en esta lengua y no en la de civilizaciones

más avanzadas, como la china o la siria, que no habían inventado un alfabeto y sus caracteres eran más bien ideogramas.

Por eso un erudito, señalando la intervención divina en escoger este lenguaje, dice que se habrían aumentado enormemente las dificultades de los estudiantes de la Biblia, si los hebreos, al llegar al desierto, hubiesen adoptado la escritura cuneiforme de Canaan, cuando asimilaron aquella civilización.

Es interesante la respuesta de Halley a la cuestión de la Escritura, al decir: "Posiblemente fué en un hebreo arcaico, que estaba en uso en los días de Moisés, en rollos de piel o de papiro, pero ¿quién sabe si fué escrito en principio en el lenguaje cuneiforme de Palestina y de Siria (conocido también en Egipto) sobre tabletas de arcilla y de allí se vertió al hebreo? En realidad, por "su estilo fragmentario y repetido, en partes, podíamos esperarlo así, y ver que se trataba de libros traducidos de tablillas, cada una de las cuales podía ser un libro en sí". En cuanto a los originales, que no se poseen, como diremos más adelante, pero que se han transmitido con bastante fidelidad, si fueron de piel o de

papiro, con el uso se estropearían y serían reemplazados por otras copias: si fueron tabletas de arcilla, tal vez algunos de los reyes idólatras de Israel las rompería.

En realidad, hay dos períodos que deben notarse en la historia de la lengua hebrea y que se distinguen por divisiones obvias, desde Moisés hasta la cautividad de Babilonia, y desde entonces hasta la conclusión del Canon. En el primer período la lengua viene a ser casi la misma, con excepción del estilo individual del escritor. Algunas palabras llegaron a ser anticuadas, de una época a otra, como se desprende del versículo: "Antiguamente en Israel cualquiera que iba a consultar a Dios, decía así: Venid y vamos hasta el vidente porque el que ahora se llama profeta antiguamente era llamado vidente" (1.ª Sam. 9.9; esto lo aprecian mejor en su original hebreo los entendidos), pero, según el Dr. Ginsburg, estos cambios, que se habían introducido gradualmente, comenzaron de una manera más técnica en los días de Esdras por ciertos hombres conocidos por Soferim, o escribas, como los que hemos citado con anterioridad. En este tiempo que sigue a la cautividad el Antiguo Testamento fué dividido en párrafos y versículos.

En los escritos de los profetas más recientes, como Jeremías, Sofonías, etc., hay una decadencia manifiesta por la introducción de términos extranjeros, especialmente arameos. Esther, Daniel, Ezequiel, Nehemías y Esdras presentan un contraste notable respecto de la pureza, encontrándose más anomalías en Ezequiel que en otros escritores. Los profetas siguientes al destierro, Haggeo, Zacarías y Malaquias, escribieron en un estilo menos corrompido y se nota un avance hacia la pureza, aunque no se habla así en sus tiempos.

Hablando de las Cartas de Lakish, dice Marston que la escritura fenicio-hebrea que allí se encuentra es la misma que empleaban los judíos hasta el tiempo de la cautividad babilónica y que ésta fué sustituída por el hebreo-asirio que se emplea hoy y que parece producto de la cautividad. Al propio tiempo, como la escritura del Pentateuco Samaritano es parecida a la de las Cartas de Lakish, es evidente que dicho Pentateuco, en opinión de ciertos críticos, es más antiguo de lo que se había pensado; los habitantes de Nablus lo presentan como de los días de Aaron. En esta misma escritura se encuentran la Piedra Moabita, del 890 a. de C., la Inscrip-

ción de Siloé, por el 700 a. de C., y otras inscripciones y monedas. Aunque las Tablas de la Ley fueron escritas sobre piedra, no cabe duda de que toda la sabiduría egipcia que Moisés poseía incluía el conocimiento de escribir sobre papiro. Kenyon dice, con la autoridad que le caracteriza, que hay un ejemplo de escritura sobre papiro, hallado en Sakhara en 1893, perteneciente al último rey de la Dinastía V (3360 a. de J.). Y Bruce afirma que cualquiera que conozca el hebreo puede, sin gran dificultad, leer la Piedra Moabita, del rey Mesa.

El profesor Torczyner dice que el lenguaje de las cartas de Lakish es puramente bíblico hebreo y que corresponde en fraseología, deletreo y estilo, y composición, al usado en el segundo libro de los Reyes y al libro de Jeremías. "Estas cartas suministran, pues, una confirmación directa sobre la autenticidad de estos libros, e indirectamente confirman todo el Antiguo Testamento", señala.

Se pregunta Marston si, teniendo el rey David el don y pudiendo también escribir Salomón (1.ª Cro. 28.19 y 2.ª 35.4), no habrían ellos empleado también esta escritura hebrea fenicia, en vez de dictarla a los escribas, como hizo el autor de las

cartas de Lakish, y, al repetir que las Expediciones de Lakish encontraron las escrituras alfabéticas hebreo-sinaítico y hebreo-fenicio, con la evidencia de que ciertamente una, y quizás las dos, estuvieron en uso desde los primeros días, cubriendo el intervalo desde Moisés hasta la cautividad (cuando se introduce el hebreo-asirio o arameo), termina: "Y así los medios empleados para la transmisión de la literatura del Antiguo Testamento, desde Moisés hasta nuestra Sociedad Bíblica Británica y Extranjera, han sido identificados y establecidos, y se ha hallado la genealogía de los escritos sagrados. Y debemos observar, además, que la antigüedad geográfica del Antiguo Testamento parece positivamente relacionada a la escritura alfabética, pues los primeros libros de la Biblia nos llevan a la región del Sinaí, donde se han hallado las primeras manifestaciones de escritura..." "Todas las teorías sobre la transmisión oral, ya sea de todo, (como de parte del Antiguo Testamento, han cesado, por supuesto, de tener valor".

La lengua hebrea se escribía y se escribe de derecha a izquierda, y solamente se escribían las consonantes, registrándose lo que podíamos llamar una fuga de vocales, lo cual condensaba y

condensa la escritura, haciéndola difícil de leer, especialmente con el paso del tiempo y los cambios de la lengua. Justamente esta práctica es causa de variedades en el texto, como apunta Sir F. Kenyon, porque es fácil de comprender que puede dar lugar a errores. Por ejemplo; si pudiésemos trasladar el sistema al español y nos encontrásemos con la palabra siguiente: M. R. podríamos pensar que decía, moro, mora, mero, muro, mira, María, etc.

Pero hablamos antes de los escribas, y en esta dificultad vienen en nuestra ayuda, como igualmente acuden a serenarnos cuando nos sorprendemos al saber que los manuscritos hebreos más antiguos que poseemos son de la Era Cristiana, y nada menos que del siglo IX, ya que nuestro pensamiento vuela a los lejanos errores, mutilaciones y corrupciones. Este cuerpo de escribas, talmudistas y masoretas inventaron la puntuación vocálica de las palabras, basándose en la tradición de la pronunciación, que se registraba en el Talmud. La escuela de doctores judíos que afrontaron semejante trabajo se hallaba en Tiberias; pero no fué este trabajo de una sola generación ni de un solo lugar, y una comparación entre el texto del Viejo y del Nuevo Testamento puede darnos idea de la dificultad y de la importancia, a un tiempo, de dicha puntuación. En Génesis 47,31 leemos: "Israel se inclinó sobre la cabecera de la cama", y en Hebreos 11.21: "adoró estribando sobre la punta de su bordón". La palabra hebrea M T podía ser mita (cama) o mate (bordón), y así se tradujo a la Septuaginta, griego, antes de la puntuación masorética, y de allí citó el escritor de la epístola mencionada.

Según Winton Thomas, el vocabulario hebreo es pequeño, comparado con las lenguas clásicas; pero supone que el vocabulario de uso diario debió de ser mayor que el que encontramos en la Biblia, y añade que el cambio entre la escritura primitiva, de la que hablamos antes, a la escritura cuadrada fué gradual y se completó por el 400 a. de C.

Después del regreso de Babilonia, declinó el uso del hebreo como lengua hablada, quedando como lengua sagrada, y ocupando su lugar en el pueblo el arameo; pero algunos eruditos, como el profesor M. H. Segal, dicen que hasta el tiempo de Cristo el hebreo fué lengua hablada de Judea, si bien conceden, con respecto al lenguaje de Jesús, que el arameo era la lengua

vernácula de Galilea en el período romano. El profesor T. W. Manson ha sugerido que, en sus discusiones con los fariseos, Jesús pudo emplear el hebreo como ellos. Este hebreo rabínico (desarrollo posterior del hebreo bíblico) fué el lenguaje de la Mishna, codificación de la tradición oral puesta por escrito por el año 200 después de Cristo.

Mencionemos que estas diferencias de lenguaje las señala la misma Biblia, como, por ejemplo, en el caso de la alianza en Mizpa, donde Jacob pone al majano un nombre en la "lengua de Canaan" y Laban otro en arameo (Genesis, 31), y en el caso de Jueces, 12, donde los de Ephraim no podían pronunciar la palabra "shiboleth". En tiempos del Nuevo Testamento, vemos que a Pedro "se le conoció" que era galileo, pues, según Bruce, tenían fama de pronunciar de modo gutural.

El arameo se extendió en tiempo remoto y estados arameos, como Damasco, Beth-Rehob y Zobah, todos conocidos en el Antiguo Testamento, florecieron por el año 1000 a. de C., llegando el arameo por el siglo VIII a. de C. a ser la "lingua franca" de la diplomacia y del comercio en el Cercano Oriente. Los jefes políticos de Jerusalén la entendían por entonces, como vemos en el caso de Rabsaces, enviado del rey de Asiria, hablando en hebreo con los repransentantes de Ezechias, y ésos, por miedo de que el pueblo que estaba en el muro se enterase, le dijeron: "Ruégote que hables a tus siervos siríaco, porque nosotros lo entendemos, y no hables con nosotros judaico" (2.ª Rey. 18). La Biblia nos dice que, cuando cayó el reino del Norte, por el 721 a. de C., se establecieron en Samaria gentes que hablaban el arameo, puestos por el rey de Asiria (2.ª Re, 17,24), y desde entonces, probablemente, como ocurre en tantos lugares, pongamos, por ejemplo, la isla desde donde escribimos, Mallorca, el bilingüismo fué común circunstancia que muy bien pudo remontarse a los tiempos anteriores al Exilio, según hemos visto en los casos de Laban y de Jueces.

Winton Thomas dice que en Esther, Ecclesiastés y muchos Salmos se descubre una poderosa influencia aramea, y que por el segundo siglo antes de C. el hebreo, como lengua hablada, fué muerto. El libro de Daniel (c. 165 a. de C.), dedicado a la lectura popular, muestra la verdadera extensión de la influencia aramea por entonces.

En uno de los escritos rabínicos se lee: "No sea el arameo ligeramente estimado por ti, viendo que el Santo (bendito sea El) ha dado honor a esta lengua en la Ley, los Profetas y los Escritos", lo que indica que la lengua aramea se encuentra en porciones en las tres divisiones principales del Antiguo Testamento. Se encuentra una mención en arameo en la Ley (Gen. 31.47), un versículo en los profetas (Jer. 10.11) y dos considerables secciones en los Escritos (Dan. 2.4 a 7.28 y Esdras 4.8 a 6.18 y 7.12-26).

Esta lengua del reinado de Siria continuó siendo la "diplomática" bajo los sucesores de los asirios, hasta que Alejandro derribó el poder del Imperio Persa en el 331 a. de C. Fué el arameo la lengua que el rey de Persia empleaba en su correspondencia con sus súbditos del Asia occidental y de Egipto; era, sin embargo, una forma de lenguaje convencional que los alemanes llamaron "Reichsaramaisch", o "arameo del imperio".

A la luz del uso de este arameo, es como, según Bruce, debemos considerar la correspondencia de Darío I (521-486) y Artajerjes I (465-424), reyes de Persia, en el libro de Esdras, que se encuentra desde el capítulo IV en adelante, sin orden cronológico, en número de cinco cartas, todas escritas, según parece, en este arameo imperial.

Al arameo se le llamó antiguamente caldeo, porque en Dan. 2.4 algunas traducciones, como la Autorizada inglesa, dieron pie a llamar caldeo al arameo, por una inferencia errónea. En este libro de Daniel han quedado sin traducir algunas palabras arameas, como "mene", "tekel", "upharsin".

Los judíos dicen: "Moisés nos ha dado la ley, pero Esdras la ha restaurado", y por ello, se dice que fué Esdras quien, tras la cautividad, reunió todos los libros sagrados y formó lo que se llama el canon del Antiguo Testamento, opinión que otros no comparten. Lo cierto es que, a la vuelta del cautiverio, tanto Esdras como Nehemías, tuvieron que enfrentarse con una dificultad lingüística. Mucho pueblo no entendía el hebreo, especialmente los hijos de los matrimonios mixtos, y cuando la gran concentración de Jerusalén para oír a Esdras y a sus ayudantes leer "El libro de la ley de Moisés", la lectura tuvo que interpretarse al arameo, siendo notable aquí que la voz "meforash", que se traduce por "con interpretación" (aunque en español aparece como "claramente"), es la misma aramea "mefarash",

que se empleaba precisamente como término técnico en el servicio diplomático del Imperio Persa. Conociendo las dos lenguas, aquellos hombres pudieron traducir al pueblo lo escrito en el Libro Sagrado, y las gentes "se entristecieron y lloraron".

Esta "interpretación" es sencillamente lo que se llama "targum", o paráfrasis oral del texto hebreo de la Escritura, y es la prueba más temprana y directa que se posee del texto corriente entre los judíos. Conviene observar también que, a pesar de ser Esdras de origen aarónico, no es propiamente un sacerdote (hebreo "Kohen"), sino un doctor ("sofer"), en cuya circunstancia algunos ven un punto decisivo para el curso nuevo del judaísmo. El que dominará ya será el doctor, el versado en la ley. Siendo la Torá la norma de la vida, el que interprete la Torá será el personaje capital. De ahí saldrá luego el Talmud y el judaísmo no tendrá, en frase de un erudito católico: "ni cuerpo sacerdotal organizado, ni papado, ni concilios ecuménicos; será algo análogo al protestantismo del siglo XVI..."

Era costumbre, por tanto, en la sinagoga, para el pueblo que ya no sabía el hebreo, leer la Escritura y traducirla. La persona que lo hacía era

un "meturgeman" (traductor), y de ahí la voz "Targum". Con el tiempo, este sistema se puso por escrito, y fué la Biblia popular del pueblo judío, o sea, las paráfrasis escritas; había distintos Targums en la Escuela de Palestina y en la Esculea de Babilonia. El Targum de Onkelos, por ejemplo, representa una traducción muy literal del Antiguo Testamento al griego, hecha en el siglo II de nuestra era.

Hay varios lugares en el Antiguo Testamento donde una palabra escrita se lee de diferente manera; es lo que se llama la diferencia entre el "Kethib" y el "qere". Por ejemplo, en Juec. 18.30 leemos que el nieto de Moisés, el hijo de Gerson, se hizo una imagen de talla; pero como esto era una vergüenza para el nombre santo de Moisés, el lector decía Manasés, en vez de Moisés, y así ha quedado, al insertarse una N suspendida en la palabra MSH. Una diferencia permanente entre el khetib y el qere concierne al Nombre Divino Jehová o Yahvé. Las consonantes son Y H W H, y, como se consideraba de tanta veneración y el mandamiento era "No tomarás el nombre de Jehová, Tu Dios, en vano", los escribas lo sustituyeron por "Señor" o "Dios", que luego, al ser traducida la Escritura, permaneció, y así vemos

en la Septuaginta la voz "yhwh", traducida por "kyrios" o "zeós".

El período de los Targums fué sucedido por el del Talmud. Mientras los targumistas parafraseaban el texto hebreo, los eruditos conocidos por talmudistas lo explicaban y comentaban, acumulando una masa de tradición respecto a la correcta lectura y explicación del texto. Es, pues, el Talmud una colección de varias tradiciones y exposiciones judías de lo textos del Antiguo Testamento o explicaciones orales de la Ley escrita que fueron añadidas por el siglo II de nuestra Era. En nuestros términos modernos podemos llamarle un comentario del texto sagrado.

Posteriormente el Talmud fué sucedido por la Massora, que significa "tradición", y los masoretas fueron quienes en realidad fijaron el texto del Antiguo Testamento. Parece que al final del siglo I, quizá en el Sínodo de Jamnia (90 d. de C.), comienza el período de fijación del texto, prevaleciendo las lecciones de códices contra los disconformes, y luego, en siglos posteriores, se llega al período de estabilización, o sea a una conformidad casi absoluta, si bien algo más se dirá con respecto a este primer intento de crítica textual en el capítulo VII.

Generaciones de rabinos israelitas del siglo VI al IX o X se ocuparon en recoger y poner por escrito la cantidad de tradiciones orales, enseñanzas, observaciones, advertencias, explicaciones, opiniones, críticas gramaticales y exegéticas, de las escuelas de Babilonia y Palestina, etc. ,todo lo cual aseguraba la estabilidad del texto y su conservación libre de cualquier cambio. Los masoretas numeraron los versículos, las palabras, las letras; señalaron los versículos que contenían todas las letras del alfabeto, o cierto número de ellas; hicieron un sinfín de cálculos. Por ellos sabemos que la letra alef aparece 42.377 veces, la beth 38.218 veces, etc., la letra central de cada libro o colección de libros. (la central del Pentateuco es "tierra"-Lev. 11.42), etc. Antes de escribir el nombre de Dios, se aislaban solemnemente y lavaban la pluma, y, aunque lo habían reemplazado, en vez de escribir Yahweh, se lavaban todo el cuerpo, por respeto. Anotaban cuántas veces una expresión se repetía, y si no aparecía más que una vez, lo anotaban con la frase: "una vez"; junto al "Espíritu de Dios" hay una nota que dice "ocho veces", indicando los lugares. Todas estas minuciosidades tenían por objeto asegurar la transmisión del texto y

reflejaban el respeto por el Libro Santo, especialmente para los rollos que se empleaban en las sinagogas.

Pero el trabajo más importante, tal vez, de estos eruditos consistió en su aparato de puntuación vocálica, teniendo en cuenta la pronunciación dada por la tradición; son puntos o trazos que, no obstante, no fueron introducidos en los manuscritos sagrados, destinados a la sinagoga por respeto al Texto Sagrado.

Para estos rollos de sinagogas se daban instrucciones especiales en cuanto a las pieles y al número de líneas y a la extensión de éstas. El quinto libro de Moisés tenía que terminar exactatamente en una línea, aunque no era necesario en los demás.

Como hemos visto, el texto masorético era sustancialmente el mismo que el talmúdico, y los talmudistas, a su vez, indicaban que su texto era de un tiempo todavía anterior, por lo que tenemos buenas razones para suponer que el texto del Sínodo de Jamnia es el verdadero. Debemos señalar que en las sinagogas había una habitación o depósito llamado gheniza, adonde iban a parar las copias viejas, cuando se hacía una nueva, y, a veces, se comparan estos rollos antiguos desenterrados para hacer una comparación científica del texto que hoy poeemos.

Distínguese en la Massora la numeral (versos, palabras, letras) y la textual; igualmente la marginal grande (arriba y abajo), marginal pequeña (a los lados) y la final (al final del texto).

Las alteraciones grafológicas del texto del Antiguo Testamento podemos resumirlas, en consecuencia, diciendo que hubo tres etapas: hebreo-sinaítico (tablas de la Ley y tiempo de Moisés indeterminado, incluyendo la posible traducción del cuneiforme), hebreo-fenicio (hasta la cautividad) y hebreo-asirio, o arameo (desde la cautividad). Ahora bien, el cambio de los caracteres primitivos (como los de Lakish y Siloé) a la escritura cuadrada vino con la influencia arameo postexílica, y en este hebreo cuadrado está escrito el texto masorético y estan impresas las Biblias hebreas (más bien Antiguos Testamentos), que facilitan las Sociedades Bíblicas.

Capítulo V

EL TEXTO DEL NUEVO TESTAMENTO

Encuentra el lector de la Biblia que el tránsito del Antiguo al Nuevo Testamento es semejante a salir de una región un tanto oscura a otra de mayor luz, puesto que, dentro de ciertos límites, hay mayor seguridad en cuanto a las fechas en que los libros de esta segunda parte fueron escritos; en efecto, se poseen una cantidad grande de manuscritos, algunos de ellos de una fecha muy cercana a la composición misma de los libros y, por otra parte, tenemos versiones y referencias de los primeros escritores cristianos que nos llevan a la misma Edad Apostólica.

Cuando los libros del Nuevo Testamento fueron reunidos y considerados como volumen segundo de las Escrituras Sagradas fué necesario distinguir el primero del segundo, y viendo que el primero presentaba el pacto entre Dios y los hombres, hecho a través de Moisés, y que el segundo presentaba un nuevo pacto a través de Jesucristo, se les llamó Antiguo Pacto y Nuevo Pacto, si bien la palabra original, diateke, "pacto", se re-

presenta hoy por "testamento", porque la palabra griega fué traducida al latín por "testamentum", y así pasó a nuestras versiones actuales, no dando el sentido más exacto. Tenemos así ya la Biblia completa, palabra que tiene en sí su sentido. Un *biblion* era particularmente un rollo de papiro o biblos. Ya explicamos en el primer artículo cómo se conseguía este "papel". En griego se llamó un *biblos* o *biblion* a cada uno de estos rollos escritos, y como la colección del Antiguo y Nuevo Testamento era un conjunto de "biblos", que en plural tenía que ser "biblia", los cristianos de lengua griega le llamaron "ta biblia" ("los libros"). Los cristianos de lengua latina, más tarde, se quedaron con la palabra *biblia,* tratándola en singular, y del latín ha llegado al español y a los otros idiomas.

El Viejo Pacto conduce a la Iglesia Cristiana, y no a un Judaísmo Rabínico, puesto que Cristo es la afirmación de todo lo adelantado allí, y es el "sí y amén, a todas las promesas de Dios", y relacionado con esta concepción de El, como verdadero cumplimiento de todas las esperanzas judaicas, tenemos la seguridad de que El es el Rey Mesiánico, el Rey puesto por Dios, según el Salmo segundo. En este sentido, si la escatología judaica, o doctrina de las "últimas cosas", señala-

ba a la escena final del drama humano, en que Dios sería el Señor y consumador de todo, la escatología cristiana señala, desde luego, a aquel tiempo final en que Cristo será el Juez Supremo del mundo, en su Segunda Venida, pero también tiene en cuenta las esperanzas escatológicas cumplidas en su Primera Venida, hilvanando la primera con la segunda, como parte realizada o inaugurada de toda la escatología bíblica.

Las parábolas, dichos y milagros de Jesús revelan con frecuencia que el Rey Mesiánico ha entrado en su reino y que la semilla sembrada por los profetas y legisladores, y videntes de antiguo estaba a punto de ser segada por El y los discípulos, según interpreta C. S. C. Williams, teólogo de Merton College, Oxford, añadiendo que ya está lejos el tiempo en que se sostenían aquellas nociones de que Cristo había sembrado una pequeña semilla que, tras 19 siglos, crecería gradualmente y de manera enorme por medio del trabajo de los hombres.

Hay, realmente, una unidad en el Nuevo Testamento y entre éste y el Antiguo, y últimamente se viene haciendo un énfasis creciente en esta circunstancia, como asimismo en que Cristo es el centro de ese todo, ya que el cristianismo no es

la religión de un libro, como es el Judaísmo o el Mahometismo, sino la de una persona a la cual conocemos por medio del Libro y a El acudimos. El Antiguo Pacto, que señala a Cristo, nos enseña cómo Dios se revela a un pueblo por medio de su "poder" y le prepara para la revelación plena de Su plan; por tanto, aquella misma mano que operó en los tiempos del Viejo opera en los tiempos del Nuevo Pacto, donde la victoria sobre el pecado es realidad, la creación se renueva, como igualmente el pacto, y su pueblo es "liberado".

Este evangelio es primeramente predicado de una manera oral en la Iglesia durante casi una generación, antes de que pudiera circularse por escrito y en su evolución se registran cuatro etapas; según descubrimos en Lucas: a) "las cosas que entre nosotros han sido ciertísimas" (v. 1), b) esas cosas fueron comunicadas por "los que desde el principio lo vieron por sus ojos y fueron ministros de la palabra" (v. 2), c) fueron enseñadas en forma de instrucción catequística, "en las cuales ha sido enseñado" (v. 4), y d) muchos intentaron a "poner en orden la historia de las cosas" (v. 1),en forma de narraciones o extractos de los que surgen los Evangelios, los cuales no

aparecen en forma escrita hasta después del año 65, poco más o menos; durante el período del 33 al 65 circulan las cartas de San Pablo, escritas por lo general para solucionar necesidades de ciertas iglesias. En su totalidad, los libros del Nuevo Testamento fueron escritos entre los años 50 y 100, dice Sir Frederic Kenyon, y añade: "Si alguno opina que hemos dado esta fecha demasiado dogmática, sólo añadiremos que no lo hemos hecho en ignorancia". En efecto, el mismo Harnack, en su "Chronologie der altchristlichen Litteratur", refiriéndose a la teoría de Baur, sobre que los libros cristianos fueron "forjados" en el segundo siglo, afirma: "Ese tiempo ha pasado ya. Fué un tiempo en el que la ciencia aprendió mucho y tras el cual tiene que olvidar mucho", y así vemos que los descubrimientos modernos han confirmado la afirmación de Kenyon.

El Nuevo Testamento se compone de veintisiete libros y comienza con los Evangelios, que no pueden considerarse, realmente, como biografías de Jesús, toda vez que no presentan sino la última parte de su vida, los dos o tres últimos años, y, por ende, se concede mayor espacio a la última semana que precedía a su muerte. Presentan, simplemente, el "evangelio", o "buena nue-

va", desde distintos puntos de vista y para distintos públicos. Los Hechos de los Apóstoles son, en verdad, una continuación del Evangelio según Lucas, médico y compañero de Pablo, dándonos el relato siguiente a la Resurrección de Cristo. El resto, exceptuando el Apocalipsis, que pertenece al género de literatura profética, está constituído por trece cartas que llevan el nombre de Pablo, dirigidas a iglesias e individuos, una carta anónima a los hebreos, aunque unida al principio a las de San Pablo, una de Santiago, probablemente el hermano del Señor, una de Judas, que se llama él mismo hermano de Santiago, dos de Pedro y tres que no llevan nombre, pero que, debido a su afinidad con el cuarto evangelio, fueron reconocidas desde el principio como de San Juan.

Hemos dicho que la Epístola a los hebreos es anónima. En aquellos tiempos se acostumbraba guardar los rollos en una caja cilíndrica, que los romanos llamaban "capsa". Si un rollo anónimo se conservaba en una caja que contenía rollos de autor conocido, era fácil darle el nombre de dicho autor y de esta manera si la epístola antes mencionada se conservaba con las otras de Pablo no es extraño que en el principio se le atribuyese; con todo, hay opiniones en pro y en contra.

La misma dificultad que hemos encontrado, entre los diversos autores, con respecto a la cronología del Antiguo Testamento, volvemos a encontrarla cuando se trata del Nuevo Testamento, si bien, obviamente, la desigualdad es notoria, pues allí estas diferencias se registran por muchos años y aquí sólo suben a unos pocos, así que parece que hay bastante seguridad en la siguiente lista: Mateo, año 85-90; Marcos, 65; Lucas, 80-85; Juan, 90-100; Hechos, 60-62; Romanos, 57; 1.ª y 2.ª Corintios, 54-56; Gálatas, 48; Efesios, 60; Filipenses, 54; Colosenses, 60; 1.ª y 2.ª Tesalonicenses, 50; 1.ª y 2.ª Timoteo y Tito, 63-64; Filemón, 60; Hebreos, 65-70; Santiago, por el 100; las dos de San Juan y las tres de San Pedro, a finales del primer siglo; Judas, ídem, y Apocalipsis, 70-80.

Mencionemos que Harnack, en su "Neue Untersuchungen zur Apostel geshichte..." aboga por un tiempo anterior para los evangelios sinópticos: Marcos entre el 50 y el 60, Mateo inmediatamente después del 70 y Lucas en vida de Pablo. Todavía es probable que alguien defienda otras fechas, pero debemos tener en cuenta que esta cuestión de cronología no es de sobresaliente importancia y la prueba es que hoy la erudición se

ocupa menos de la fecha y paternidad de los libros que de la "Teología Bíblica" y de la Unidad del Nuevo Testamento.

Se discierne, por ejemplo, en el Nuevo Testamento un tipo claro de predicación apostólica (kerugma) que se refleja en los Hechos de los Apóstoles, en las epístolas e incluso en Hebreos, 1.ª de Juan y, desde luego, en el Evangelio de Marcos. Presenta un bosquejo de la operación salvadora de Dios respecto del mundo en la persona del Cristo, que cumple los ideales del Viejo Pacto y también los deseos. El kerugma tenía forzosamente que incluir el arrepentimiento y el bautismo, por cuanto el hombre sería una nueva creación, convencido de su incapacidad para cumplir la ley, disfrutando de una relación digna con Dios, que antes era incapaz de lograr.

Algunos eruditos han encontrado vestigios de la didaké (enseñanza) en oposición al kerugma, sobre doctrinas asumidas o mencionadas en las cartas paulinas y en otros lugares del Nuevo Testamento, pero es indudable que la kerugma fué la base de la didaké porque el evangelio es "buena noticia" y no "buen consejo". aunque los buenos consejos de Jesús, incluyendo el Sermón del Monte, sean consecuencias de su doctrina.

El material empleado para escribir los libros fué, sin duda el papiro común entonces tanto para asuntos literarios como para asuntos privados, si bien el pergamino se empleaba a veces para propósitos especiales. En la 2.ª Epístola de Juan, vers. 12 encontramos la manera de escribir con "papiro y tinta". Según Kenyon, cuando Pablo dijo a Timoteo que le llevase "los libros, pero especialmente los pergaminos", éstos podrían ser partes del Antiguo Testamento, pero más probablemente se trataría de libros de notas.

Para que el Evangelio fuese extendiéndose, se hizo necesario sacar copias de los libros que pasaran de lugar a lugar, de persona a persona, y, aunque hemos de reconocer que no se llegó con los libros del Nuevo Testamento a "fijar el texto", como en el caso de los Masoretas, preciso es afirmar que la salvación, tema del Evangelio para el hombre, no se conseguía por la exactitud meticulosa en copiar palabra a palabra, sino que lo importante es la sustancia de la enseñanza, y así se explica que el escriba pudiese incorporar en la narración algún incidente que él creía ser auténtico y no dañino al texto. De esta cuestión se tratará más extensamente en el capítulo VII.

Podían, por tanto, surgir diferencias de lectura en las distintas regiones, donde se tomaba por base un manuscrito del que se sacaban copias diversas, y la persecución influiría mucho en la fortuna del texto, pero se llega a un tiempo de mayor estabilidad con la aceptación del Cristianismo por el Emperador Constantino, cuando, tras el Edicto de Milán, en el 313 A. D., se convirtió en la religión del Imperio.

Es en el siglo IV cuando se comienza a copiar cuidadosamente el texto del Nuevo Testamento y Eusebio de Cesárea, gran historiador, facilita cincuenta copias de las Escrituras para las iglesias de Constantinopla, suponiéndose que las otras grandes ciudades del Imperio habrán necesitado también una buena cantidad de ellas; desde entonces estamos en contacto con los manuscritos y la cadena de tradición hasta nuestros días es completa. El período del papiro se extiende desde la fecha de composición de los libros hasta principios del siglo IV, y en un tiempo, se pensó que no se había recuperado ningún fragmento de aquella época, pero en la actualidad poseemos un trozo que pertenece a la primera mitad del siglo II. El Nuevo Testamento, casi completo, no aparece hasta la segunda parte de dicho

siglo IV, en el período del pergamino. Dos espléndidos volúmenes han sido reconocidos como de tal fecha por todos los críticos competentes: el Codex Vaticanus y el Codex Sinaiticus; al si glo V pertenece el Codex Alexandrinus, el mutilado Codex Efraemi, el notable Codex Bezae y los Evangelios de Freer, en Washington. En los siglos siguientes aparecen otros fragmentos de menor importancia, y en la fijación de las fechas los sabios han de regirse, principalmente, por la caligrafía de los mismos.

Se dividen, pues, los manuscritos griegos en Unciales y Cursivos. Parece ser, aunque, según Lae, se desconoce el origen de la palabra Uncial, que el origen de esta escritura grande se halla en las inscripciones lapidarias primitivas, empleadas para escribir sobre piedra, como deduce el erudito Bruce, y cada letra va separada de las demás, aunque guardando uniformidad. A este tipo de escritura uncial pertenecen manuscritos como el Codex Sinaiticus, el Codex Vaticanus, el Codex Bezae, el Codex Regius, de París, el Claromontanus, el Codex Zacynthius, palimpsesto que se conserva en la Biblioteca de la Sociedad Bíblica Británica y Extranjera de Londres, etcétera. Se llama "cursivos" a aquellos escritos

con "mano rápida" donde las letras van ligadas, y de ellos hay, según Lake, un gran número, que no aumenta, por ello, su importancia. Pablo Besson dice que el apóstol Pablo "al escribir con su propia mano sus autógrafos, o al dictar a sus amanuenses sus cartas en papiros y en pergaminos (membranas 2.ª Tim. 4.13) usaba el modo corriente de los griegos, aunque podía hacerlo con grandes caracteres (Gal. 6.11; 2.ª Tes. 3.17), pero no tenía el tiempo de escribir en letras unciales que se usaban en las inscripciones monumentales. El sistema gráfico cursivo era común entre los griegos..."

Las pruebas que se poseen del Nuevo Testamento son mucho mayores que las que se poseen de cualquier autor clásico, del que nadie duda, pues existen al menos tres mil manuscritos griegos del Nuevo Testamento, incluyendo el libro en total o sus partes. De la Guerra Gálica, de César (compuesta entre el año 50 y el 58 a. de C.) sólo nueve o diez manuscritos son buenos y el más antiguo es de unos 900 años después de César; de los 142 libros de la Historia de Roma de Livio (59 a, de C. a 17 A. D.) sólo sobreviven 35 y éstos nos son conocidos por unos veinte manuscritos, el más antiguo del siglo cuarto; de los catorce libros de las Historias de Tácito (por el año 100 A. D.) sólo sobreviven cuatro y medio; de los dieciséis de sus ánales sobreviven diez y dos en parte. El texto de estas partes de su dos grandes obras históricas dependen de dos manuscritos, uno del siglo nueve y otro del siglo once. Virgilio, el poeta nacional romano, sólo tiene tres códices unciales, que pertenecen a los siglos tercero, cuarto y sexto. El único códice, en alguna manera completo, de los discursos del gran orador Marco Tulio Cicerón, es el Vaticano del siglo octavo, etc., etc.

¡Cuán diferente es, pues, la situación de los libros del Nuevo Testamento! Tenemos millares de fragmentos de papiro desde el siglo cuarto en adelante, además de los dos excelentes Codex Vaticano y Codex Sinaítico, y considerables fragmentos fechados entre los años 100 y 200. Por otra parte, los autores conocidos por Padres Apostólicos escribieron principalmente entre el año 90 y el 160 de nuestra Era y en sus obras se encuentran menciones de los libros del Nuevo Testamento. Por eso dice muy bien sir Frederik Kenyon en "The Bible and Archaeology" que "el intervalo entre la fecha de la composición original y las primeras pruebas es tan corto que se conside-

ra negligible, y los últimos cimientos para cualquier duda sobre que las Escrituras han llegado a nosotros sustancialmente como eran, han desaparecido ahora. Tanto la *autenticidad* como la integridad *general* de los libros del Nuevo Testamento pueden considerarse como establecidas definitivamente".

En cuanto a la lengua en que el Nuevo Testamento fué escrito, hemos de ver también en ello la sabiduría divina, pues si la revelación del Viejo Pacto fué hecha para un pueblo en "su" lengua, la revelación del Nuevo, para todo el mundo, por ser más amplia, no podía restringirse al "hebreo", y necesitaba una lengua adecuada para su propagación; ésta fué el griego, usado en los días de Nuestro Salvador por todo el Imperio Romano. Ahora bien: muchos autores han reconocido que el griego del Nuevo Testamento es algo distinto al griego clásico; su vocabulario es más reducido y su gramática menos complicada, y algunos, como Richard Rothe, en 1863, sugirieron que se trataba de una nueva "lengua del Espíritu Santo". Sin embargo, en los últimos años se han descubierto innumerables documentos pertenecientes a la vida diaria de gente común, es decir, no literatos, escritos justamente en este mismo lenguaje del

Nuevo Testamento, el griego koiné, o "común" de la época.

Precisamente el lenguaje más adecuado para la propagación de la "noticia de salvación" era aquel lenguaje "del pueblo" que hiciera realidad las palabras de Simeón: "Luz para ser revelada a los gentiles", y las de Jesucristo: "que se predicase... en todas las naciones, comenzando desde Jerusalén", pues el griego era una perfecta lengua internacional por el tiempo de la proclamación evangélica, hablado no sólo alrededor del Mar Egeo, sino por todo el Mediterráneo Oriental y en otras regiones también. Peake llega a decir rotundamente: "la ficción del griego bíblico ha desaparecido ante la demostración de que tanto en gramática como en vocabulario, el griego del Nuevo Testamento era justamente el griego del pueblo", y añade que esto ofrece buenos resultados tanto para la interpretación del Nuevo Testamento como para la construcción de la teología. El Dr. J. H. Moulton añade, por su parte, que cuando Cristo habló lo hizo "como era de esperar, en la lengua que hablaba la gente". La lengua nativa de Cristo se descubre en Marc. 5.41 y 7.34. El uso que hizo del griego en Mar. 7.26,27.

El griego aparece en la historia mediante tres olas sucesivas de inmigrantes procedentes del Norte y que entraron en la Península Balcánica por los años 2000 al 1000 a. de J. Se reconocen, respectivamente, por influencia Jónica, Aquea y Dórica, siendo por el año 300 a. de C. cuando los varios dialectos griegos se clasifican en tres grupos correspondientes a las tres inmigraciones. Los hebreos llamaban a los jónicos "bene Yawan", hijos de Javan, nombre idéntico a Ion, que da lugar a Jónico. Estos y los otros griegos se extendieron con sus colonias por Asia Menor, Libia, Chipre, Sicilia, Sur de Italia, Marsella, Mar Egeo, incluyendo Crimea, etc., y cuando las condiciones de la Conquista Macedónica tendieron a eliminar las diferencias de los dialectos de los griegos, surgió el "griego helenístico" llamado frecuentemente "koiné dialektos".

Este griego helenístico se convirtió en la lengua oficial de los Imperios en que se dividió el de Alejandro a su muerte (323 a. de J.), incluyendo los que, uno tras otro, dominaron la Tierra Santa sucesivamente, hasta que fué incorporada como provincia de Siria al Imperio Romano en el 63 a. de C.

Nos interesa saber que el Imperio Romano era completamente bilingüe; en el ejército la lengua oficial era el latín por todo el Imperio, en tanto que para lo demás la lengua oficial era el griego, y en la misma ciudad de Roma se hablaba el griego tanto como el latín por las clases altas y las bajas; por ejemplo, Cicerón escribió tan fácilmente en griego como en latín, y San Pablo, al escribir a la Iglesia de Roma, aunque pudo haber escrito en latín, de ser necesario, escribió en griego. También al referirse a la floreciente literatura en "koiné" en los siglos anteriores y posteriores a Cristo, el Dr. Basil Atkinson dice: "Aquellos que están familiarizados con el Nuevo Testamento griego reconocerán que Polibio está mucho más cerca de él que de Tucidides o de Platón... los escritos de Lucas están en la línea directa de descendencia de Polibio".

Mr. E. K. Simpson, que durante muchos años hizo un estudio especial del vocabulario del Nuevo Testamento desde este último punto de vista, ha hecho resaltar que existe un notable paralelo en estilo y dicción, no sólo con los grandes escritores helenísticos, como Polibio, Strabo, Epicteto, Luciano y Plutarco, y los escritores judíos

Filo y Josefo, sino también con otros escritores menos notables.

Ahora bien, aunque el "koiné" eliminó la mayoría de las distinciones de los dialectos, él mismo no estaba exento de estas distinciones, como ocurre a toda lengua viva. Jerónimo dijo que encontró en el griego de Pablo algo de la provincia de Cilicia, y los eruditos encuentran, por otra parte, la influencia de la "traducción griega" y la del arameo de los judíos palestinenses. En la Septuaginta, dice un autor, las palabras son griegas, pero la construcción es hebrea. En cuanto a la influencia aramea, la encontramos principalmente en las conversaciones y discursos de los Evangelios y en los primeros capítulos de los Hechos de los Apóstoles y en el Apocalipsis. Léase, por ejemplo, Talitha cumi (Marc. 5.41), ephphata (7.34), eloi, eloi, lama sabachtani? (15.34), etc., y Maranatha en 1.ª Cor. 16, y otros.

El latín se refleja igualmente en el Nuevo Testamento como podemos ver en las voces: un cuarto, cien denarios, centurión, tributo, legión, etcétera, etcétera, y de esta manera la Palabra de Dios llegaba a los hombres en aquel lenguaje que les era más íntimo, de donde inferimos la importantísima labor de las Sociedades Bíblicas, al presentar la Biblia a todos los pueblos en los idiomas modernos en la actualidad.

Con la invención de la imprenta, en el siglo XV, se inicia una nueva era en la historia del texto griego. En Europa el documento impreso más antiguo lo fué por el 1450 y el primer libro completo que salió de las prensas fué la Biblia, en 1456, en latín, lengua de la literatura de la Europa Occidental. Se la llama frecuentemente la Biblia Mazarina, porque el Cardenal Mazarino tenía un ejemplar en su maravillosa biblioteca, que iba enriqueciendo con objetos de arte y valor.

Antes del 1500 tenemos ya impresas Biblias en seis idiomas: alemán, italiano, francés checo, danés y catalán y en ocho más a mediados del siglo XVIII: español, holandés, inglés, sueco, húngaro, islándico, polonés y finlandés. Las traducciones estaban todavía obligadas al texto latino, y a principios del siglo XVI comienzan a llegar a la Europa Occidental los textos hebreos y griegos de las iglesias orientales que los conservaban.

Fué justamente en España donde apareció por primera vez impreso el texto griego, junto al latín, en la Políglota de Alcalá, del Cardenal Cisneros, que contenía, además, el hebreo en columnas paralelas; se la llamó Complutense, de Com-

plutum, Alcalá de Henares y no apareció hasta después de 1520. Para entonces ya había perdido el honor de ser la primera Biblia griega dada al mundo, pues el destacado erudito Desiderio Erasmo, de Rotterdam, que pasó varios años enseñando en Inglaterra, en la Universidad de Cambridge, publicó en Basilea, en 1516, su Nuevo Testamento en el idioma original, griego, también con columna paralela en latín. No fué, en realidad, el primer texto griego impreso, sino el primero publicado.

Parece ser que el Nuevo Testamento de Jiménez de Cisneros y Santiago López de Zúñiga se terminó de imprimir el 10 de enero de 1514 y toda la Biblia el 10 de julio de 1517, pero su publicación fué detenida por el Papa León X, so pretexto de que no se le habían devuelto dos manuscrito vaticanos que había prestado para ello. Solamente seiscientos ejemplares se imprimieron y empezaron a circular por el 1520, después del permiso papal de 22 de marzo de dicho año. Este retraso permitió al Testamento de Erasmo ser el primero en publicarse.

La primera edición de Erasmo estaba llena de errores, debido a la incapacidad de un subordinado, pero pronto apareció una segunda y una tercera y una cuarta, representando cada una de ellas un avance en dirección a un texto más exacto. La primera edición se basó apenas en seis manuscritos, ninguno completo, viéndose obligado a traducir del latín al griego algunos pasajes como Apocalipsis 22.16-21, interpolando, según Scrivener, algunas palabras que no existen en ningún manuscrito; pero lo lamentable es que, según Kenyon y Hammond, estas mismas faltas continúan en el Texto Recibido, base de muchas traducciones actuales.

Comienza, pues, el Texto Recibido con Erasmo, a quien sigue Robert Estienne o Stephanus, de París (llamado sin razón Stephens), que publicó varias ediciones del Testamento griego, basándose en el primero y teniendo a la vista la Complutense; su tercera edición, impresa en 1950, y llamada "Editio Regia", es, según Kenyon, sustancialmente el texto recibido que ha aparecido hasta estos días en Inglaterra en los ejemplares ordinarios de las Biblias griegas. En el Continente el "Texto Recibido" ha sido el de la edición de los hermanos tipógrafos de Holanda Abraham y Buenaventura Elzevier, publicada en 1624, que difiere ligeramente de la Stephanus, pues los editores tuvieron en cuenta los textos publicados

después de éste por el gran erudito francés Beza, entre 1556 y 1598. Precisamente en este texto elzeviriano aparece, en el prólogo de la segunda edición, la frase "Textum ergo habes nunc ab omnibus receptum", frase que dió pie a la designación de "Textus receptus".

Se ve por esta historia que el Texto Recibido se basa en muy pocos manuscritos y, lejos de ser un "Textus receptus" debió de ser un "textus non recipiendus" (frase de un católico) como lo prueba el hecho de que los críticos comenzaron a estudiar los códices y simultámente a abandonarlo. No ha faltado, sin embargo, quien haga una "vindicación del Texto Recibido" como Pablo Besson, pero la verdad es que en aquel tiempo no pudo apreciarse el valor de otras lecturas. Hammond llega a decir que no concede valor crítico al Texto Recibido, si bien no implica censura para Erasmo, Stephanus o Beza, pioneros de aquel trabajo de crítica textual. Cierto es que por entonces, por miedo a conmover la fe, la crítica textual apenas si tenía vitalidad.

El erudito francés Rilliet dice que el mismo Erasmo afirmó que hizo su trabajo con precipitación, si bien añade que él no tuvo la culpa, sino el librero Froben, de Basilea, que le apresuraba,

seguramente temiendo la aparición de la Complutense de Cisneros. M. Sabatier dice: "la piedad con respecto al Nuevo Testamento triunfó sobre la obstinación dogmática y hoy tenemos un texto resultante de la comparación científica de los manuscritos". Vale mencionar aquí que la Sociedad Bíblica Británica y Extranjera dejó de circular el texto elzeviriano en año 1904, y que el erudito Kenyon, en "Our Bible and the Ancient Manuscripts" dice: "los mejores manuscritos eran entonces desconocidos por los científicos y los editores tenían que contentarse (se refiere al tiempo del Texto Recibido) con el empleo de ejemplares posteriores a su alcance, a veces con los que sólo había en su ciudad... no encontramos fundamentos de nuestra fe alterados, pero sí muchas variaciones en palabras y frases que no nos llevan tan cerca como debieran a la verdadera Palabra de Dios..."

Ahora bien, el tránsito del Texto Recibido a un texto más científico se lo debemos a ciertos eruditos que conviene mencionar. En primer término, quizás sea conveniente dividir en tres períodos la historia del Texto griego como hace el erudito Alexander Souter, y en este caso hemos

dejado atrás el primer período para comenzar con el segundo.

Fué John Mill quien lo inició en 1677 con su edición del Testamento griego, que le costó treinta años de trabajo, pues dicha obra no vió la luz hasta el 1707. El verdadero valor de la edición consiste en la abundancia de material textual reunido y en su maestra introducción todavía no mejorada, siendo el primer autor que da el debido valor a las citas patrísticas del Nuevo Testamento, especialmente griegos y latinos. A continuación, Ricardo Bentley (1662-1742), uno de los eruditos más grandes de todos los tiempos, cuyo conocimiento del griego y del latín como igualmente del método de los escribas, era grandioso, preparó una edición magnífica que, desgraciadamente, no fué publicada, pero que en opinión de Souter, sin ella no habría habido luego un Lachman y un Hort. En 1734 publica en Tubingen Juan Alberto Bengel, autor del famoso comentario "Gnomon", su Nuevo Testamento griego, y es el primero que introduce el principio, ahora casi universalmente reconocido, de que las autoridades deben ser clasificadas y pesadas, no medidas o contadas.

J. J. Wettstein editó también un Testamento griego en dos volúmenes tamaño folio, en Amsterdam (1751-52), con un comentario muy erudito, aportando material de la literatura judía. Imprime el texto elzeviriano, pero debajo da las lecturas que en su opinión son genuinas. Fué el primero en emplear el método moderno de indicar los manuscritos por letras y números. El segundo período se cierra con el erudito J. J. Griesbach, que publicó en Halle dos ediciones, una en 1774-77 y otra en 1796-1806. Su aparato es rico y muchos editores de éxito le deben a él mucho de lo que presentó, siendo el primero en distinguir las recensiones oriental, bizantina y alejandrina, lo mismo que hace ahora Von Soden. Vemos, pues, en este período, la lucha entre los que defienden ciegamente el Texto Recibido y los que se esfuerzan por conseguir los testimonios más antiguos, y sólo en el tercer período se llega a abandonar sin miedo el Texto Recibido.

Carl Lachman es quien da un gran avance en este sentido, pues, como Bentley, estaba versado en la filología clásica. De sus varias ediciones, la más importante es la de 1842-50, en la que tanto el griego como la Vulgata latina son presentados con la mayor pureza. Se basó en varios manus-

critos, algunos unciales, y en Orígenes, pero a continuación quien ha publicado más ediciones y más documentos del Nuevo Testamento griego fué G. F. C. Tischendorff (1815-74), cuyos mayores servicios fueron el descubrimiento del Codex Sinaiticus y su octava edición del Testamento griego (1872), conteniendo el mayor repertorio de autoridades y el aparato crítico más completo que existe.

Contemporáneo de Tischendorff fué S. P. Tregelles (1813-75), quien trabajó en líneas paralelas, haciendo gran acopio de documentos. Su edición, que comprende no sólo el texto griego en tipo grande y claro, sino también un gran aparato bien ordenado, como igualmente el texto de la Vulgata, según el Codex Amiantinus, apareció del 1857 al 1872. El servicio de Tregelles, a juzgar de ciertos eruditos, consistió en alejar del texto receptus a los eruditos de habla inglesa. El era inglés.

A pesar de esto encontramos otros partidarios todavía del Texto Recibido, como J. W. Burgon y F. H. Schivener, quienes no publicaron recensión alguna, pero ambos realizaron un gran trabajo de copilación. Burgon hizo una maravillosa *Collection* de referencias al Nuevo Testamento en los

Padres, que se conserva en el Museo Británico. Estos escritores no dejaron sucesores, al parecer, y seguidamente nos encontramos con la más grande edición que jamás se haya publicado, la de Westcott y Hort (Brooke Fost Westcott y Fenton John Anthony Hort), en 1881, casi coincidiendo con la versión revisada inglesa del Nuevo Testamento. Estos dos eruditos dedicaron al trabajo antes mencionado y tan meritorio veintiocho años. Su finalidad consistió no en reunir nuevos materiales, aunque se descubre algo de esto, sino en valorar toda la masa de evidencias ya reunidas por sus predecesores hasta Tischendorff y Tregelles. Este trabajo es tenido en la más alta estima en todos los países civilizados; su edición es la primera que coloca al margen otras lecturas que en opinión de ellos son de valor, y también las lecturas orientales, con un signo especial por el interés que tienen, como igualmente citan con una cruz la parte del texto que consideran como corrupto y en necesidad de ser enmendado.

Después de Westcott y Hort ha habido mucha publicación de nuevos descubrimientos, pero sólo una gran edición crítica de todo el Nuevo Testamento, la de Hermann von Soden, en 1913, que incluía un catálogo y una clasificación de ma-

nuscritos, además de elaborados prolegómenos. Sin embargo, como Von Soden preparó el texto basándose principalmente en su propio juicio, no ha resultado muy satisfactorio, y ahora se estudia por un Comité inglés una edición crítica que siga las líneas de Tischendorff, es decir, una sencilla manifestación de las pruebas aportadas por los manuscritos, versiones y Padres, sin intentar clasificarlos o agruparlos de acuerdo con ninguna teoría crítica.

Han aparecido también desde la fecha de Westcott y Hort algunas informaciones o ediciones manuales que contienen textos revisados en vez del Texto Recibido: en Londres, *The Resultant Greek Testament* (con lecturas de Stephanus, Lachman, Tregelles, Tischendorff, Lightfoot, Ellicot, Alford, Weiss, Wetscott y Hort, etc.); en Stuttgart, *Novum Testamentum Graece cum apparato critico ex editionibus et libris manu scriptis collecto,* por Eberhard Nestle, que es el que emplean hoy las Sociedades Bíblicas; en Berlín, *Die Schriften des Nuen Testaments in ihrer ältesten erreichbaren Textgestalt...* y otros. Por su parte, Kenyon resalta *The Cambridge School Greek Testament,* de Scrivener; *The Oxford Greek Testament,* de Lloyd, y añade que la más fácil

para los estudiantes será la de Alexander Souter, edición de Oxford de 1910.

Para finalizar diremos que el texto griego ha llegado hoy a su máxima recuperación con los esfuerzos de los eruditos, y el estudiante tiene a su disposición valiosos documentos y ediciones, las cuales no dudamos podrán ser enriquecidas con nuevos descubrimientos que todavía pueden realizarse.

Capítulo VI

MANUSCRITOS, VERSIONES Y CITAS

Hemos visto que muchos siglos antes de la invención de la imprenta la Biblia nos había sido conservada por medio de copias escritas a mano, o sea manuscritos, y antes de que tratemos en el capítulo siguiente de la crítica del texto conviene que estudiemos algo de los manuscritos, como asimismo de las traducciones que se hicieron de estos documentos. En efecto: la historia de los manuscritos y de las versiones constituye en sí la historia del texto bíblico, y las citas patrísticas constituyen un buen punto de referencia para los eruditos.

Digamos de antemano que al examinar un manuscrito hay que tener en cuenta si iba destinado a la lectura en la sinagoga o al servicio privado, pues los primeros fueron con más probabilidad copiados con exactitud; los particulares contenían, por lo general, sólo parte del Antiguo Testamento. Muchos manuscritos contienen la fecha, aunque esto puede dar lugar a engaños y a

superchería; incluso un manuscrito copiado de otro más antiguo lleva la fecha del primero. Por eso no hemos de extrañarnos de que incluso grandes autoridades difieran al calcular la fecha de estos documentos. Resulta difícil, por tanto, el determinar la edad de los manuscritos hebreos, ya que los eruditos no tienen, como en los griegos o latinos, diferentes períodos por las diferentes formas de letras, formas de columnas, iniciales, etc.

Los judíos han considerado que los manuscritos de España son los mejores, pero dos eruditos, Kennicott, inglés, y De Rossi, italiano, afirman que prefieren los alemanes. Finalmente, los manuscritos pueden distinguirse porque contengan un texto oriental o un texto occidental, el primero derivado de la escuela de Babilonia y el segundo de la de Palestina, pues cada una de estas dos escuelas tenían, como dijimos, su propio Talmud, cada uno con un sistema diferente de vocalización y cierto número de variaciones textuales, que desde luego no afectan al sentido mismo del texto.

Probablemente el manuscrito más antiguo que se posee de la Biblia hebrea es el que fué adquirido por el Museo Británico a finales del siglo pasado. No lleva fecha, pero su escritura es de un tipo anterior al de las copias más antiguas que se poseen de fecha precisada, y, consecuentemente, se calcula que fué escrito por el siglo IX. Contiene el Pentateuco escrito en forma de libro (no de rollo), y presenta la Massora mayor y menor en los márgenes. El manuscrito más antiguo que contiene una declaración exacta de su fecha de confianza es el de Leningrado; fué escrito en el año 916 y comprende los Profetas Menores, escrito en pergamino a dos columnas, con la Massora intercalada abajo y en el margen exterior. Los acentos y los signos vocálicos aparecen escritos sobre las letras en vez de debajo, según el sistema en uso en Babilonia.

Aunque estos dos manuscritos se consideran como los más antiguos existen muchos otros que parecen ser más antiguos, especialmente en Rusia, y están fechados entre los años 489 y 789; pero por desgracia estas fechas no son de garantía, porque se ha comprobado que muchos de ellos son obra fraudulenta de un judío llamado Firkowitzsch. En Cambridge existe un manuscrito en la biblioteca de la Universidad que lleva la fecha del 856, pero no todos los eruditos la aceptan. Entre los otros manuscritos quizá el más

notable sea el Codex Ben-Asher, ahora en Aleppo, que se supone fué escrito en el siglo x; el Codex Laudianus, en Oxford, contiene todo el Antiguo Testamento, y se afirma es del siglo x.

Existen unos tres mil manuscritos del texto hebreo repartidos por muchas bibliotecas europeas y de América del Norte, pero no se poseen los originales. No obstante, como bien dice J. Patterson Smith, "los que existen, aunque no muy antiguos, son de gran autoridad, teniendo en cuenta la reverencia de los escribas en cuanto a la conservación del texto... Hay tan pocos cambios en el Antiguo Testamento revisado en comparación con el Nuevo... Pues desde luego la razón principal para emprender la revisión del texto hebreo se debe al aumento del conocimiento de la lengua hebrea y a la crítica textual."

La cuestión de la fidelidad que los masoretas hayan podido reflejar en la transmisión del texto hebreo queda para la crítica textual, pero no pudiendo ir más allá del año 100 de nuestra era con los manuscritos hebreos tenemos que contentarnos con ese texto que se nos ha legado sin cambio de importancia, según Kenyon. Hace unos años se encontró un pequeño fragmento del Antiguo Testamento que contenía parte del capítulo VI del Deuteronomio e incluía los Diez Mandamientos. Se le conoce por "Papiro Nash" y es muy antiguo. A juzgar por el tipo de escritura, los eruditos han calculado que es de una época anterior a Cristo, y W. F. Albright, en *Journal of Biblical Literature* (1937) y otras revistas, lo coloca entre los años 150 a 100 a. de C.

Es natural que si tuviésemos los manuscritos originales tendríamos la autoridad de las plumas inspiradas, pero creemos que en este asunto también se nos pide fe. Los manuscritos del Antiguo Testamento que poseemos se han considerado de fecha más reciente que los del Nuevo Testamento hasta agosto de 1947, cuando se hizo un descubrimiento de gran importancia para la crítica del texto hebreo: rollos jerosolimitanos de Isaías y del Comentario de Habacuc, así como fragmentos del Génesis, Levítico, Deuteronomio, Jueces, Daniel, procedentes del desierto de Judá. Se les conoce por "Manuscritos del Mar Muerto", y fueron hallados por beduínos e identificados por E. L. Susenik y John Trever en Palestina.

El doctor Trever observó que la escritura de estos manuscritos era similar a la del Papiro Nash, y que por lo mismo se trataba de documentos tan antiguos como el diminuto fragmen-

to del Deuteronomio; en consecuencia, unos mil años más antiguos que los otros manuscritos que se poseen de Isaías. Mucho se ha escrito acerca de este notable descubrimiento en revistas y periódicos cristianos y no cristianos, y muchos entendidos han hecho estudios y trabajos al objeto. El profesor de Arqueología del Wheaton College, Joseph P. Free, dice que unos beduínos, buscando una cabra perdida, dieron con una cueva, dentro de la cual encontraron muchos rollos de pergamino en jarras cubiertas por una especie de pez, y uno de ellos resultó ser el libro de Isaías. Los beduínos llevaron los documentos a Belén y más tarde a Jerusalén. Se hizo un examen de la cueva, y se vió que contenía cuarenta jarras de la época anterior a Cristo. Todos los eruditos, incluyendo al jefe de Antigüedades del reino de Jordania actual, parecen estar de acuerdo en la antigüedad. Albright ha dado la fecha del año 100 antes de Cristo para el rollo de Isaías.

"Estudiosos del mundo entero—dijo el profesor Carlos H. Kraling, de la American Schools of Oriental Research—consideran que el descubrimiento de estos manuscritos y de los fragmentos que les acompañaban facilitan una clave para completar el conocimiento de un período importante del judaísmo. Su importancia puede compararse a las del hallazgo del investigador Tischendorff en el monasterio de Santa Catalina, el Codex Sinaítico. Estos nuevos hallazgos incluyen material todavía más antiguo que el del Papiro Nash, que hasta ahora era el fragmento más antiguo del texto bíblico."

El jefe de Antigüedades del reino de Jordania, tras haber realizado una cuidadosa investigación, afirma que no hay duda alguna de que las jarras que contenían los rollos pertenecen al tipo de alfarería helenística, que cesó de existir en el tiempo de la invasión romana, o sea por el 63 antes de Cristo. Pero desde luego deducimos que incluso si tales documentos fuesen más modernos todavía serían los más antiguos que se poseen, y unos quinientos años los separarían de los que hasta entonces se han considerado como los más antiguos.

Algunos han llegado a decir rotundamente que "por su extraña semejanza con los textos hebreos que datan del siglo x después de Cristo constituyen un testimonio de la fidelidad de los copistas religiosos a través de las centurias". Según Millar Burrows, director de la American Schools of Oriental Research, existen centenares de dife-

rencias en el rollo de Isaías, bien entendido que éstas no representan sino diferencias de deletreo en las palabras, y con tal motivo ha escrito artículos sobre la morfología, sintaxis y ortografía de dicho manuscrito, añadiendo que "no hay nada en el Manuscrito de Isaías que pueda considerarse como una importante adición u omisión".

Por su parte, John C. Trever, profesor de la Escuela antes citada y primera persona que estuvo en contacto con el descubrimiento de los rollos, juntamente con el padre Butros Sownmy, del convento ortodoxo sirio de Jerusalén, ha escrito para las Sociedades Bíblicas Unidas, y entre otras cosas dice: "No es difícil entender por qué todos los amantes de la Biblia de todo el mundo han propagado la noticia del descubrimiento de los rollos del Mar Muerto como "el descubrimiento de manuscritos más grande de los tiempos modernos..." Hasta ahora unos diecisiete documentos bíblicos y no bíblicos han sido hallados en dicha cueva, a unas ocho millas del Sur de Jericó, y es probable que este número ascienda a más a medida que sean identificados los doscientos fragmentos que encontraron los excavadores. El número exacto de fragmentos, además

de los tres rollos hasta ahora anunciados en la Universidad hebrea de Jerusalén, no se ha dado a conocer aún... El rollo completo de Isaías se encuentra en posesión del arzobispo sirio Atanasio Y. Samuel, y es el mejor conservado... En importancia le sigue el "Documento Sectario" o "Libro de Disciplina", con sus once columnas de texto claro en cinco pieles... El tercer rollo, Comentario del Libro de Habacuc, se encuentra en manos del arzobispo sirio, que los compró a los beduínos; pero todavía queda en su poder un cuarto rollo no abierto, si bien logré separar un fragmento considerable, y podemos identificarlo como el libro perdido de Lamech... Además de estos cuatro extensos documentos el arzobispo posee varios fragmentos, entre los que he encontrado tres importantes de Daniel, siete de los Salmos..."

Resumiendo, por lo menos en lo que se refiere al rollo de Isaías, podemos estar seguros de que no sólo es el manuscrito hebreo de la Biblia más antiguo, sino también el manuscrito bíblico más antiguo en cualquier idioma, y, por otra parte, juntamente con la Septuaginta, traducción griega más antigua del texto hebreo, constituye un ins-

trumento importantísimo para la recuperación del texto primitivo.

Hemos mencionado la Septuaginta, y ésta entra en la designación de versiones antiguas hechas del texto hebreo que conviene conocer.

Desde luego, la versión del Viejo Testamento que posee una historia más larga es la hecha por los Samaritanos, si bien, estrictamente hablando, no podemos llamar versión o traducción al Pentateuco samaritano, toda vez que está escrito en la lengua hebrea, aunque en caracteres diferenes a los que aparecen en los manuscritos que poseemos; pero ya hemos dicho antes que la escritura cuadrada que aparece en los textos masoréticos tiene su origen en la reforma de Esdras tras la cautividad. Ningún manuscrito de la Biblia samaritana (que sólo contiene el Pentateuco) es más antiguo que el siglo x; todos los que se conocen actualmente están escritos en pergamino o en papel en forma de libro, exceptuando los tres rollos de Nablus, sin puntuación vocálica ni acentos, que se conservan con gran reserva y es difícil examinarlos.

En realidad las versiones o traducciones del Antiguo Testamento que son antiguas e inmediatas, esto es, hechas del original (la traducción de

una traducción ya existente se llama secundaria), son cuatro: la Septuaginta, en griego; los Targums, en caldeo; la Peschita, en siríaco, y la Vulgata, en latín. Cada una de estas versiones representa la tradición de una región particular: Septuaginta, judíos de Alejandría; Targums, judíos de Jerusalén y Babilonia, Peschita, cristianos de la Iglesia occidental; Vulgata, cristianos del Norte de Africa.

Ya sabemos que un Targum es la paráfrasis escrita del texto hebreo para los que hablaban arameo, y de estos Targums el que nos ha llegado en mejores condiciones es el babilónico, del Pentateuco, atribuído a Onkelos, a veces identificado con Aquila, autor de una traducción muy literal al griego. La fecha del documento es incierta. Otro Targum, de los Profetas, atribuído a Jonathan ben Uzziel, fué escrito por el siglo IV, y es algo más libre que el de Onkelos. Un tercer Targum palestinense, el de la Ley, se le atribuye también a este mismo Jonathan; pero no fué escrito probablemente hasta el siglo VII, según Kenyon.

Los eruditos generalmente, como hace Green, dan mayor importancia a las versiones antiguas cristianas, derivadas directamente del hebreo, y

en primer término presentan la versión de los setenta o Septuaginta, porque en realidad es la más importante de todas, tanto textual como históricamente, constituyendo el medio más efectivo de comparar el texto masorético. Fué, por otra parte, la Biblia de la cristiandad europea.

Las relaciones entre israelitas y egipcios fueron muy antiguas, pues ya en el siglo V se encuentran noticias documentales (papiros arameos de Elefantina) de la colonia judía establecida en aquella isla del Nilo. En Jeremías 43 se hace referencia a los que huyeron a Egipto; pero fué en tiempos de Alejandro Magno cuando, fundada Alejandría, se otorgaron privilegios a los judíos y éstos pensaron en la necesidad de tener una traducción de las Escrituras en la lengua del día, griega. Varios relatos han aportado distintos autores sobre la formación de aquella famosa traducción; pero parece cierto que bajo Ptolomeo Filadelfo (285-246 a. de C.) se tradujo el Pentateuco, y luego el resto, pudiéndose afirmar que en el siglo II anterior a nuestra era estaba traducido a dicha lengua todo el Antiguo Testamento. Esta versión fué hecha del texto hebreo contemporáneo, muy anterior, por tanto, al que hoy poseemos, masorético (excepción hecha de los mencionados hallazgos del Mar Muerto, que estudian los entendidos).

La Septuaginta contiene en sus últimos tiempos no solamente todos los libros del Antiguo Testamento canónico, sino también los libros llamados apócrifos, que nunca existieron en el texto hebreo. San Jerónimo los rechazó de su Biblia latina, porque no estaban en el texto original; pero más adelante se incorporaron a la Vulgata. Todos los libros del Nuevo Testamento, como hemos visto en el capítulo anterior, fueron escritos en griego, con la posible excepción de Mateo, y la mayoría de las citas que allí se hacen del Viejo Pacto se toman de la Septuaginta, no del original hebreo, pues esta traducción se convirtió en la Biblia de los judíos de habla griega y circuló por Palestina, Asia y Egipto.

El origen del nombre de esta traducción hay que encontrarlo en un documento antiguo, la carta de Aristeas (por el año 100 a. de C.), que dice ser escrita siglo y medio antes de esa fecha. En ella este Aristeas, oficial de la corte del rey Ptolomeo Filadelfo de Egipto (285-246) da cuenta a su hermano Filocrates de cómo el bibliotecario de la corte, Demetrio de Falerum, interesó al rey para conseguir la Ley judía y de cómo se envió

una delegación al Sumo Sacerdote de Jerusalén, Eleazar, que mandó a Alejandría como introductores a seis ancianos de cada una de las doce tribus. En una residencia de la isla de Faros completaron en setenta y dos días la traducción del Pentateuco al griego.

Llámase *recensión* a la purificación, revisión de un texto, haciendo diversos necesarios ajustes, y esto hubo de hacerse con la Septuaginta al transcurrir el tiempo y al adquirir ciertas imperfecciones. Las principales recensiones (Kenyon las llama "traducciones rivales", porque son producto del celo de los judíos contra los cristianos por su uso de la Septuaginta) son las siguientes: Versión de Aquila, que puede ser, según dijimos, el mismo Onkelos del Targum del Pentateuco. Es una traducción literal del hebreo, tan cerca que pierde la mayoría de su aspecto griego, a veces llegando a la oscuridad y a la tontería, según ciertos eruditos. Apareció el documento por el año 150 y llegó a ser la oficial traducción de los judíos no cristianos. Versión de Teodosio: Acomodó el texto de la Septuaginta, con modificaciones tomadas de Aquila, al texto hebreo, y retuvo las adiciones apócrifas al libro de Daniel; por otra parte, su versión de Daniel fué preferida a la de

la Septuaginta. Añadió pasajes en Job que no se encuentran en la Septuaginta y que sí aparecen en el texto hebreo recibido o masorético. Este trabajo apareció imperando Commodo (180-192). Versión de Simmaco: aparece por el año 200, y su característica es la pericia con que las frases hebreas del original aparecen con soltura y giros apropiados en el griego. En este respecto, según la erudición, Simmaco se acerca más que nadie al concepto de lo que debe ser un buen traductor. Su obra influyó en la de Jerónimo. De las tres parece que la de Aquila se acerca más a la Septuaginta. Recensión de Orígenes: Hexapla. A principios del siglo III había, pues, tres versiones griegas del Antiguo Testamento, además de la Septuaginta, ésta para los cristianos, las otras para los judíos, y entonces se da un paso de gran importancia para la historia del texto griego.

Un gran erudito alejandrino, Orígenes Adamancio (185-254), acometió por el año 228 su monumental obra crítica conocida con el nombre famoso de Hexapla, que quiere decir séxtuple, porque dispuso a seis columnas, en frases cortas, todos los libros canónicos del Antiguo Testamento, en la siguiente forma: Primero, texto hebreo en caracteres hebreos; segundo, texto hebreo en ca-

racteres griegos; tercero, versión literal griega de Aquila; cuarto, ídem de Simmaco; quinto, la versión septuaginta en recensión origeniana, y sexto, recensión de Teodocio, que aparece la última por ser la más alejada del original.

El manuscrito original existía todavía en Cesárea a principios del siglo VII, pero pereció poco después. El cardenal Mercati encontró un palimpsesto en Milán que contenía el texto de once salmos en cinco de las seis columnas, escrito por el siglo X, y también existe un fragmento en Cambridge, descubierto en una "gheniza" de El Cairo, conteniendo parte del salmo 22 en sus seis columnas. Las versiones de Aquila, Teodocio y Simmaco han perecido en su mayor parte. En 1897 se encontraron en la "gheniza" anteriormente mencionada tres hojas de palimpsesto, que fueron identificadas por F. C. Burkitt como el texto de Aquila en partes de Crónicas en caligrafía del siglo VI.

Otras ediciones de la Septuaginta fueron realizadas por Eusebio de Cesárea, gran historiador de la Iglesia; Luciano de Samosata y Hesyquio. Las tres fueron prácticamente contemporáneas y aparecieron por el año 300, circulando cada una de ellas en una región distinta: la de Eusebio en Palestina, la de Luciano de Antioquía, Constantinopla y Asia Menor y la de Hesyquio de Alejandría en Egipto. De una forma u otra, la Versión de los Setenta ha continuado siendo hasta hoy la versión oficial del Antiguo Testamento para la Iglesia griega u oriental, y como los documentos que se poseen de la Biblia hebrea no son anteriores al siglo IX y los del Pentateuco Samaritano son del décimo, los de la Biblia griega son los más venerables y, al parecer los más valiosos; los mejores de esos ejemplares contienen también el Nuevo Testamento.

Por el largo período que abarca la Septuaginta, los manuscritos que poseemos, que son muchos, pueden dividirse en papiros y pergaminos, unciales y cursivos. De los primeros, según la lista del Rev. P. L. Hedley, hay 174. Se encuentran en el Museo Británico de Londres, en Berlín, en Wáshington (Freer Greek MS.), etc. En la John Rylands Library, de Manchester, se hallan los famosos papiros Chester Beatty, que constituyen el descubrimiento más notable de este coleccionista americano, después del Codex Sinaítico por Tischendorff, hecho en 1930. A juzgar por la apreciación de Sir Frederik Kenyon, los papiros Ches-

ter Beatty han contribuído más que nada al conocimiento tanto de la producción del libro como de la historia del texto de la Biblia griega con respecto al período antes oscuro que precedió a los grandes manuscritos en pergamino del siglo cuarto.

En cuanto a los manuscritos unciales en pergamino tenemos el Codex Sinaítico, descubierto en el Monasterio de Santa Catalina, en el monte Sinaí, por el erudito alemán antes mencionado, Constantino Tischendorf, en 1844. Se le distingue con la primera letra hebrea, alef, y representa una copia en pergamino de toda la Biblia griega (aunque buena parte del Antiguo Testamento se ha perdido). Hasta 1933 se encontraba en la Biblioteca Imperial de San Petersburgo de donde pasó a las vitrinas del Museo Británico, comprado por aquel Gobierno. Fué escrito el documento en el siglo IV. En segundo lugar, existe el Codex Alejandrino, escrito en la primera parte del siglo quinto y que contiene toda la Biblia. Se conserva en el Museo Británico igualmente. También el Codex Vaticano, que le sigue, contiene toda la Biblia, y aparte de los papiros, es el ejemplar más antiguo y mejor de la Septuagin-

ta. El texto de las ediciones corrientes de esta versión se derivan principalmente de este manuscrito, conservado en el Vaticano. El Codex Ephraemi, palimpsesto escrito en el siglo V y ahora conservado en la Biblioteca Nacional de París.

Cuando la escritura primera de un pergamino es borrada por algún medio para volver a escribir encima, el documento recibe el nombre de palimpsesto (voz griega que da esa idea). Existen, además, otros manuscritos de la Septuaginta, de menor importancia, en otras bibliotecas, como las de Oxford, Milán, Viena, Leningrado, etc.

Los manuscritos cursivos de la Septuaginta son demasiado numerosos para que puedan describirse detalladamente, pues en la gran edición de Holmes y Parsons se presentan no menos de 280.

La segunda en importancia de las versiones inmediatas del texto hebreo es la Siriaca, y debemos observar que así como la Samaritana y la Griega fueron hechas antes del Cristianismo, las restantes lo fueron después de éste; efectivamente, fuera de las comunidades samaritanas y judías, no había deseo de conocer las Escrituras hebreas por parte de los otros pueblos hasta que la predicación del Evangelio demostraba que en ello había cumplimiento de las profecías en el

Antiguo Testamento contenidas. Así por el siglo I ó II aparece la Versión Peschitta (según pronunciación nestoriana, o "Peshitto", pronunciación jacobina; en ambos casos significa sencilla, común, vulgata o koiné) y sus autores fueron varios, conservando un texto bastante semejante al masorético. Se conocen un número considerable de copias, la mayoría de ellas forman parte de una espléndida colección de manuscritos siros que fueron obtenidos por el Museo Británico del Monasterio de Santa María Deipara (Egipto) en 1842. Entre ellos hay un manuscrito fechado en el año 464, que tiene el honor de ser el ejemplar más antiguo de la Biblia en cualquier idioma, exceptuando, por supuesto, los documentos del Mar Muerto. Dos padres sirios, Ephraem y Aphrates, hacen muchas citas de esta versión en sus escritos. La Peshitta no presenta los libros apócrifos, lo que muestra que fué hecha, naturalmente, del texto hebreo.

La importante versión Vulgata Latina, hecha por Jerónimo, por los años 383 y 420 de nuestra era, viene a continuación. Sabemos que la Iglesia cristiana hablaba más el griego que el latín y que incluso en Roma las cartas de Pablo eran leídas en griego, pero las clases humildes, especialmente del Africa Proconsular, Numidia, Hispania y las Galias necesitaban, tan pronto como penetró el Cristianismo, una traducción de la Sagrada Escritura a su lengua, que era el latín.

Parece ser que el nombre de Vulgata puede encerrar la idea de que la Palabra de Dios "va a llegar al pueblo"; pero, en cualquiera de los casos, habiendo tanto analfabetismo en aquellos días, el pueblo recibiría con dificultad de una manera directa la Palabra; no es menos cierto, sin embargo, que la Biblia se "presentó" al pueblo mediante esculturas, catedrales, pinturas, celosías, escenas dramáticas o autos sacramentales, etc. No fué en Europa, sino en el Norte de Africa, donde se produjo la primera traducción latina, aunque varios textos latinos aparecieron en otras regiones, dando lugar a las variedades romana o italiana, gálica e hispana; alguien dice que no se trata de una sola traducción con varias recensiones. En todo caso, la "Vetus latina" es notable no porque represente el texto hebreo, sino porque representa un texto griego pre-hexaplar, al menos del siglo segundo, del Antiguo Testamento y los textos originales del Nuevo. No existe un manuscrito entero del Antiguo Testamento,

pero varios padres latinos lo citan. Y Tertuliano, por el año 200, parece conocerlo bien.

Debido a la multiplicidad, diversidad y variedad de versiones de la "vetus latina", pareció bien al Papa español Dámaso (fallecido en el 384) encargar a un buen entendido y capaz erudito bíblico, Sofronio Eusebio Jerónimo, nacido en el 346, la revisión de la Biblia latina con referencia al griego. Jerónimo comenzó por el Nuevo Testamento y pronto se dió cuenta de que en una traducción conviene siempre acudir a las fuentes. Por ello, en el Antiguo Testamento, en casos de divergencia, tomaba siempre el texto hebreo. Esta gran obra le ocupó desde el 390 hasta el 404 y los libros fueron publicándose a medida que se terminaba la traducción.

Se dice que fué la Vulgata la primera versión que presentó el texto dividido en capítulos, en una de sus ediciones, en 1250, atribuyéndose dicho trabajo al cardenal Hughes de Sainte-Chair; otros opinan que lo hizo Langton, arzobispo de Cantuaria, en 1227. El texto hebreo fué igualmente dividido en capítulos por Mardoqueo Nathan, en 1445, y parece que fué otro judío, Athias, quien en 1661 hizo la división en versículos. La divisón en versículos del Nuevo Testamento es más moderna todavía. El eminente editor del texto griego, Robert Estienne, mencionado en el capítulo anterior, imitó a Nathan, y modificando la división del Nuevo Testamento, lo presentó con una división en versículos por vez primera en 1551.

La importancia de la Vulgata no puede equipararse a la Septuaginta porque de ella tradujo Jerónimo; sin embargo, el texto hebreo accesible a este traductor era el mismo masorético que ha llegado hasta nosotros. Por ello, la versión de Jerónimo es de poca ayuda cuando se quiere recuperar el texto hebreo tal como existía siglos antes del Cristianismo. Un erudito dice que Jerónimo llega en muchos casos a ser tan libre que se convierte la traducción en paráfrasis, y en otros llega a ser tan literal que es ininteligible; pero que, en general, su obra es de gran importancia y satisface a los Padres de la Iglesia Romana.

Como podemos entender, estas versiones inmediatas son las más importantes, ya que las secundarias parten de la Septuaginta y son una traducción de una traducción. Entre ellas se encuentran (además de la "vetus latina") la Siríaca, Filoxénica o Hexaplaria, la Etiópica, la Copta o

Menfítica, la Saídica o Tebaidica, la Basmúrica (estas tres del Egipto, por regiones), la Arábica, la Armenia, la Georgiana, la Gótica (hecha por el obispo Ulfilas en el 350, y de ella dice el historiador Gibbon: "Suprimió prudentemente los cuatro libros de los Reyes por no irritar el espíritu fiero de los bárbaros)", y otras. Todas ellas fueron hechas antes del siglo VII y, naturalmente, contienen los mismos libros de la versión de los Setenta.

Antes de entrar en el estudio de los manuscritos del Nuevo Testamento, digamos que de las versiones importantes mencionadas la Septuaginta y los Targums no contienen, naturalmente, el Nuevo Testamento, pero sí lo llevan la Vulgata y la Peshitta. Además, muchas traducciones de la Septuaginta llevan los libros apócrifos, que no fueron incluídos en el Canon. Sobre estos libros no canónicos se ofrece más información en el capítulo segundo del libro "Conozca la Biblia".

Durante la primera generación de cristianos apenas si había necesidad de escribir los Evangelios, porque la noticia se transmitía de palabra y era recibida, probablemente, de una forma definida, mas no pudiendo durar mucho tiempo esta tradición oral, la Palabra de Dios en su Nuevo

Pacto toma forma escrita y se une al Antiguo Testamento. Estos manuscritos han desaparecido también, como en el caso del texto hebreo, y tenemos que depender de copias de ellos, más o menos antiguas. Estas copias se encuentran hechas sobre papiro o sobre pergamino y el carácter de la escritura es uncial o cursivo, lo que ha ocasionado su clasificación en estos dos grandes grupos.

Cuando el erudito Alexander Souter escribió su buen libro sobre los manusritos griegos señaló que los más antiguos del Nuevo Testamento que se poseían era un fragmento de papiro hallado en el Alto Egipto, y conservado en Filadelfia (escrito probablemente por el siglo III), que contiene parte del capítulo primero de San Mateo; otro conteniendo parte del primer capítulo de San Juan (de igual fecha), conservado en Londres, y un tercero, también papiro, con algunos capítulos de la Epístola de los Hebreos, igualmente conservado en Londres (fechado por el principio del siglo IV); los dos últimos fueron hallados donde el primero. Sin embargo, hoy podemos decir que existe un fragmento más antiguo aún, el que se encuentra en la Biblioteca Rylands, en Manchester, y que presenta cinco versículos del capítulo

18 de San Juan. Se fecha en la primera mitad del siglo II.

El erudito Hammond escribió que el número total de manuscritos del Nuevo Testamento, unciales y cursivos incluídos, ascendía, según la lista del Dr. C. R. Gregory, a unos 3107, catalogando 107 unciales y 2.800 cursivos. Existen todavía unos 200 sin catalogar. De los cursivos mencionaba 1.273 de los Evangelios, 416 de los Hechos y las Epístolas católicas, 480 las epístolas paulinas, 183 el Apocalipsis, 936 lecciones de los Evangelios y 265 lecciones de los Hechos y Epístolas. Hoy otros eruditos afirman que el número de manuscritos, incluyendo ostraca (se llama así a los trozos de cerámica donde se escribía algo breve) y talismanes, asciende a 4.500. Según Kenyon hay ahora unos 53 documentos de papiro incluídos en las listas, la mayoría pequeños fragmentos, cuyo valor, si son anteriores al siglo IV, consiste en indicar qué tipo de texto corriente había en Egipto en los primeros años del Cristianismo.

Estos papiros se encuentran en el Museo Británico, en Michigan, en Italia, etc., y los más importantes son los Chester Beatty, además del mencionado de Rylands Library.

En cuanto a los pergaminos se cita primero al Codex Sinaítico del siglo IV porque es el único uncial, según Hammond, que contiene todo el Nuevo Testamento completo. Ya hemos dicho algo del descubrimiento que hiciera de él Constantino Tischendorff. Lo encontró en el 1844, en el Monasterio de Santa Catalina, del Monte Sinaí; la historia es muy interesante, pero no es necesario relatarla aquí, bastándonos con decir que llegó a poder del Zar de Rusia, Alejandro II, y que andando el tiempo, el Gobierno de los soviets lo vendió al Museo Británico por unos once millones de pesetas el año 1933. Un ingenioso griego, llamado Constantino Simonides, había falsificado manuscritos griegos que produjeron sensación, y, como entre los eruditos que descubrieron la superchería se encontraba Tischendorff, Simonides tomó venganza, propagando la especie de que entre los manuscritos que Tischendorff descubriera en el Sinaí había algunos falsificados por él mismo; pero esta ingeniosa idea no llegó a cristalizar porque pronto se vió que aquello no era posible, entre otras cosas porque él no tenía un original sobre el que copiar la Biblia griega.

El manuscrito contenía en principio todo el Antiguo y Nuevo Testamento; pero por las con-

diciones en que se desarrolló la adquisición del documento, ahora tenemos completo el Nuevo Testamento, pero no el Antiguo; por ello, además de ser uno de los más antiguos, el Codex Sinaíticus es uno de los textos más valiosos del Nuevo Testamento. El notable profesor Kirsopp Lake, refiriéndose a su crítica textual, dice que "el origen de este codex es uno de los más interesantes problemas de la crítica... su texto es mixto, pues siendo su base "neutral" se encuentra la influencia "occidental" y "alejandrina".

El Codex Vaticanus, uncial del siglo IV también, se encuentra en Roma. Es el más valioso de todos los manuscritos de la Biblia griega y no tiene una historia interesante en su descubrimiento como el anterior. Según Lake aparece en el catálogo vaticano en el 1475, y nadie sabe cómo vino. Por su parte, Kenyon afirma que por alguna razón ignorada las autoridades del Vaticano ponen continuos obstáculos a todos los que desean estudiar dicho texto. En 1843 Tischendorff, después de esperar varios meses, pudo verlo por seis horas. En 1845 el gran erudito Tregelles tuvo permiso para verlo, pero no para copiar ni una sola palabra. Se le registraron los bolsillos antes de que pudiera abrirlo y tuvo siempre a dos clérigos a su lado. Este Codex no está completo, pues ha sufrido muchas pérdidas y ha sido también corregido por escribas. Dice Lake que en los Evangelios y los Hechos el texto es "neutro" de lo más puro, aunque en las Epístolas paulinas se ve el elemento "occidental".

El Codex Alexandrinus, uncial del siglo V, ha sido uno de los tesoros principales del Museo Británico desde su fundación, donde puede contemplarse junto al Sinaítico en una vitrina. En el 1624 el patriarca de Constantinopla, Cyril Lukar, lo ofreció al embajador británico de Turquía, Sir Thomas Roe, para que lo ofreciera el rey Jaime I. Hay una nota en árabe que dice que el manuscrito fué obra de Tecla mártir, y el mismo patriarca añade que fué señora noble de Egipto, que lo escribió poco después del Concilio de Nicea (325 A. D.). Como el Sinaítico, contenía en su origen toda la Biblia griega; pero ahora, tras ciertas mutilaciones, el Antiguo Testamento, y mayormente el Nuevo, han sufrido pérdidas. El Codex Alexandrinus fué el primero de los grandes manuscritos que fué accesible a los eruditos.

El Codex Ephraemi, uncial del siglo V, se encuentra en la Biblioteca Nacional de París, y es

más conocido por "palimpsesto de Ephraen el siro". Parece que fué traído del Oriente a Italia por John Lascar, quien lo entregó a la familia de los Médici, y por mediación de la reina Catalina de Médicis llegó a la Biblioteca Real (ahora Nacional) de París. Su texto es también mixto. El manuscrito original contenía toda la Biblia griega, pero sólo quedan ahora sesenta y cuatro hojas del Antiguo Testamento y ciento cuarenta y cinco del Nuevo.

El Codex Bezae, manuscrito del siglo VI, se encuentra en Cambridge, y contiene los Evangelios y los Hechos. Dice Kenyon que es el manuscrito más curioso, aunque no el de más confianza. Su lugar de origen es dudoso, y presenta el caso notable de ser el primer ejemplar en dos idiomas, griego y latino. Lake afirma que "fué en Lyon, en el siglo XVI, cuando el reformador Teodoro Beza, por algún medio no conocido, lo obtuvo, y lo regaló a la Universidad de Cambridge". Lo publicó totalmente el difunto erudito Scrivener, y a juzgar por lo que dice Lake es el manuscrito de mayor importancia e interés no porque posea un texto sano, sino porque es la forma griega más antigua que poseemos de lo que se conoce por "texto occidental".

No hay otros manuscritos de igual importancia a los mencionados, pero citaremos todavía los siguientes: Codex Claromontanus, París; Codex Washingtonianus, Wáshington; Codex Cyprius y Codex Regius, París, etc.

Volviendo a los cursivos, o mejor dicho, minúsculos, encontramos que el número de ellos es mayor que su interés, y la lista aumenta continuamente. Se les designa por cifras en vez de por letras, como en los unciales. Kenyon menciona el grupo investigado por Lake, conocido por Familia 1; el grupo Ferrar y otros.

De las fuentes primarias de nuestro conocimiento del texto del Nuevo Testamento pasamos a las versiones, territorio más amplio que se apunta en el versículo de Hechos. No sólo griegos, sino partos y medas, elamitas, los de Mesopotamia, Judea y Capadocia, en el Ponto y en Asia, en Phrygia y en Panphilia, en Egipto y en las partes de Africa, romanos. cretenses, árabes, etcétera, todos tenían que recibir en su propio idioma las palabras de Dios.

Los manuscritos Vaticano y Sinaítico nos llegan, como hemos visto, a mediados del siglo IV, digamos por el 350, y los papiros un siglo más otrás todavía, quizá más; pero el Nuevo Testa-

mento fué traducido al sirio y al latín por el 150, y al egipcio por el 200, y las copias que se poseen hoy vienen en línea directa de aquellas traducciones originales. Por eso estas traducciones tienen importancia, porque nos llevan más cerca del texto riginal. Sin embargo, como dice Alexander, el hecho de que tampoco tengamos los originales de las traducciones y tengamos que depender de copias fuerza a hacer un estudio crítico reconstructivo, "pero el trabajo de examinar manuscritos supervivientes y de reconstruir su texto vale la pena, aunque sea para tener un conocimiento imperfecto del texto griego que el traductor tuviese delante, anterior al texto griego superviviente".

Hay tres versiones del Nuevo Testamento de primera importancia: latina, siríaca y egipcia. Lake afirma que de estas tres grandes versiones partieron otras en inmenso número, como la armenia, etíope, gótica, georgiana, árabe, persa, eslava, etc.

Al tratar del Antiguo Testamento hemos visto que hay dos versiones latinas, la vieja latina y la Vulgata, y sabemos que la Vulgata es la más importante para la recuperación del texto hebreo, porque fué traducida de él, mientras que la "vetus latina" lo fué de la Septuaginta, y también

porque la Vulgata está completa, mientras que la otra nos ha llegado sólo en fragmentos. Pues bien: en cuanto al Nuevo Testamento la relativa importancia de las dos es algo diferente, porque poseemos prácticamente completas ambas versiones, y mientras la Vieja Latina fué traducida directamente del original griego la Vulgata fué revisión de la Vieja Latina; por ello la Vulgata es de escasa importancia en comparación con su antecesora para conocer el texto original. Dice Lake que se poseen de la Vieja Latina veintisiete manuscritos de los Evangelios, siete de los Hechos, algunos fragmentos de las Epístolas católicas, unos seis de las paulinas y fragmentos del Apocalipsis. El estudio de ellos confirma que las variaciones eran inmensas, y se justifica la frase de Jerónimo: "Latinorum interpretum infinita varietas." Uno de los manuscritos mejores y más antiguos de esta versión es el Codex Vercellensis, escrito con letras de plata en pergamino extrafino. Fué escrito en el siglo IV, y se encuentra en Italia. Otros son: el Codex Veronensis, del IV o V siglos; el Codex Colbertinus, del siglo XII; el Codex Palatinus, del IV o V siglos, etc. De los manuscritos de la Vulgata el mejor es el Codex Amiatinus, en Florencia; fué escrito en Inglate-

rra por el 715, pero en general son numerosos, y no hay gran biblioteca en Europa que no tenga alguno. El doctor Gregory da una lista de unos 2.474, pero Kenyon llega a decir que sin examinar completamente existen unos 8.000 en Europa.

Como en el caso de la versión latina, así ocurre con la versión siríaca: hubo una recensión. Todos los eruditos lo admiten así, aunque no todos en la misma magnitud. El siríaco es la lengua hablada en Mesopotamia y Siria, dialecto del arameo. Se sabe ahora que pasada la mitad del siglo II la historia del Evangelio circuló por allá en forma de Armonía, conocida por "Diatessaron" (frase griega que significa armonía de cuatro), obra de Taciano, que murió en el 180. Fué discípulo de Justino Mártir y vivió en Roma muchos años. Sólo se posee ahora el Diatesaron en árabe, pero en 1920 las tropas británicas descubrieron unos fragmentos de pergamino en la parte alta del Éufrates, y al ser examinados en Yale se vió que contenían catorce líneas del Diatesaron en griego, siendo fechado por la primera parte del siglo III. Lleva el fragmento el nombre de la población donde fué hallado: Dura.

En 1842 llegó al Museo de Londres una gran masa de manuscritos siríacos procedentes del monasterio de Santa María Deipara, Egipto, y el doctor Cureton reconoció entre ellos un texto diferente del siglo V. Tras mucha controversia de eruditos se llegó a admitir que este manuscrito curetoniano siríaco representa una versión antigua siríaca, en la que se basa la Peshitta; este documento es el único que poseemos de esta versión.

La Peshitta es la gran revisión de la antigua Iglesia siria, corriente y en uso desde el siglo V en adelante. El manuscrito más antiguo que se posee de ella es del siglo V, pero existen varios de ellos de fecha posterior. Lake dice en su comparación crítica de versiones: "... Por tanto, todo cuanto puede decirse es que existía una versión siríaca, probablemente en la forma que nosotros la hemos llamado Antigua Siríaca, en el siglo II, y que la Peshitta tal como la tenemos fué basada en una revisión hecha probablemente por Rabbula en el siglo V". Hay otra versión siríaca, la Philoxenia; la hizo en el año 508 el obispo de Mabug, Philoxenus, pensando que la Peshitta no representaba bien el texto griego.

Se sabe mucho menos de las versiones egipcias que de las latinas o siríacas. Se encuentran en varias formas del lenguaje copto, escrito con ca-

racteres prestados del griego, como sabemos, y los dialectos son tres, según Athanasius de Kos, que publicó su gramática árabe-copta en el siglo XI: menfítico, tebaico y basmúrico. Se poseen fragmentos de estos dialectos de los siglos IV y V, pero sólo el menfítico está completo. No se ha trabajado mucho sobre estos textos ni se han hecho suficientes ediciones, aunque se han publicado bastantes estudios, como los de M. Amelineau, en 1886, en *Zeitschrift für Aegyptische Sprache*.

Pruebas de otro tipo con respecto al texto del Nuevo Testamento se encuentran en lo que se llama Citas Patrísticas o en alusiones hechas en escritos y otros libros; esto constituye la tercera fuente demostrativa del Nuevo Ttestamento, y según Alexander es la más interesante, porque siendo citado el Nuevo Testamento antes de finalizar el primer siglo estamos más cerca del original que con los fragmentos que se poseen y con las versiones, que son posteriores.

Tres obras de estos autores, conocidos por Padres Apostólicos, anteriores al año 100 (la Epístola de Bernabé, producida en Egipto; la Didaché, producida en Siria, y la Carta de Clemente a los Corintios, producida en Roma), contienen muchas citas de los Evangelios sinópticos, de los

Hechos, Romanos, 1.ª Corintios, Efesios, Tito, Hebreos, 1.ª Pedro y otros.

Nos cuenta R. A. Torrey una historia interesante con respecto a la recuperación del texto. En una cena de eruditos alguien hizo una buena pregunta: "Supongamos que el texto del Nuevo Testamento hubiera sido destruído y todas las copias perdidas. ¿Podría recuperarse basándonos en las citas de los Padres del segundo y tercer siglos?" Todo el mundo guardó silencio, y dos meses después Sir David Dalrymple, que asistió a aquella cena, presentó a los eruditos un grupo de libros de los Padres con estas palabras: "Poseo ahora todas las obras que existen de los Padres del segundo y tercer siglos; las he investigado todas, y he encontrado que en ellas se halla citado todo el Nuevo Testamento, menos once versículos."

No debemos olvidar que tanto Alexander como Hammond, Lake y otros eruditos, todos ellos nos advierten que muchas de las citas patrísticas son hechas de memoria y no son muy exactas; ejemplos son los casos del prolijo escritor Crisóstomo y Eusebio. Pero también nos dicen que resulta muy interesante leer a un escritor que se encuentra con distintas lecturas y explica cuál considera la mejor por una razón u otra.

Conviene dividir a los Padres por regiones, porque esto ayuda a localizar y a fechar los distintos textos y versiones. Los más importantes de estos eruditos son los que escribieron antes del siglo V.

Siglos I, II y III

Griegos:

Clemente (Roma).
Ignacio (Antioquía).
Policarpo (Esmirna).
Justino Mártir (Roma).
Teófilo (Antioquía).
Ireneo (Lyon).
Clemente, Orígenes y Denis (Alejandría).
Hipólito (Roma).

Latinos:

Tertuliano (Cartago).
Cipriano (ídem).

Siglos IV y V

Griegos:

Metodio (Olimpo y Tiro).
Eusebio (Cesárea).
Atanasio (Alejandría).

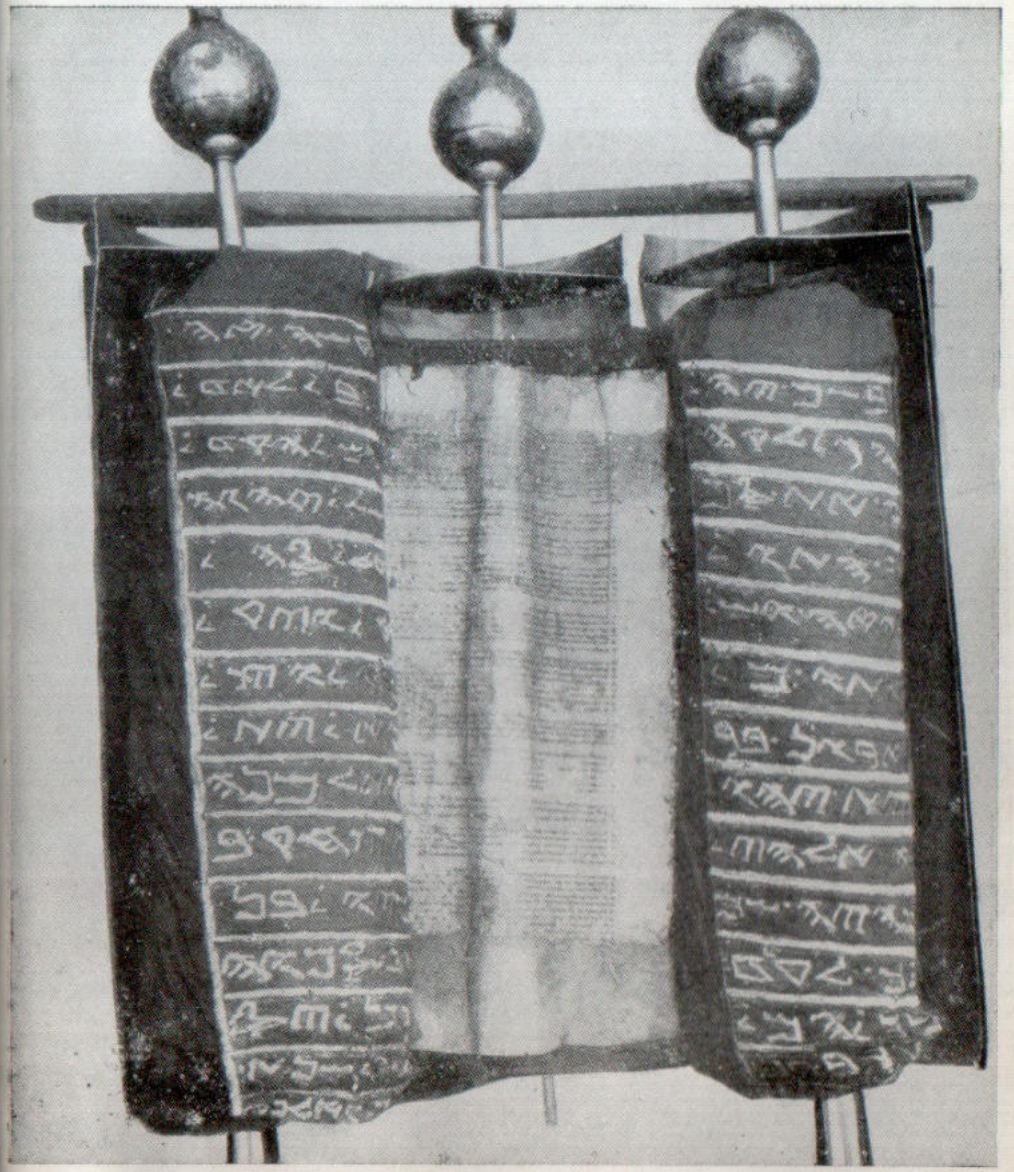
Basilio (Cesárea).
Efrén (Edesa, escribía siríaco).
Cirilo (Jerusalén).
Epifanio (Chipre).
Gregorio Nacianzeno (Constantinopla).
Gregorio de Nyssa.
Cirilo (Alejandría).
Crisóstomo (Constantinopla).
Teodoreto (Cyr).

Latinos:

Lactancia, Hilario (Poitiers).
Lucifer (Cagliari).
Ambrosio (Milán).
Hilario (Roma).
Jerónimo (Roma y Palestina).
Agustín (Hipona).
Rufino (Aquila y Jerusalén).
Fulgencio (Ruspina).
Sedulio.

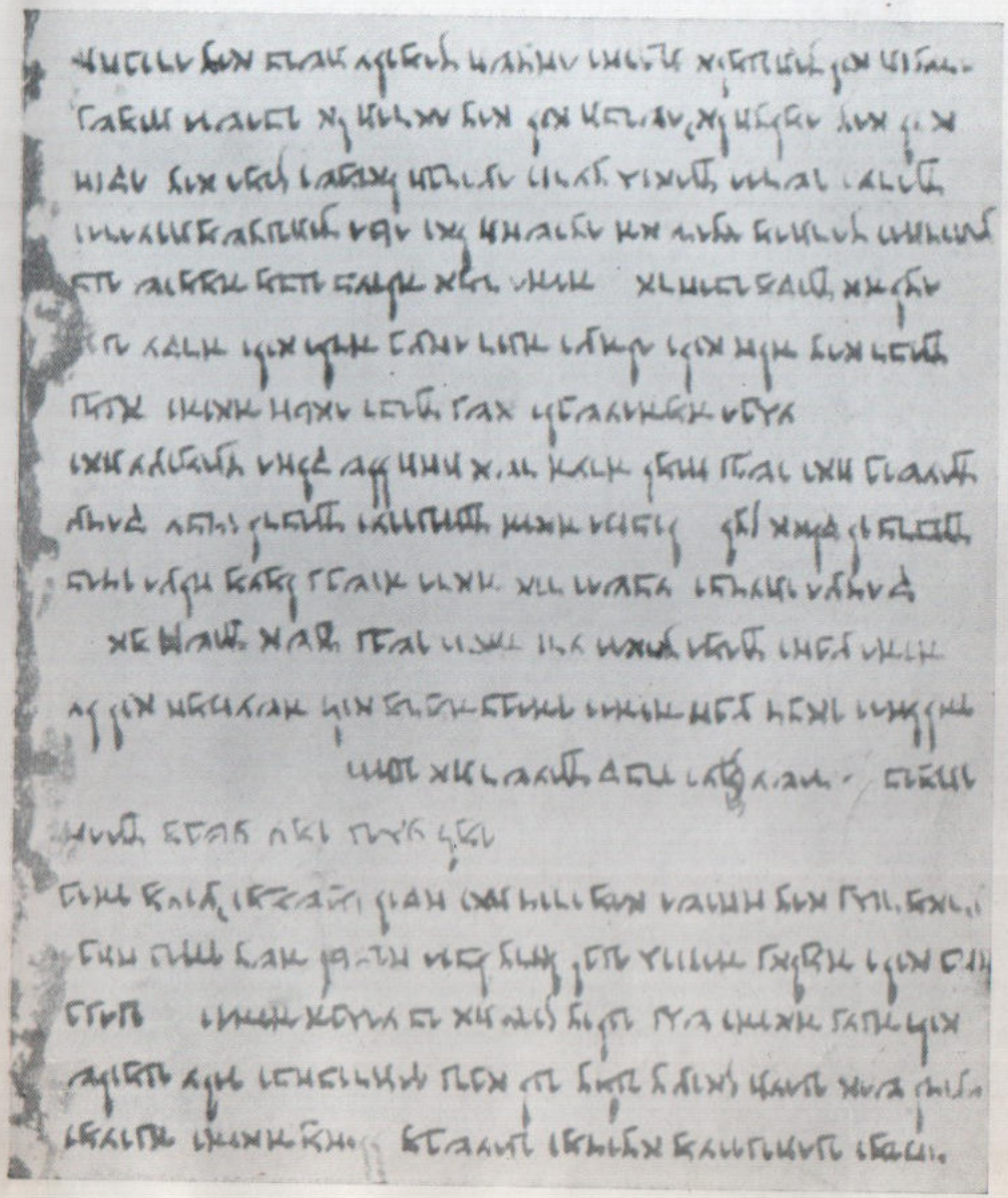
Finalicemos el capítulo diciendo que también los judíos, aunque sus referencias sean hostiles al cristianismo, constituyen una prueba de los escritos del Nuevo Testamento, con su "Talmud de Jerusalén", compuesto de la Mischna (código de

jurisprudencia religiosa) y de la Gemara (comentarios de la Mischna), que se completó en el año 300, y el "Talmud Babilónico", más amplio, que se puso por escrito el año 500; pero indudablemente en los libros del historiador judío Josefo tenemos mejores pruebas que en los Talmudes. En su *Historia de la guerra judía, Antigüedades de los judíos, Contra Apio,* etc., se encuentran abundantes referencias a los acontecimientos relatados en el Nuevo Testamento.



LAMINA VII.—Pentateuco Samaritano, de Nablus (Antiguo Sichen), de escritura anterior a la cuadrada

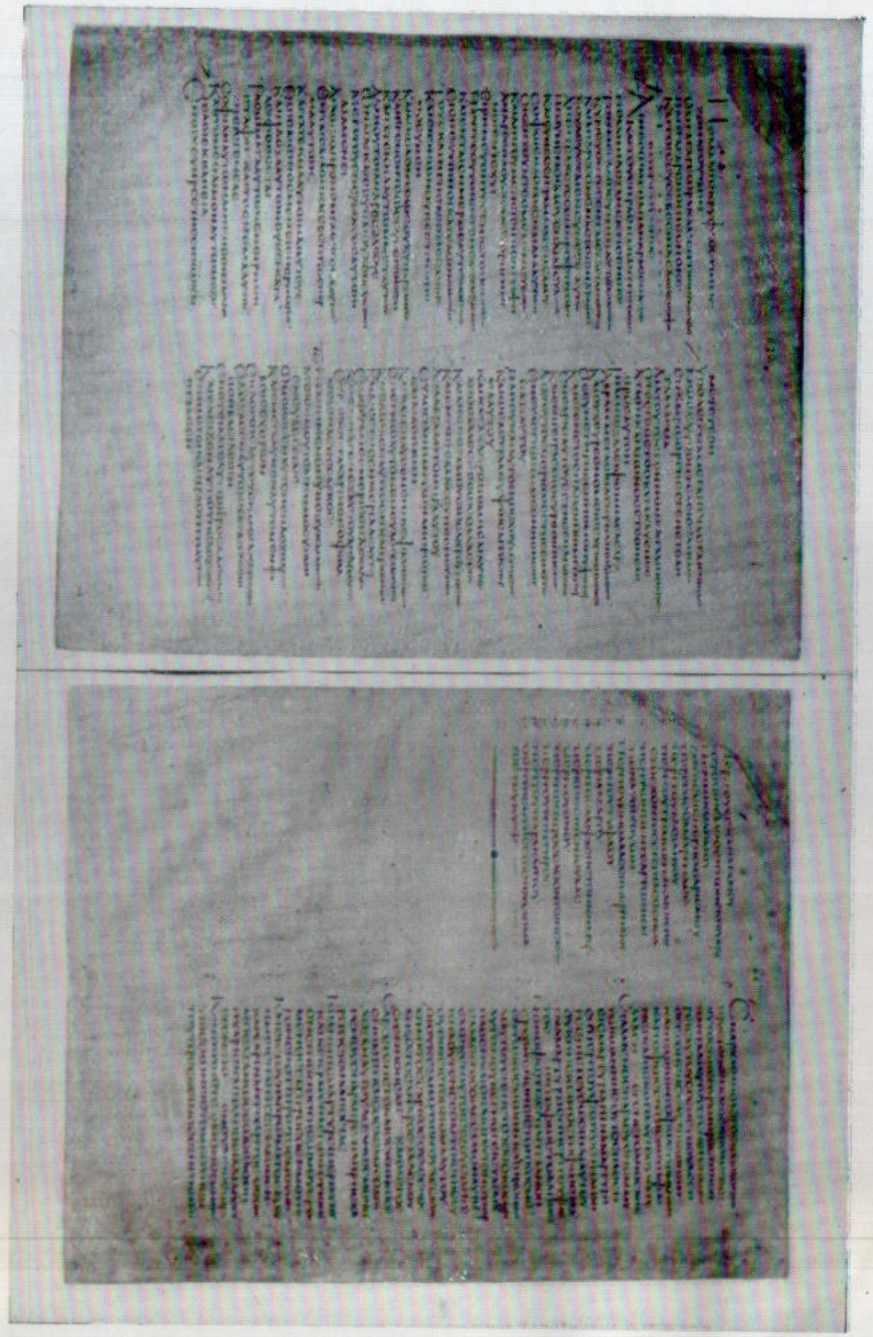
LAMINA VIII.—Jarra y Fragmentos del hallazgo del Mar Muerto



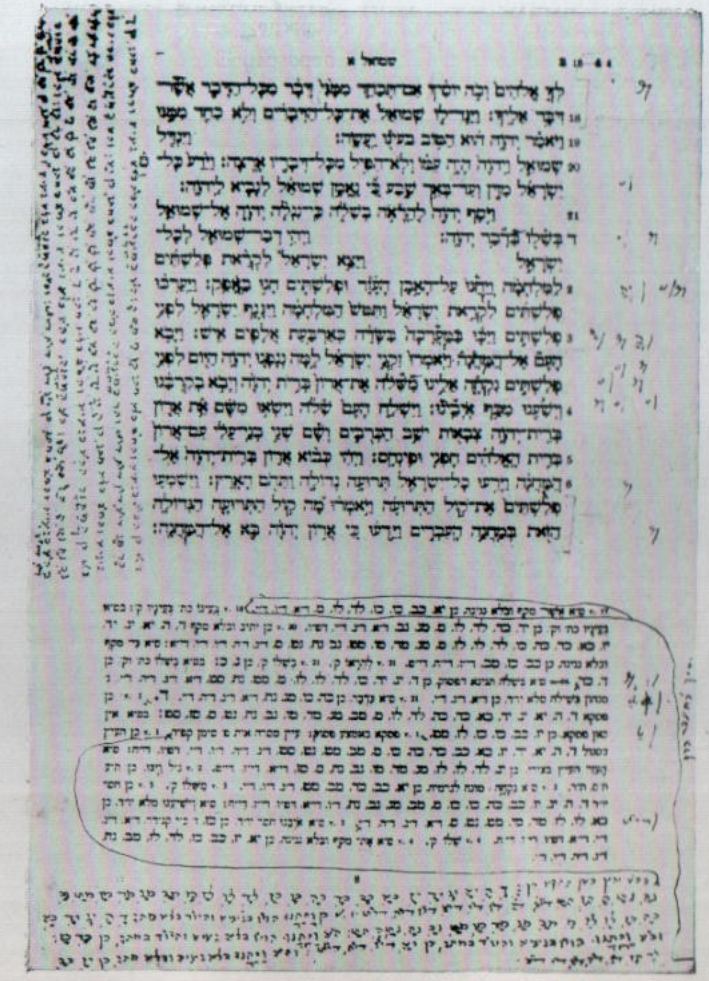
LAMINA IX.– Pasaje del 53 de Isaías, del hallazgo del Mar Muerto, con escritura anterior a la cuadrada

LAMINA XI.—Codex Sinaiticus

LAMINA X.—Rollo hebreo de escritura cuadrada



LAMINA XII.—Codex Alexandrinus



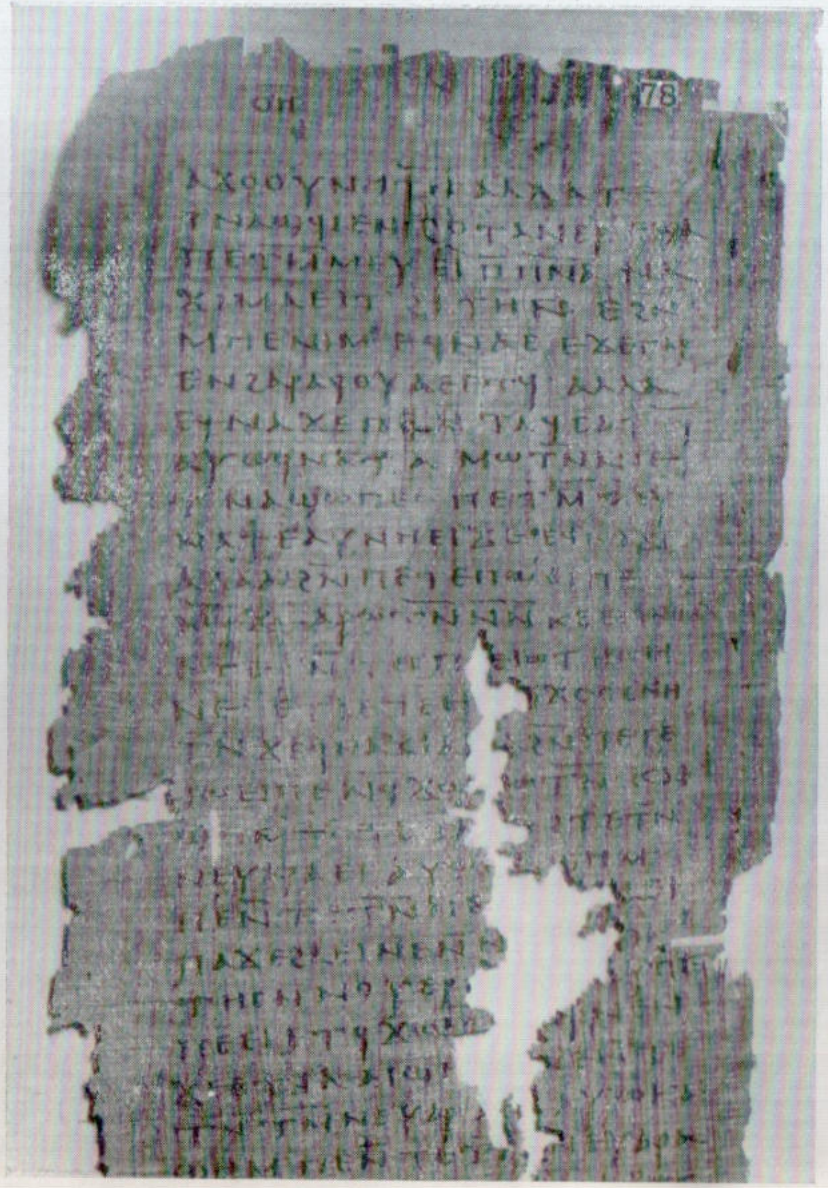
LAMINA XIII—Página hebrea de Samuel (Cap. 3 y 4) con sus comentarios marginales

LAMINA XIV.—Manuscrito rescripto, o palimpsesto

LAMINA XV.—La labor del Copista

LAMINA XVI.—Comienzo del evangelio de San Lucas («evangelios de Lindisfarne»), con paráfrasis anglo-sajona al texto latino

LAMINA XVII.—Página del primer libro impreso por Gutenberg: Biblia latina



LAMINA XVIII.—Fragmento copto del evangelio de San Juan

LAMINA XIX. Erasmo de Rotterdam

LAMINA XX.—William Tindale

LAMINA XXI.—Portada de la Biblia Inglesa, de Coverdale, primera que fué impresa.

LA BIBLIA,
QVE ES, LOS SA-
CROS LIBROS DEL
VIEIO Y NVEVO TE-
STAMENTO.

Traſladada en Eſpañol.

דבר אלהינו יקום לעולם

La Palabra del Dios nueſtro permanece para ſiempre. Iſa. 40.

M. D. LXIX.

LAMINA XXII.—Portada de la célebre Biblia del Oso

Capítulo VII

LA CRITICA TEXTUAL

En el pasado, San Agustín decía (*De Doctrina Cristiana*): "Los que desean conocer a fondo las Escrituras lo primero en que deben emplear su talento es en corregir los códices." Hoy Cullman dice: "Será mérito permanente de Karl Barth el haber impulsado implícitamente el problema de la exégesis en su Comentario a la Epístola a los Romanos... Este Comentario ha orientado toda la exégesis por un nuevo camino al recordarle su objeto." Por su parte, el evangelista famoso Billy Graham dijo en su discurso del 17 de febrero en 1954 en el Union Theological Seminary de Nueva York, refiriéndose al título de "La Esperanza de la Iglesia", preparado por el Concilio Mundial de Iglesias para Evanston: "Hay una diferencia de opinión entre nuestros teólogos europeos y americanos en cuanto a lo que eso significa, cómo definirlo, cómo reconciliar nuestras diferencias. ¿Hemos de volver a la predicación de hace veinte años,

cuando se acostumbraba a contar los pelos de la cola del caballo del Apocalipsis y cuando se sabía lo que significaba cada dedo de la estatua de Daniel?..." Y por último, el jurista de Roma Sebastián Bartrina escribe: "Las normas que ofrece la crítica textual, acomodadas a los estudios bíblicos, son instrumentos magníficos de interpretación... Los que se esfuerzan por aclarar con este método algún punto oscuro en sus estudios exegéticos."

Vemos, por ende, que antes y ahora, tanto católicos (parcamente) como protestantes (en profusión), todos los estudiantes profundos de las Escrituras tienen que salir a un campo amplio y exuberante, fuera del recinto de los conocimientos elementales para repetir constantemente dos palabras: crítica y exégesis. En efecto: un método de estudio elemental de la Biblia consiste en leer, anotar, investigar, comparar, meditar (como dijimos en *Conozca la Biblia*); pero un método de estudio superior requiere como primer paso la crítica textual, luego la crítica literaria, la exégesis bíblica y la teología bíblica.

La crítica textual consiste en la recuperación del texto verdadero, en obtener las palabras de los escritores sagrados, y para ello se requiere

el necesario aparato crítico. La crítica literaria es el estudio que de la Biblia se hace como literatura, consideración de su composición, autor, fecha, estilo, contenido, y puede seguirle cualquiera que sepa apreciar las pruebas con cierta base cultural; lo mismo puede decirse de la crítica histórica. La exégesis bíblica es la verdadera interpretación del contenido de la Biblia, exacto significado de los pasajes, secciones, versículos. Requiere conocimiento del lenguaje, gramática, maneras y costumbres, formas literarias y retóricas, etc. La teología bíblica es la consideración de la religión revelada en la Biblia, sus doctrinas morales y deberes, y podemos decir que es el punto más alto de la erudición cristiana. Por ello son realmente pocos los que pueden considerarse como teólogos.

Será un error el suponer que un sencillo creyente que no disponga de conocimientos como los apuntados anteriormente es incapaz de captar para su propio beneficio espiritual el pensamiento de un autor bíblico (cosa que reconocen grandes figuras como el mismo Cullman), porque "teológicamente—dice él—, el Espíritu Santo, que obró en el profeta del Antiguo Testamento y en el apóstol del Nuevo, puede obrar de la misma ma-

nera en el lector creyente para revelarle la sabiduría de Dios por el espíritu (1.ª Cor., 1, 18 y siguientes)." Sin embargo, no es menos cierto que el que es llamado a dispensar la palabra, y especialmente los que tienen que interpretar las escrituras necesitan una preparación particular, siguiendo el camino más laborioso apuntado antes, en el que unos avanzan más que otros. Algunos pensaron que era irreverente acercarse así a la Biblia, pero ¡cuántos errores no se han despejado!

Quienes profundizan en el estudio de la Biblia tienen que resistir tentaciones de espiritualizar pasajes que no lo permiten o el de armonizar textos cuyas afirmaciones no concuerdan, etc., por bello que pueda parecerle su pensamiento. No pueden excluir ninguna ciencia auxiliar de la historia, filología, arqueología, papirología, historia del texto, crítica literaria de las fuentes, historia profana, historia general de las religiones, psicología, etc., puesto que todas tienen su valor para el que "ministra la palabra". Cuidado hay que tener con el método alegórico, "por cuya interpretación—dice un erudito—estamos en peligro de abandonar las Escrituras para jugar caprichosamente con ellas", cosa harto frecuente,

especialmente en las interpretaciones del Tabernáculo y temas parecidos. Si queremos andar seguros hemos de ver sencillamente lo que la Biblia quiere decir, no lo que "nosotros podemos decir".

Pongamos un ejemplo. El erudito ha tropezado con una frase incorrecta en el texto original hebreo del profeta Ezequiel, una frase que no hace sentido exactamente. Llama en su auxilio a la crítica textual y descubre que la frase está deformada por la obra de un copista. Comparando un par de traducciones logra restablecer el tenor original de la frase. Más abajo tropieza con una palabra que no entiende. Como en la Biblia no figura en ninguna otra parte tiene que recurrir a las lenguas emparentadas. Busca la raíz equivalente en árabe, siríaco, en acádico; las palabras que pertenecen a la raíz buscada no ofrecen un sentido posible y razonable en el texto hebreo; al final encuentra la raíz en un mito ugarítico, y encuentra que da un sentido muy oportuno en el fragmento estudiado. En otro versículo más abajo encuentra una alusión histórica no muy clara: parece contradecir un documento egipcio. Analiza la historia de la época, consulta los documentos asirios correspondientes y en-

cuentra la solución en un prisma descubierto hace un par de años y presentado en un artículo de una revista especializada. Hay después otra alusión a ideas religiosas y le interesa saber si es cosa original del profeta o si han influído otros autores y culturas. Entre las monografías sobre la cultura neosumérica encuentra un estudio sobre el tema; resulta que la fórmula bíblica es igual a la fórmula sumérica, pero adaptada a otro contenido diverso... Y así sucesivamente.

Por ello una buena exégesis no puede ser enteramente teológica. En la *Revue d'Histoire et de Philosophie Religieuses,* 1928, Oscar Cullman abrió brecha, por decirlo así, en esta discusión, y luego siguieron otros: Bultman, Brunner y Koehler (en controversia), etc., pues pronto se habían planteado problemas a causa de "la méthode exegétique de l'école de Karl Barth". Contra la tendencia de reconocer como científica solamente a la exégesis exclusivamente filológica e histórica, Barth se había levantado para decir que la exégesis científica no debía detenerse allí, entendiendo que lo científico se completaba con una exégesis teológica (término que el mismo Cullman considera poco afortunado); pero es el mismo Cullman quien dice que Barth, en su *Römerbrief,*

ha descuidado precisamente el aspecto interesante de la exégesis histórica, pues "la interpretación filológica e histórica tiene la alta misión de facilitar al exegeta esa fidelidad y de impedirle franquear los límites de la tarea precisa y restringida que la Iglesia espera de él".

Esta noble tarea la menosprecia Barth en el prefacio al tomo III-2 de su *Kirliche Dogmatik,* en donde dice implícitamente que los exegetas no tienen conciencia. Tal vez la respuesta la dé el mismo Cullman en un párrafo de su *Exégesis filológica de la Biblia:* "Pretextan la necesidad de una exégesis teológica para permitirse pasar lo más rápidamente posible de las disciplinas filológicas más austeras y que exigen más dedicación a las disciplinas sistemáticas", terminando con la afirmación de que existe "el fundamento teológico de la necesidad de una exégesis filológica e histórica", toda vez que la esencia misma de la afirmación central de la Biblia concierne a la historia.

En efecto: lo más importante para el estudiante de la Biblia es el penetrar más profundamente en el significado de la palabra que Dios nos ha dejado escrita, y como a él le ha placido darnos su revelación en forma de historia es preciso que

nos acerquemos a la Biblia por un sendero histórico. Pero ninguna historia puede ser científica, a menos que sea examinada críticamente, y así, el examen crítico de los documentos constituye para el intérprete de la Sagrada Escritura una tarea que no debe pasar por alto por muy elevado que sea su pensamiento.

La crítica bíblica no es un método que se haya descubierto hace poco relativamente, sino que arranca de la Iglesia primitiva y tiene un período de efervescencia en el siglo de la Reforma, llegando a constituirse en método científico en el siglo XIX. La crítica que se aplica a la Biblia, como a otro libro histórico, no puede desacreditarla, ni tampoco puede hacernos perder la fe en ella ni en su mensaje, aunque encontremos que ciertas concepciones que apreciábamos tendremos que modificarlas. Quizá no ande tan lejos de la verdad Peake al afirmar que en vez de censurar a la crítica porque haya hecho perder fe a alguien hay que censurar a quienes han tenido una falsa concepción de lo que es la Escritura y han presentado dicha concepción como parte integrante del cristianismo. Un simple ejemplo lo constituye la cronología. Mucho de lo que se ha sostenido como cierto durante

años y años ahora ha caído de plano. ¿A qué empeñarnos en atribuir a David salmos que no escribió nunca o en atribuir a Moisés el libro de Job (por no decir que es anónimo) o cosas por el estilo cuando en esencia lo que nos interesa es el mensaje de la palabra de Dios para nuestro corazón?

Si pensamos en la historia secular y vemos que los críticos alejandrinos negaban que la *Ilíada* y la *Odisea* fuesen obra del mismo autor, y si nos volvemos a la Iglesia primitiva y encontramos una admirable discusión, verdadera crítica, sobre las diferencias entre el Apocalipsis y el cuarto Evangelio, hecha por Dionisio, obispo de Alejandría (247-265 A. D.), no nos extrañaremos de que Lutero y los otros reformadores expresasen sus dudas sobre ciertos libros de la Biblia (autor de la Epístola a los Hebreos, etc.) y la autenticidad de ciertos pasajes. Y si, más tarde, Hobbes, Spinoza, Simon y otros señalaron su disconformidad con la idea de que Moisés era el autor del Pentateuco, etc., encontraremos que la crítica bíblica es necesaria.

Dice el escritor francés L. A. Mathy en *D'où vient la Bible?* que "no hay obra de arte que no tenga sus críticos ni obra maestra que no tenga

sus detractores. La Biblia no hace excepción a la regla..."

La crítica del Antiguo Testamento comenzó con Astruc, que tuvo algunos predecesores, y la crítica del Nuevo con los trabajos de Baur y de la escuela de Tübingen.

No parece que la crítica bíblica destruya la inspiración del libro en una mente firme, aunque sí es posible que destruya ciertas teorías o conceptos que no pueden sostenerse más. El estudio reverente de la Biblia nos lleva a examinar cuidadosamente todas las implicaciones científicas de la misma, y para ello nos vemos forzados a traspasar la mera traducción que de la misma tenemos, para lo cual no podemos reclamar ni infalibilidad ni inspiración verbal. Por ejemplo, eruditos como John C. Banks, Karl Sabiers, Albert Nobell (de la Nobell Research Foundation) han demostrado el carácter matemático del texto de la Biblia; pero sólo en las lenguas escogidas por Dios: hebreo y griego, cuyas letras tienen valores numerales. Se han escrito hasta libros enteros sobre la maravillosa composición numérica de la Biblia para demostrar su indiscutible inspiración. Ahora bien: esto no puede presentarse nunca en una traducción, que puede adolecer de errores. Por ejemplo, la versión revisada dice: "Toda escritura inspirada de Dios *es* también útil para...", cuando, según los defensores de esta teoría, numéricamente debe traducirse: "Toda Escritura *es* inspirada de Dios..." (el valor numérico de la primera traducción es 1741, no múltiple de 11, y el de la segunda 352, que sí es múltiplo de 11).

La crítica bíblica abarca tres líneas principales: la crítica textual o baja, la crítica literaria o alta y la crítica histórica, pues si se descubrió que el texto no fué transmitido siempre correctamente y que ciertos conceptos respecto de la paternidad literaria de los libros tenían que cambiarse, la historia misma resultó también dudosa. Particularmente tenemos el caso de la historia primitiva, de la creación, etc., según vimos en el capítulo III.

Tiene, pues, gran importancia la crítica bíblica, especialmente la baja, porque podemos llegar lo más cerca posible del verdadero texto de las Escrituras. Por el estudio lingüístico y el estudio de las circunstancias históricas podremos apreciar mejor y más concretamente el original de la Biblia. Autores tan ortodoxos como G. W. Bromiley, en su trabajo *Biblical Criticism* (publicado bajo

los auspicios de Intervarsity Theological Papers), concuerda en que "en los Evangelios no hay que creer, naturalmente, que las palabras que se dice fueron dichas lo fueran exactamente como allí aparecen, aunque aceptemos que sean las que mejor expresan el sentido y fuerza del original. Si Jesús habló en arameo, entonces por fuerza las traducciones variarán en particulares sin importancia e incluso en énfasis. Mucha energía mental y nerviosa puede ahorrarse no defendiendo posturas que son indefendibles..."

La crítica bíblica presenta un problema que ningún estudiante serio de las Escrituras puede soslayar; pero es bueno recordar que por el mal entendimiento de algunos los resultados de enfrentarse con esta crítica pueden ser graves tanto en la vida personal como en la vida de ministerio, y por ello hemos de acercarnos a este campo con una debida comprensión. No puede sustituir un predicador meramente emocional, que pretenda ser espiritual, a un predicador basado en una comprensión intelectual del Evangelio.

El estudiante no debe ignorar que muchos escritores críticos mantienen una posición teológica contraria a la históricamente recibida; pero por lo mismo debe tener conocimiento de cuáles

son esas posiciones. Afirma A. S. Peake que si las Iglesias desde el principio hubiesen tomado su parte en la tarea de la crítica y no la hubieran dejado a la "izquierda", nunca se habría dicho que la crítica estaba en manos de racionalistas y otros.

Nos da una idea clara de la opinión sobre estos asuntos lo que Green escribe en su *Introducción histórica y crítica al Antiguo Testamento:* "... La alta crítica o "sublime" hasta ahora ha estado en manos de los escritores incrédulos, quienes tienden más bien a destruir la Biblia que a estudiarla. La Alemania ha sido el centro del vano ateísmo que se jacta de la alta crítica, en oposición a la baja crítica... Esta trabaja despacio y con paciencia para establecer el verdadero texto por un examen cuidadoso de los manuscritos, averiguándolo todo, palabra por palabra, para lograr un texto puro tal como salió de las manos del autor. La alta crítica, al contrario, vuela por los aires elevados, ocupándose de la autenticidad de pasajes enteros, sin tener en cuenta las palabras... Sus argumentos se basan no en hechos históricos, sino en fuentes ilusorias de conocimiento..."

El origen del nombre "alta crítica" hay que encontrarlo en Eichhorn, quien lo propone en su

Introducción al Antiguo Testamento (*Einleitung in d. A. T.*), en 1787; por eso se le llama a él padre de la alta crítica. Fué Eichhorn profesor en Jena y luego en Gotingen, pero había recibido de Astruc la hipótesis jehovista-elohista. Jean Astruc fué un médico francés católicorromano, que publicó un libro anónimo que marcó época en 1753. Partió de la observación de que algunas narraciones del Génesis daban el nombre divino con la voz Yahvé y otras con Elohim. La palabra Yahvé aparece en las Biblias españolas como Jehová.

Eichhorn procedió a separar los documentos, aunque con Astruc defendía que Moisés había escrito el Pentateuco; mas los que le siguieron llevaron el análisis más adelante, pues si Astruc aplicó su hipótesis al Génesis pronto todo el Pentateuco fué campo de investigación en las escuelas teológicas de Alemania.

Se dice que Eichhorn confesó que había copiado el nombre de alta crítica de los críticos y humanistas Hobbes, inglés, y Spinoza, judío holandés (los dos decididamente contrarios a la Biblia); pero Cheyne, en su obra sobre los fundadores de este movimiento, afirma que la esperanza de Eichhorn era volver a ganar a las clases educadas de Alemania que se habían apartado de la religión, y como entonces en Alemania había una cruzada antisobrenatural y los racionalistas decían que los milagros no podían admitirse, Eichhorn eliminó de la Biblia lo milagroso; sin embargo, afirmó que "el atribuir parte de los escritos de Moisés a Esdras es burlarse de la inteligencia humana". El racionalista Ewald se permitió decir de Eichhorn: "No podemos dejar de reconocer que desde el punto de vista religioso la Biblia era un libro cerrado para él." Este mismo Ewald estaba preparado a admitir que Moisés conocía el arte de escribir, pero afirma que "los relatos del tiempo patriarcal no contienen indicios seguros de que se usara la escritura por aquella temprana edad".

Otro católicorromano, esta vez sacerdote, A. Geddes, que escribió libros a principios del siglo XVIII, descartó la clave del análisis que habían suministrado a los estudiantes Astruc y Eichhorn; sin embargo, aceptó la teoría de que el Pentateuco había sido compuesto con escritos anteriores y con tradición oral; entre los escritos anteriores colocó los diarios de Moisés. Admitió mucho elemento mosaico en el Pentateuco, pero negó que todo fuese obra de él. Este Geddes anti-

cipó la teoría del Hexateuco, esto es, que los documentos que pueden seguirse en el Pentateuco continúan hasta el libro de Josué.

Hasta aquí parecen dibujarse dos corrientes críticas: la que reconoce el uso de los nombres divinos como clave para el análisis del Génesis y la que rechaza esta clave, pero admite un análisis documental, negando la paternidad literaria de Moisés. Otros autores, como B. D. Ilgen (en su obra sobre la composición del Génesis, en 1798), siguieron inclinándose a un sitio u otro o tomando ambas corrientes hasta llegar al profesor Paulus, que quiso tender un puente hacia los no creyentes en milagros y cosas parecidas. Para ello ideó una fórmula simple. Era cierto que los Evangelios mencionaban que Jesús hacía milagros, pero es que los escritores, aunque sinceros y honrados, eran hombres un poco desequilibrados y sufrían alucinaciones, imaginando que oyeron voces del cielo y cosas así.

Pero fué De Wette, fallecido en Basilea el 1849, estudiante de Jena, discípulo de Paulus, quien dió un empuje a estos asuntos con sus *Contribuciones a la introducción del Antiguo Testamento* (1806). Según le describe Wellhausen en su *Prolegomena,* "fué el pionero que marcó época

en el campo de la crítica histórica". Identificó al Libro de la Ley, en que se basara la reforma de Josías, con el Deuteronomio; pero naturalmente sus conclusiones en este y otros aspectos fueron revisadas con posterioridad.

Sin embargo, parece que la obra del crítico alemán Wellhausen (*Prolegomena*), en donde expone su "teoría documentaria" acerca del Hexateuco, es la que ganó mayor aprobación entre los "altos críticos". Wellhausen hace un poco de historia de esta crítica en las siguientes palabras: "La conjetura abierta de Spinoza de que en su forma actual no sólo el Pentateuco, sino también los libros históricos del Antiguo Testamento fueron compuestos por Esdras... Jean Astruc tuvo el mérito de abrir el verdadero camino de esta investigación. El reconoció en el Génesis dos fuentes principales..., diferencias 'que regularmente corresponden a la variación en los nombres de Dios fué introducida en Alemania por Eichhorn...; pero al mismo tiempo se registraba una reacción que trataba de dirigir la crítica hacia resultados positivos más bien que hacia negativos. Los principales representantes de esta crítica positiva, que adquirió decidida postura

contra la crítica negativa de De Wette, fueron Bleek, Ewald y Movers..."

En 1866 Graf presentó su clave. Hay tres etapas en el desarrollo de la religión israelita. JE corresponde a una etapa que llega hasta el tiempo de Josías, cuando Dios podía ser adorado en cualquier altar; cualquier laico podía ofrecer sacrificios y las imágenes de Dios eran toleradas. D corresponde a un período cuando la adoración se encuentra centralizada en Jerusalem y sólo sacerdotes y levitas pueden ministrar en el altar. Tras el Exilio, un complicado ritual fué presentado por P, y sólo los sacerdotes podían administrar.

La obra de Wellhausen se publicó en 1878 y pronto tuvo repercusiones en otros países. En Inglaterra fué el Dr. Driver quien interpretó su pensamiento en 1891. En su "Literature of the Old Testament" dice: "El proceso mediante el cual, probablemente, los libros de Antiguo Testamento consiguieron su forma actual puede representarse aproximadamente como sigue: Primero, las dos narraciones independientes, pero paralelas, de la época patriarcal, "J" y "E", se combinaron en un todo por un compilador cuyo método de trabajo, a veces incorporando intac-

tas largas secciones, otras fundiendo relatos paralelos en uno solo, se ha ilustrado suficientemente. El total, pues, formaba "JE", y luego se combinó con la narración "P", por otro compilador, el cual, adoptando "P" como el armazón, acomodaba "JE" al mismo tiempo, omitiendo en cada uno de ellos lo que fuera necesario para evitar una repetición innecesaria..."

Desde el tiempo de Wellhausen nada original se ha presentado en el campo de la Alta Crítica, sino conjeturas acerca de dónde vivirían los escritores de "J", "E" y "P". El Hastings Bible Dictionary dice que la mayoría de los críticos opinan que "J" era un habitante del Reino del Sur, que "E" representa una tradición efraimita y que la combinación de "JE" sería resultado de un proceso gradual, etc.

El Jehovista era aquel escritor imaginario que sólo conocía y empleaba el nombre de Dios como "Yavé" (JHWH), y el Elohista el que empleaba sólo el nombre de Elohim; la letra "P" representa un documento de tiempo de Esdras, Código sacerdotal, pero, además, existen otros documentos en estos estudios; por ejemplo, el D, o Código deuteronómico, el H, Código de Santidad, etc. y, todavía más, estas letras pueden subdividirse, y

así tenemos, Pi, P_2, P_3, etc. George Buchanan Gray, en su "Critical Introduction to the Old Testament", dice: "Hemos argumentado ya que el Pentateuco no es obra de Moisés que puede analizarse en tres elementos, reconocidos por 'los símbolos JE, D, P, y hemos visto que J y E son obra del período de la primera Monarquía, que D, fué publicado primeramente en 621 y que P fué compuesto por el año 500. También hemos dicho que, además de todo esto, encontramos en el Pentateuco un número de poemas atribuídos a diferentes personas que vivieron en períodos muy separados entre sí"; pero contra todo ello, P. J. Wiseman dice: "Se ve fácilmente que todas estas conjeturas no habrían visto jamás la luz, si los eruditos de aquel tiempo hubiesen estado en posesión del conocimiento arqueológico moderno."

Es evidente que si no tomamos la crítica como "animosidad" u "hostilidad", sino como "juicio", debemos dejar en este juicio hablar también a la Biblia misma, con paciencia e imparcialidad, y ella indudablemente habla por los descubrimientos modernos.

Así los eruditos de la "derecha" consideran todas esas teorías como equivocaciones fundamentales debidas a la ignorancia, y resumen las cosas como sigue:

1.º Las teorías surgieron en un tiempo de ignorancia respecto de las civilizaciones anteriores. Las excavaciones del valle del Eufrates no comenzaron hasta mediados del siglo pasado; Layard y Bota comenzaron a descubrir ciudades como Nínive y otras y a finales del siglo pasado ya nos encontramos tocando las pruebas del diluvio.

2.º Los críticos intentaron un análisis literario cuando no sabían nada de los métodos primitivos de escritura. Cualquier apreciación competente de la edad, composición, autor, etc. de un libro debe requerir un amplio conocimiento del método literario de la época que cubre dicho libro. En 1871 se decía en el "Speakers Commentary": la primera pregunta que se nos ocurre es si el arte de escribir era conocido de los egipcios y de los judíos".

3.º Sus especulaciones iban saturadas de la "teoría del mito y de la leyenda", que ahora se ha abandonado casi totalmente. En 1795 Wolf en su "Prolegomena" se esforzó en mostrar igualmente que las personas mencionadas por Homero eran mitológicas. En 1874 Schlieman descubre la Tum-

ba de Agamemnon, el rey de Micenas, y poco después comienzan a aparecer tumbas y momias que convierten en realidad todo lo que se suponía mito. La Arqueología nos ha desenterrado el fondo de la edad patriarcal, ofreciéndonos una clara penetración en cuanto a la difusión de la civilización y de la escritura en aquellos tiempos. La Biblia, pues, ha sido confirmada.

Todo esto hace que la mayoría de arqueólogos se opongan a la citada "hipótesis documentaria". Por otra parte, es axiomática en literatura, tratando de la moderna escritura en colaboración, la imposibilidad de decidir con certeza qué autor escribió esto y qué autor escribió aquello. En España tenemos, por ejemplo, a los hermanos Alvarez Quintero, que tantísimas obras han escrito. Nunca habrá podido separar el público español lo que es de un hermano y lo que es de otro. Los literatos podrán aducir otros ejemplos, pero, si esto ocurre en lenguas que dominamos, ¿no resultará más difícil la separación de conceptos en lengua hebrea, en tiempos tan remotos, por hombres de hoy?

Por otra parte, si el Pentateuco hubiese sido escrito tan recientemente como algunos pretenden, veríamos en él un colorido babilónico y

persa posterior, sin rastro alguno del egipcio; pero ocurre todo lo contrario: el colorido es fuertemente egipcio, con cierta reflexión sumérica y babilónica primitiva, según pueden demostrar por el método lingüístico, por ejemplo, profesores tales cuales A. S. Yahuda, en su documentado libro "The language of the Pentateuch in its relation to Egyptian"(este famoso profesor estuvo en Madrid enseñando hebreo medieval), R. Dick Wilson, en "Is the Higher Criticism scholary", que afirma se han encontrado palabras persas en Crónicas, Esdras, Nehemias, Esther y Daniel; pero ninguna en el Código Sacerdotal, que se dice procede de la escuela asociada con Esdras, Millar Burrows, en "What mean these stones?", que declara: "Los eruditos han supuesto a veces que el nivel social y moral de las leyes atribuídas a Moisés era demasiado alto para aquella época; pero lo que se encuentra en los antiguos códigos babilónicos, asirios e hititas ha rechazado eficazmente la suposición", el profesor Sayce y otros.

A pesar de lo dicho, el estudiante de la Biblia no puede dejar de observar la existencia de distintos documentos de origen no mosaico. El mismo W. H. Green, en su "Origen Mosaico del

Pentateuco" confiesa: "No pretendemos sostener que este documento haya salido de manos de Moisés tal como le tenemos hoy. Cae de su peso que él no pudo escribir el relato de su muerte y es más probable que las bendiciones proféticas que pronunció cercano a la muerte sobre las diez tribus no las escribiera él. Lo mismo podemos decir de paisajes en que Moisés aparece mencionado en tercera persona. Es posible que éstas entraran en el Pentateuco mucho después del tiempo de Moisés".

Así Angus escribe: "En suma, podemos reconocer con toda seguridad en el Pentateuco tres elementos: uno premosaico, otro mosaico y otro postmosaico, predominando el segundo".

El prestigioso Westminster Dictionary en su artículo "Creation" enseña: "En vista de las varias interpretaciones de los capítulos 1 y 2 del Génesis, ¿los consideramos literalmente, como alegoría o como simbolismo? Puede también considerarse como una gran épica de la creación del hombre a imagen de Dios... cualquiera creencia en la creación lleva aparejada una creencia en la personalidad de Dios..."

Desde nuestro punto de vista ("Escribiendo la Biblia") la pregunta de Halley en su Manual es

interesante: "¿Quién escribió el himno de la Creación (1.1 a 2.3), aunque lo empleó Moisés? Quizás Abraham, o Noé, o Enoch, o ¡quién sabe! Porque la escritura se conocía antes del tiempo de Abraham", y en el "Nuevo Manual Bíblico", de G. T. Manley, podemos leer a este respecto lo que sigue: "Cuando afirmamos que Moisés es el autor y escribió los libros no damos a entender que los recibió directamente dictados de Dios o de otra manera particular... Moisés escribió principalmente como compilador y, al igual que otros historiadores, hizo uso de relatos existentes... en muchos casos, incluso, actuaría de traductor y de intérprete, allanando las historias para el pueblo de entonces."

Si nos basamos en "fué enseñado Moisés en toda la sabiduría de los egipcios" (Hechos 7,22), no es difícil aceptar que Moisés conociera, como mínimo, tres idiomas: egipcio (que hablaría y escribiría, en forma jeroglífica), babilónico (escritura cuneiforme, casi internacional, como muestran las tablillas de Tell-el Amarna) y el hebreo, que le hablaría su propia madre (esta lengua era algo distinta a la posterior, según hemos visto). El profesor Neville sugiere que Moisés recopiló el Génesis, poniéndolo todo en tablillas cuneifor-

mes que luego Esdras combinó en un libro. P. J. Wiseman se pone del lado de estos autores al afirmar que un erudito del tiempo de Moisés podría leer el cuneiforme con tanta facilidad como un erudito clásico de hoy puede leer el griego o el latín, y casi dedica un libro entero ("New discoveries in Babilonia about Genesis") para demostrar que Moisés escribió y recopiló sus fuentes en tablillas babilónicas, explicando de paso la razón de los "relatos dobles".

Otros opinan que Moisés pudo poner todos los relatos cuneiformes o egipcios en rollos de pieles (que ya usaban los egipcios por el año 2800 a. de C.) añadiendo que los sacrificios en el desierto facilitarían bastantes pieles de animales. Se ve en Números 5.23 que el sacerdote tenía que escribir maldiciones en un libro y borrarlas luego con agua. Esto no habría sido posible sobre tablillas de barro.

El hecho de que, con el transcurso del tiempo hayan desaparecido estos documentos originales en que se escribió la Biblia, obliga a los eruditos a intentar restaurar las mismas palabras de aquellos documentos, mediante el estudio y comparación de otros, copias de aquellos, que sobreviven .De poseerse los originales, como dijimos

ya, desaparecería la Crítica Textual. Sin dejar de reconocer los probables errores a que este trabajo de copia puede dar lugar, se acepta de antemano esta conclusión: "el juicio prácticamente unánime de los críticos textuales se contiene en lo que se conoce por Texto hebreo Masorético y Texto griego de Wescott & Hort".

Ya mencionamos en el capítulo anterior algo del cuidado escrupuloso de los masoretas y de su texto, el cual, en palabras de Kenyon, nos ha llegado sin cambio de importancia. También mencionamos el fragmento hallado del Deuteronomio, que incluye los diez mandamientos, conocido por Papiro Nash, y los célebres manuscritos del Mar Muerto, todo ello anterior al tiempo de Jesucristo.

En 1930 apareció la tercer edición de la "Biblia Hebraica", de Kittel, presentando un texto diferente al de las ediciones anteriores, incluso el preparado para el Centenario de la Sociedad Bíblica Británica y Extranjera por C. D. Ginsburg. Estas ediciones se basaban en el texto de Jacob ben Chayim, preparado en 1524, formado con manuscritos recientes y no siempre auténticas reproducciones. Lo mismo acontecía con otras ediciones, cual la Complutense española, 1514;

la Biblia de Brescia, que empleó Lutero, 1494; la de Tyndale, etc. La "Biblia Hebraica" representaba un texto formado por una familia masorética, la de Ben Asher de Tiberias, por el siglo x de nuestra era. El manuscrito empleado se encuentra en Leningrado. Otra familia masoreta, la de Ben Naphtalí, transmitió una tradición ligeramente divergente, pero el texto de Ben Asher retuvo su autoridad. Estas divergencias son interesantes sólo para el uso técnico, pero difícilmente presentan distintas lecturas, ya que las diferencias son de vocalización, acentos, entonación, etc. La antigua costumbre de suprimir las vocales da paso necesariamente a estas divergencias.

La costumbre de "enterrar" los manuscritos viejos en las genizas ha sido de gran ayuda para los que estudian esta disciplina, como ocurrió con el descubrimiento de 1896 en la Geniza del Cairo. El gran Maimonides decía que "cuando un códice de la ley se estropeaba o era ilegal para el ritual (por la presencia de más de tres errores en una columna) los rabinos ordenaban que se colocara en una vasija de barro y se enterrara en un cuarto".

La similaridad entre ciertas letras hebreas (daleth y resch, por ejemplo) tenían que dar lugar a errores de copia. Así los hijos de Grecia (Javan) se llaman "dodanin" en Gén. 10.4 y "rodanin" en 1.ª Crónicas 1,7; la verdadera forma es "rodanin", que denota a los habitantes de la isla de Rhodas.

Puede conseguirse la mayor pureza del texto hebreo, comparándolo con el Pentateuco Samaritano, con la Septuaginta y con otras versiones primitivas. Según un erudito: "la comparación critica dicha prueba que las alteraciones del texto no afectan a su substancia". Sabemos que los samaritanos sólo consideran canónico al Pentateuco y que han conservado un texto de esos cinco libros, transmitido independientemente del de los masoretas. El origen de esta circunstancia parece hallarse en la ruptura de la Monarquía a la muerte de Salomón (930 a. de C.) y su escritura difiere del hebreo masorético y de la literatura judía. Tiene unas 6.000 variantes con el texto masorético y en unas 2.000 coincide con la Septuaginta.

La Septuaginta representa un texto hebreo, debajo de su traducción griega, como indicamos ya, unos mil años anterior al masorético, pero

su antigüedad no puede llevarnos, según los entendidos, a exagerar su valor textual, pues parece bastante desigual como traducción, habiéndose trabajado con más perfección el Pentateuco. Una de las coincidencias del Samaritano con la Versión de los Setenta, que no aparece en el texto masorético, es Gén. 4.8. Y Caín dijo a su hermano "salgamos al campo".

La traducción de Aquila (del hebreo al griego) tiene la característica en Is. 7.14 de traducir "alma" por el griego "neanis" (muchacha) y no por "parzénos" (virgen), como la LXX. Esta sola palabra ha aparecido recientemente como crítica destructiva de la Standard Revised Version de América en centenares de artículos. En el capítulo IX veremos que también la Versión de Ferrara traduce así.

En cuanto al Nuevo Testamento, veamos lo que dice Sir Frederic Kenyon, autoridad que no tiene pareja en lo referente a manuscritos: "El intervalo que media entre las fechas de composición original de los documentos y las pruebas más cercanas que tenemos es tan reducido que apenas si es apreciable. Han desaparecido las últimas dudas que se tenían respecto a que los libros del Nuevo Testamento nos hayan llegado

sustancialmente como fueron escritos. Tanto la autenticidad como la integridad general de los mismos puede considerarse como establecidas definitivamente." ("The Bible and Archaeology".)

Debe poseer el crítico, además del conocimiento necesario de la lengua en que el documento fué escrito, una familiaridad con las características externas de ellos, en las distintas edades, tamaño, material, disposición de columnas, páginas, historia de la escritura, puntuaciones, contracciones, etc. Alexander Souter divide a grandes rasgos la historia de los manuscritos en tres períodos para el Nuevo Testamento: período del papiro (hasta el siglo VII), período del pergamino (desde el III siglo hasta el XV), período del papel (desde el principio del XIV). El período de la escritura uncial (mayúsculas) dura hasta el siglo X, pero ya a finales del VIII comienza el reino de las minúsculas. Antes del IX no había verdadera separación de las palabras y no se había desarrollado el uso de acentos ni de espíritus. De esta manera leeríamos, Juan 3,16: PORQUEDETALMANERA AMODIOSALMUNDOQUEDIOASUHIJOUNI . . . Dícese que esto se hacía al objeto de ganar espacio, cuando el material de escritura era tan caro y que para ahorrar todavía más las palabras

se estrechaban y empequeñecían al llegar al final de la línea. También se eliminaba una letra en las palabras conocidas, colocando una raya encima, como escribir ATENA̅ por ATENAS, y se contraían al máximo palabras corrientes, como Dios, Jesús. Una idea nos dará Rom. 5.21:

PARAQUEDELAMANERAQUEELPECAD̅REino
PARAMUERTETAMBĪLAGRACĪREINEPORLA
JUSTICIAPARAVIDAETERNAPORJE̅sseñō
NUESTRO

Los manuscritos en papel no variaban en nada más que en el material empleado y la transición de éstos a los libros impresos fué fácil. Se llama incunable a la edición hecha desde la invención de la imprenta hasta principos del sglo XVI.

El erudto Kirsopp Lake nos dice que en el trabajo del crítico hay cuatro etapas:

1.ª Estudio de cada manuscrito aislado, corrigiendo los errores debidos a ligerezas y las lecturas que parecen corrupción de otras que ya se conocen.

2.ª Comparación de los manuscritos a los cuales se ha aplicado este proceso y su separación en grupos, de acuerdo con similaridades en sus lecturas.

3.ª Estos architipos se comparan luego y se construye un texto provisional con ellos, llegándose a los architipos de los architipos lo más que se pueda.

4.ª Este texto provisional se somete luego a un proceso llamado corrección conjetural, esto es, intentar explicar y enmendar todos los pasajes que todavía parecen corruptos.

Los críticos tienen siempre presentes dos clases de errores: los no intencionados, es decir, naturales, y los intencionados, debido a un deseo de mejora del texto. Los primeros se descubren con facilidad y se remedian; los segundos son difíciles de clasificar por causas de intención, pero, generalmente, influye el conocimiento que tiene el escriba de otras traducciones o documentos, a veces su prejuicio teológico.

Los errores pueden consistir en mala división de las palabras, omisión de sílabas, palabras o líneas, repetición de sílabas, palabras o líneas, transposición de sílabas, glosas marginales que se introducen en el texto, etc. Esto se comprende si pensamos que muchas veces se dictaba, y en serie, y que otras tantas el copiar era un cansado mecanismo, más laborioso que el de una meca-

nógrafa de hoy, que, no obstante, se equivoca frecuentemente.

El aparato crítico del Nuevo Testamento lo constituyen cuatro grupos: manuscritos griegos, manuscritos de versiones, leccionarios y manuscritos de "padres" que citan el N. T. Los manuscritos se dividen, como sabemos, en unciales y cursivos, lo que en un tiempo sirvió para averiguar la edad de los mismos; se decía que los primeros eran más antiguos que los segundos, los cuales fueron adoptados en el siglo octavo o nono, pero Lake afirma que ciertos descubrimientos han demostrado que esto no es así. Hay más de 72 unciales del N. T., de los cuales los más importantes son el Codex Sinaiticus, el Codex Vaticanus, el Codex Alexandrinus y el Codex Bezae.

Se debe a Griesbach (mencionado en el capítulo quinto) la teoría de las familias de manuscritos. El decía que hay tres grupos: el Alejandrino o de Orígenes (porque se encuentra principalmente en las citas de este autor), el Occidental (porque se encuentra en los padres latinos) y el Bizantino (porque se encuentra en la masa de MSS. griegos y se considera que representa el texto del Imperio Bizantino y el Patriarcado de Constantinopla). Al Alejandrino pertenecen el Vaticano y el Sinaítico, al Occidental el Códice Bezae y al Bizantino el Códice Alejandrino.

El texto que emplearon Erasmo (1516) y Stephanus (3.ª ed. 1550) fué el bizantino, pero Wescott & Hort dependieron mucho del Alejandrino, que parece ser el más cercano al original.

Las distintas lecturas tienen, pues, su origen en los errores o modificaciones de los escribas o copistas y el entendido C. E. Hammond nos dice a este respecto: "Además, cuando esta copia viene a su vez a ser copiada, sus propios errores se reproducen y el copista, con toda certeza, cometerá nuevos errores; de esta manera, en cada paso, se va apartando más y más del original. La conclusión natural es que el texto de un manuscrito que se escribió en el siglo xv diferirá del texto autógrafo de los apóstoles mucho más que un manuscrito del siglo iv, aunque no neguemos la posibilidad de que un códice reciente pueda ser copia directa de uno de gran antigüedad."

Aunque sabemos que la mayoría de los últimos manuscritos se hicieron en los monasterios, en los tiempos primitivos pudieron ser producidos por copistas profesionales que pusieran interés de negocio y no de fe religiosa, excepción hecha de los piadosos escribas.

Por este estudio de crítica del texto nos enteramos de que el Códice Sinaítico tiene correcciones de unas doce manos, en fechas que oscilan entre el siglo IV y el XII; que el Códice Vaticano está corregido todo él partiendo de otro manuscrito, etc. Lo sorprendente es que se hayan contado más variantes que palabras, pues de las 140.000 palabras aproximadamente que tiene el texto griego del Nuevo Testamento, los críticos han encontrado unas 200.000 variantes. A pesar de ello, según Wescott & Hort, a quienes siguen incluso católicos en sus libros, de ocho partes siete se hallan idénticamente en todos los manuscritos, afetando las variantes tan sólo a una octava parte. Son poquísimas las palabras que pueden considerarse de importancia en su error, pero ninguna de ellas puede cambiar ninguna doctrina teológica. "En concreto, 999 por 1.000 son diversidades ortográficas, gramaticales, etc., que no afectan al sentido general."

De Wescott & Hort dice el erudito Alexander Souter: "Le parece al que escribe esto de todo punto improbable que se consiga un gran avance sobre el texto de Wescott & Hort. Si no han dicho la última palabra al menos han echado los cimientos para que sea comparativamente simple

el ajustar cualquier descubrimiento posterior a su esquema."

El hecho de que hubiese otros escritos antes de dar forma al canon de las Escrituras ha producido la crítica de las fuentes y la crítica de las formas, ninguna de las cuales ofrece gran seguridad y operan en un campo de gran especulación. Se pretende recuperar la forma oral o patrón en que se presentó la predicación y enseñanza apostólicas. Es cierto que en el Nuevo Testamento se reconoce una variedad de fuentes para los Evangelios y los Hechos, como también para el Antiguo Testamento; pero mucho de ello es pura conjetura.

Por el 130-140 (A. D.) Papias escribió una *Exposición de los oráculos del Señor,* de la que quedan sólo unos fragmentos, en donde dice que acudió al mismo testimonio oral de los apóstoles. El doctor Rendel Harris suscitó mucho interés en una literatura cristiana primitiva conocida por *Testimonios.* Eran colecciones o pruebas y profecías sacadas del Antiguo Testamento, y dispuestas para predicarles el cristianismo a los judíos. Se sugiere que de ahí sacó Mateo las "logia", que no eran dichos de Jesús, sino una colección de estos *Testimonios.* Más tarde otro autor los

empleó y compiló el Evangelio, el cual no lleva su nombre, sino que se presenta como "según" (siguiendo la línea de enseñanza de) Mateo. Otros como Zahn pensaron que Mateo es una traducción del hebreo o arameo. Cierto es que Lucas confiesa abiertamente que tuvo a la vista una serie de narraciones de la vida de Jesús, diciendo muchos que se basó ampliamente en su amigo Pablo.

Para la reconstrucción del texto se requieren las tres fuentes ya mencionadas, y desarrolladas en el capítulo anterior, de manuscritos, versiones y citas, siendo las tres notables cuestiones que afloran en este estudio los primeros versículos de Juan, 8; la última parte de Marcos, 16, y el versículo de la 1.ª Tim., 3.16.

El trabajo fascinante de la crítica textual tiene su parte amarga: la incomprensión de algunas mentes. San Jerónimo muestra sus disgustos escribiendo a Marcella y mencionando que ciertos pobrecillos (homúnculos) le calumnian porque corrige las palabras de los Evangelios. Wycliffe fué condenado principalmente porque había traducido la Biblia "dándola a los laicos y a mujeres... echando la perla del Evangelio a los pies de los puercos." El arzobispo Arundel se quejó al

Papa de "ese pestilente bandido John Wycliffe, hijo de la vieja serpiente, precursor del Anticristo, que ha completado su iniquidad inventando una nueva traducción de las Escrituras" (lo notable es que Wycliffe tradujo de la Vulgata). Sus huesos fueron desenterrados, quemados y esparcidos en el río Swift. Estas mismas autoridades católicas estrangularon y quemaron a Tyndale el 6 de octubre de 1536 por la misma razón. Y en nuestra misma Complutense se tenía tal reparo al texto griego y al hebreo que colocaron al latín en medio de los dos, y los editores le compararon a nuestro Señor entre dos ladrones. Un autor dice que quizá temían que los judíos o los griegos hubieran adulterado los manuscritos.

Pero las ventajas de la crítica textual se observan en las constantes revisiones que de traducciones antiguas se vienen haciendo en los últimos años. En Inglaterra, por ejemplo, la famosa versión autorizada de 1611 se había metido en el corazón del pueblo cuando no se poseía ninguno de los tres más importantes manuscritos: el Vaticano, el Sinaítico y el Alejandrino. Por ello en 1870 el obispo Wilbeforce propuso que se nombrara un Comité para la revisión de la Biblia autorizada, y cuatro meses más tarde, una mañana

de junio, se reunió una distinguida compañía en la abadía de Westminster: el obispo Ellicot, Alford, Stanley, Lightfoot, Westcott, Hort, Scrivener, doctor Eadie, el arzobispo Trench, sin distinción de diferencias religiosas, bautistas, metodistas, presbiterianos, etc., prepararon aquella hermosa obra, y años más tarde, el 5 de mayo de 1885, el público de habla inglesa tuvo en sus manos la Biblia inglesa revisada.

Después de todo lo dicho debemos recordar que la Biblia no es sólo una colección de documentos importantes para la historia y el estudio, sino que es un producto de la piedad religiosa, y sólo un hombre piadoso puede entender el libro: el expositor, el intérprete debe ser ante todo piadoso, reverente, hombre que penetre en el alma de los escritores bíblicos para embeber su religión y su fe.

Capítulo VIII

INSPIRACION Y CANON DE LA ESCRITURA

Inspirar, sinónimo de aspirar, tiene en esta primera aplicación en sentido de "atraer el aire exterior a los pulmones", es decir, poner dentro algo que estaba fuera. Su segunda acepción, "infundir en el ánimo, sugerir afectos, ideas, designios", implica igualmente el "aplicar" algo a la persona, y en el sentido que nos compete a nosotros, en el teológico, significa "iluminar Dios el entendimiento de uno y mover su voluntad". Por ello al hablar de inspiración de la Biblia el versículo tal vez más manido sea el de 2.ª Timoteo, 3.16; en el que aparece por una sola vez en el Nuevo Testamento la palabra *zeopneustos*, compuesta de "Dios" y "espíritu, significando que lleva el hálito o "soplo" de Dios.

En consecuencia, los hombres que fueron escribiendo la Biblia no eran simplemente escritores, sino hagiógrafos, esto es, escritores con una inspiración santa (*agios significa "santo"*), *y de* ahí que San Pedro diga: "Los santos hombres

de Dios, impulsados por el Espíritu Santo, hablaron" (2.ª, 1.21).

Ahora bien: ha sido y es tema debatido entre teólogos el determinar si el pensamiento que tenemos de la Biblia fué comunicado de modo sobrenatural, dejando la expresión al autor humano, o si tanto el pensamiento como la expresión fueron dictados por el Santo Espíritu, y si la inspiración comprendía todos los tópicos de que hablaban los autores o sencillamente las materias de fe y de conducta. Parecería que el teólogo sistemático sería la persona más indicada para definir, provisto de su equipo; así, el famoso Sperry Chafer dice: "Es la inspiración una referencia a la influencia controladora que Dios ejerce sobre los autores humanos por los cuales el Antiguo y el Nuevo Testamento fueron escritos, y tiene que ver con la recepción del mensaje divino y con la exactitud con que se transcribe." Pero algún crítico afirma que se puede dar lugar a que sin tener en cuenta los hechos se defina a *priori* la doctrina de la inspiración de una manera rígida.

Efectivamente: de una parte tenemos los que afirman que la Biblia es un libro humano, en el que el hombre trata de buscar a Dios, justamente igual que en los Vedas del hindú o en los escritos de Confucio, en el Zend-Avesta de los persas o en el Corán de los mahometanos, no siendo de ninguna manera infalible; de otra parte, quienes afirman que la Biblia no es toda palabra de Dios, sino que la contiene, sirviéndonos de guía a la manera en que un abogado es libre de interpretar por el espíritu de un texto y no por sus palabras; en tercer lugar hay quienes aceptan como inspiradas todas y cada una de las palabras que aparecen en la Biblia, esto es, admiten la "inspiración verbal", añadiendo que sin las palabras no puede precisarse con exactitud el sentido del mensaje. Alegan que esto creyeron grandes hombres que fueron visiblemente utilizados por Dios en el pasado, cuales Spurgeon, Carroll, Moody, Torrey, etc. La Biblia en este caso no sólo contiene, sino que es toda ella palabra de Dios, y es infalible.

Mencionemos de paso lo que algunos no esperan: que la palabra "infalible" se encuentra en la Biblia misma. La voz griega *asfaleia* (certidumbre, seguridad) la traducen algunos así en Lucas, 1: "También me ha parecido bien, habiendo tenido perfecto entendimiento de todas las cosas desde el principio, escribírtelas en orden, ¡oh muy

excelente Teófilo!, para que conozcas la infabilidad de las cosas en las cuales has sido enseñado."

No tenemos duda, desde luego, en aceptar que la inerrancia de la Biblia o infalibilidad es consecuencia fácil del sentido de inspiración. Si Dios inspira, lo inspirado no puede contener error; pero alguien pregunta: todo lo que el escritor enuncia, insinúa, afirma, ¿debe considerarse como enunciado, insinuado, afirmado por el Espíritu Santo? La lógica nos dirá que todo lo que el hagiógrafo produzca inspirado es infalible, porque infalible es Dios; pero ¿cómo escribe el hagiógrafo?

Unos afirman que quienes fueron escribiendo la Biblia lo hicieron exactamente igual que una mecanógrafa. El evangelista John R. Rice, en su libro sobre la inspiración, afirma: "Yo doy a mi mecanógrafa mis mismas palabras. Los pensamentos son míos, no de la mecanógrafa. Estoy dictando las palabras... Tengo siete mecanógrafas, con varias capacidades, y para ciertos tipos de trabajo selecciono la que más me conviene; pero mi estilo no es el estilo de la mecanógrafa, sino el mío. Las palabras son mis palabras, y así, Dios mismo..." Naturalmente otros sostienen que muchas palabras pueden ser de los autores humanos. Los escritores católicos, adelantando que esto es materia "libre y opinable", dividen la inspiración en verbal mecánica exagerada, verbal mecánica moderada, verbal no mecánica psicológica o neotomística, etc.

Los que admiten que no todas las palabras sean directas de Dios niegan que "el jefe dicte a la mecanógrafa" (*Prophecy Monthly* y otros), y que la inspiración bíblica sea mecánica. Mr. D'Hults y sus partidarios de *l'école large*, admiten que puede haber error en la Escritura, originado por el autor humano y permitido por el divino. Es el caso ordinario de la cooperación divina en todos los actos humanos. Erasmo de Rotterdam, el famoso ex agustino que mencionamos anteriormente, fué quien tuvo como probable que el Espíritu Santo permitiera que los hagiógrafos se equivocaran en algo, a lo que no se extendería, como es natural, la inspiración.

El inglés Enrique Holden, profesor de la Sorbona, enseñó luego que la inspiración se extiende únicamente a las cosas puramente doctrinales (*Divinae fidei analysis*, París, 1652), y el católico Augusto Rohling restringió la inspiración a doctrinas de fe y costumbres (*Die Inspiration der Bibel und ihre Bedeutung fuer die freiere For-*

shung, Munster, 1872). Francisco Lenormant, en *Les origines de l'histoire d'après la Bible et les traditions des peuples orientaux,* París, 1880, sostiene que son inspiradas las enseñanzas sobrenaturales nada más. Añade: "Pour les autres choses le caractère humain des écrivains sacrés se retrouve tout entier" (En el resto se revela entero el carácter humano).

Es de común inteligencia que el hombre, por ser racional, no puede convertirse en instrumento inanimado, y, por ende, tiene actividad propia, actividad que le lleva incluso al trabajo personal de buscar materiales, etc., como en el caso de Lucas; además, el hagiógrafo escribe frecuentemente de su propia experiencia. Otras veces Dios puede revelarle (momento en que coincide la revelación con la inspiración) verdades que el hagiógrafo desconoce. Escribe San Pedro (Primera Ep., 1.12): "A los cuales (profetas) fué revelado que no para sí mismos administraban las cosas que ahora os son anunciadas...", y se comprende que Moisés no tuviera idea de la importancia típica latente en las historias de Adán, Enoch, Abraham, Isaac y José y que la posible tipología del Tabernáculo fuese asunto desconocido para él. ¿No se preguntaría por qué no se

hacía referencia alguna a la parentela de Melchisedek ni a su historia?

Wescott dice que "la inspiración puede ser considerada en un aspecto como lo correlativo de la Revelación. Ambas operaciones implican una extensión sobrenatural del campo de visión espiritual del hombre, pero en formas diferentes. Por inspiración concebimos el que sus poderes sobrenaturales sean excitados hasta contemplar con divina intuición la verdad que existe todavía en medio de la ruina moral y física del mundo. Por revelación vemos si se quitase el oscuro velo de encima de las cosas, de modo que aparezcan los recursos y facetas de la vida en su eterna naturaleza."

Unas veces el instrumento aprende en una grande experiencia las verdades que ha de transmitir a la posteridad, como Isaías y Ezequiel en sus visiones; en otros casos la suprema convicción del escritor bíblico le viene lentamente, poco a poco, en su experiencia diaria, como en Jeremías, Pablo, David. Y por haber dejado el hombre sus pensamientos expresados en la Biblia, como igualmente sus sentimientos más internos (David) y sus palabras de erudito (Pablo), no se puede negar que en la Biblia exista no sólo la

palabra de Dios al hombre, sino la palabra del hombre a Dios igualmente.

Ahora bien: ¿es esta palabra del hombre inspirada? Sabemos que en frase paulina es el "espíritu el que gime en nosotros..."; pero ¿podemos pedir inspiración para las palabras de Satanás o las de los amigos de Job, pongo por ejemplo? Seguramente, no pedimos inspiración para las versiones que poseemos, que son susceptibles de revisión, ni para los errores de los copistas, ni para las divisiones en capítulos o versículos, etc.; pero ¿qué de las palabras escritas en "el original" de la Escritura?

Existe de necesidad una mezcla misteriosa de lo divino y lo humano en el Libro. Es indubitable que Dios habla en la Biblia, pero a El le ha placido hacerlo en ropaje humano muchas veces, en lenguaje de los hombres, porque a hombres se dirigía, y ha sintonizado la música de su mensaje a los tiempos, los idiomas, los individuos, los temperamentos; mas el sello, el soplo, su espíritu permanece. Por ello, si los amigos de Job han hablado y sus palabras están dentro del libro inspirado, allí mismo Dios les dice: "No habéis hablado por mí con rectitud..." (42.8). Una pregunta: ¿escribió Dios el versículo 9 del salmo 137?

Consideramos que el doctor A. T. Pierson ha hecho una buena definición de la inspiración en su buen libro *Knowing the Scriptures*. Allí se lee: "El término *inspiración verbal* ha sido mal entendido. No significa, desde luego, que cada palabra que encontremos en la Biblia es la palabra de Dios o representa su pensamiento, pues algunas palabras relatan los hechos de los equivocados y de los impíos, ni son dichos suyos, porque en algunos casos el que habla es el diablo. Cualquier teoría que conceda igual importancia o autoridad a todas las palabras que encierra la Biblia es absurda... Cada estudiante debe observar lo que en la Biblia tiene autoridad y lo que solamente tiene exactitud. Las palabras de Satanás a Eva son exactas en el trasplante a la Sagrada Escritura, pero son falsas y engañosas en intención y en sentimientos respecto del pensar de Dios. La mayor parte del libro de Job, aunque relato inspirado de acontecimientos y dichos, no es de la aprobación de Dios... Incluso profetas y apóstoles, aparte de su carácter y capacidad como tales, siendo meros hombres falibles, estaban sujetos a equivocaciones (1.ª Rey., 19.4; Gal., 2.11-14), y podemos encontrar un principio muy instructivo sobre esto en 2.ª Sam., 7.2/7..."

Queda patente el hecho de que, si no a otro hombre, a Moisés al menos Dios dictó una parte de la Biblia. Es muy ligera la aseveración de algunos críticos de que Jesús compartió la ignorancia y prejuicios de su día al afirmar: "Moisés escribió. Moisés escribió de mí, Moisés nos dejó escrito", puesto que ya hemos demostrado a satisfacción que Moisés pudo perfectamente escribir, y escribió. David dijo: "El espíritu de Jehová ha hablado por mí, y su palabra ha sido en mi lengua" (2.ª Sam., 23.2). Isaías se presenta como "boca de Dios" al decir: "Oíd, cielos, y escucha tú, tierra, porque habla Jehová..." (1.2), etc.

Las sentencias "Así dice Jehová", "Jehová dijo a Moisés", "La palabra de Jehová vino a Jeremías", o a Ezequiel, o a Daniel, o "Las palabras que vió Amós", etc., nos hacen pensar que cuando todo se haya dicho acerca de esta doctrina todavía quedará misterio detrás de esas palabras "inspiración" y "revelación", mezcladas con el barro de los instrumentos que fueron escribiendo la Biblia.

Sin embargo, al acercarnos a la Biblia, a su estudio, hemos de elegir el mejor camino, ya que nuestra valoración de la palabra depende de nuestra actitud respecto de la revelación. El escepti-

cismo y el racionalismo no nos llevarán a nada positivo para nuestra alma. La "crítica" contra la Biblia nos convertirá en ridículos pigmeos; empero, nuestra humildad, nuestro espíritu reverente y nuestra fe nos llevarán al agrado de Dios y al goce de sus infinitos recursos espirituales. No nos ha llegado la Biblia de tal manera que salte a la vista su carácter divino de manera milagrosa, pues para ello necesitamos "oír atentamente", ejercitar la fe. Y no olvidemos que la fe presupone forzosamente lo que Cullman llama el "escándalo", pues si de Nazaret no podía venir nada bueno, ni de Galilea el Cristo, y en ambos casos los hechos demostraron que Dios lo quiso así, cuando veamos lo que parece incertidumbre, el "escándalo" de la composición de los libros e incluso del canon, aceptemos que Dios lo quiere así y que en ello va la palabra suya.

Sabiendo que los escritores originales emplearon idiomas distintos al nuestro, que en tantos casos los manuscritos originales no se encuentran, que los copistas cometieron tantas faltas, que hay centenares de manuscritos, etc., no es posible sostener la inspiración verbal mecánica absoluta en nuestras Biblias; pero no hay razón para negar la inspiración verbal de sus originales en el sen-

tido antes dicho, considerando como axiomáticamente infalible todo aquello que viene de Dios. La palabra infalible aparece tambien en Hechos 1.3, dándonos la idea de "incapacidad de errar", "no suceptible de engaño", etc., y la confirmación final de la infalibilidad de la palabra de Dios la encontramos en su cumplimiento. Consecuentemente, al decirnos algo seguro en cuanto al futuro nos proporciona consuelo y esperanza (Romanos, 15.4).

La inspiración, revelación y autoridad de la Biblia son doctrinas íntimamente relacionadas, cada una de las cuales aporta sus productos al tema insoslayable del "mensaje de Dios al hombre". Y este mensaje fué indudablemente plasmado en la Biblia. Así lo vió la Iglesia primitiva, así lo encontró el hombre y meditando en ello Calvino sentó su base para la creencia en el "testimonio interno de la Escritura". En aquellos momentos de la Reforma, cuando la Biblia estaba sometida al crisol de todas las críticas, los reformadores hallaron el *testimonium Spiritus internum* como respuesta a las preguntas incrédulas. En la Biblia Dios habla y el hombre ha de oir.

Quienes han dado su tiempo al interesante estudio del valor numérico de las Escrituras saben

que no es sólo el concepto lo inspirado, sino hasta las palabras mismas que Dios emplea para hablar, ya que el estudio exegético de la Biblia en sus idiomas originales es justamente un estudio de palabras. De ahí que el famoso Wescott afirme: "Toda interpretación inteligente de la Escritura tiene que basarse en el estricto análisis de sus figuras de dicción y palabras. El suponer que las palabras y los casos son convertibles, que los tiempos no tienen ningún significado en absoluto, que las formas de expresión son accidentales, representa abjurar de los principios fundamentales en que se basa todo intercambio entre los hombres. El no creer en la exactitud del lenguaje constituye el preludio de todo escepticismo filosófico."

La fuerza de este argumento la encontrará sencillamente el lector del Nuevo Testamento con relación al Antiguo. En Hebreos, 12.27, el autor desarrolla un argumento respecto al juicio futuro, partiendo de la simple frase de Haggeo "Aún una vez". En Lucas, 20.37, Jesús prueba a los saduceos la doctrina de la resurrección, recordándoles que hace siglos Dios dijo a Moisés no que *era* el Dios de Abraham, Isaac y Jacob, sino que *es*. En Gálatas, 3.16, San Pablo demuestra que es

necesaria la fe en Cristo, aparte de las obras de la Ley, basándose en una sola letra, la *s*: "No dice: Y a las simientes, como de muchos, sino como de uno: Y a tu simiente, la cual es Cristo."

Se comprende que, teniendo Dios interés en las palabras, los que escribieran la Biblia no entendieran siempre el mensaje que transmitían. Pedro nos dice: "De la cual salud los profetas que profetizaron de la gracia que había de venir a vosotros han inquirido y diligentemente buscado", es decir, que aquellos que escribieron, al no ministrar para ellos (11,12), no entendían plenamente. Pero Cristo reprende a los del camino de Emmaus, porque no habían creído "todas" las cosas que estaban escritas. Tal vez parecería a un lector sencillo que era un "error" de escritura afirmar que una "virgen" daría a luz un niño, que éste sería "Dios" y que "Dios" tenía que "morir", siendo así que Dios no puede morir. Año tras año, siglo tras siglo, estas y otras palabras pueden parecer "errores", pero al cumplirse aquellas "palabras" glorificamos a Dios por la maravilla.

Ahora bien: el Libro que encierra la palabra de Dios y la palabra del hombre, todo ello sellado por el Espíritu Santo, recibe el nombre, como

sabemos, de Biblia. Pero esta voz significa etimológicamente "los libros", y la circunstancia de que en griego, de donde procede, no llevase ningún artículo implica que dichos libros o escritos eran considerados por quienes empleaban esa frase (*ta biblia*) como formando un cuerpo de literatura única y superior a toda otra producción humana. Esto es lo que se llama canonicidad.

La investigación del canon de la Biblia constituye un intento para descubrir la verdadera base de su autoridad, y por autoridad entendemos que la Biblia en todas sus partes es voz de Dios para los hombres. Y de la misma manera que Dios empleó autores humanos para escribir su libro, evitando, no obstante, imperfecciones propias de la limitación humana, así también empleó hombres para la formacion del canón, usándolos de tal modo que sólo aquellos libros que constituyen los oráculos divinos fuesen elegidos para formar la unidad y equilibrio perfecto de la Escritura.

La desigualdad en la terminación de ambos testamentos es significativa. Todo lo que se esperaba y quedaba sin cumplir en el Antiguo Testamento viene articulado en los últimos versículos que hablan de la venida de otro profeta que apa-

rece en el Nuevo, transcurrido el tiempo; mas al terminar el Nuevo Testamento no se espera ya nueva revelación, sino la vuelta del que habiendo cumplido todas las cosas va hacer realidad hasta "la jota y el tilde" de la palabra. Y salta a la vista el hecho importante de que a pesar de haber transcurrido tanto tiempo (más del que discurrió entre los dos testamentos) desde que se cerrara el canon, ningún intento se ha hecho para añadir algo a la Biblia.

La palabra "canon" significa "vara recta" o regla de carpintero, útil para medir. Viene del griego *canon,* que lo tomó del fenicio *kana* o del hebreo *kane*. Pero su sentido figurado es el de norma o medida que sirve para regular otras cosas, en especial libros clásicos. Todo lo que servía de piedra de toque o de prueba para juzgar sobre alguna cosa recibió el nombre de canon. Cánones de las artes, de la gramática, retórica, ética, etc. Por eso se llama a los autores normales "canónicos", término que los gramáticos alejandrinos aplicaron a los escritos clásicos. Dicha voz griega aparece en el Nuevo Testamento en Gálatas, 6.16; Filip., 3.16, etc.

Entendiendo, en consecuencia, que la palabra canon da también el sentido de lista o índice (sentido probablemente derivado de la serie de rayas de la vara de medir), sabemos que "el canon de la Escritura" significa la lista de escritos o libros que hemos hecibido a través de los siglos, inspirados por Dios. La canonicidad de un libro depende siempre de su autoridad, porque cuando decimos que un libro es canónico estamos afirmando que es un libro de autoridad, que pertenece a la lista. Tenemos un claro ejemplo en las palabras de San Pablo: "Las cosas que os escribo son mandatos del Señor..." (1.ª Cor., 14.37).

Para que un libro pudiera tenerse por canónico era preciso que cumpliese ciertos requisitos. Unos de carácter positivo (dice E. Browning): Primero, su antigüedad (debía conocerse como tal); segundo, su autenticidad (los sabios bíblicos de la época debían considerarlo así); tercero, su propósito (era indispensable que presentasen algún distintivo notable sobre lo religioso y sobre la vida); cuarto, su temperamento (debía estar en armonía con los otros libros bíblicos ya aceptados). Otros de carácter negativo: Primero, que sus enseñanzas fuesen en algo contrarias a la enseñanza de los otros libros aceptados; segundo, que contuviesen errores manifiestos sobre historia o geografía; tercero, que incluyera declara-

ciones ridículas, cuentos o leyendas absurdas o fantásticas; cuarto, que careciera del elemento espiritual; quinto, que no hubiese sido aceptado por los judíos o por los cristianos primitivos.

A los libros no canónicos se les llamaba apócrifos, voz que ha dado lugar a distintas interpretaciones. Unos dicen que viene de una voz griega que significa ocultar o esconder (Luc., 8.17, y Col., 2.3), y otros que viene de una frase (*apó tes kriptés*) que indica que, no siendo del canon judaico, se excluyeron del arca o cripta donde se depositaron los libros sagrados.

San Jerónimo, el gran erudito de la Iglesia oriental, hizo una clara distinción entre los libros canónicos y los apócrifos. De esto ya hemos escrito en *Conozca la Biblia*, páginas 60 a 73. Añadamos aquí que Cirilo de Jerusalén, que nació por el 315 de nuestra era, se refirió a la traducción Septuaginta, y mostró incidentalmente que incluso por entonces los libros apócrifos no habían sido incluídos en aquella traducción. Sus palabras son: "Leed las Escrituras divinas, es decir, los veintidós libros del Antiguo Testamento que tradujeron los setenta intérpretes." A mayor abundamiento, si dicha traducción de los LXX hubiese contenido los libros apócrifos en tiempos

de Jesús, Cristo habría alzado su voz, como en otros casos, protestando contra la impiedad de incluirlos en el canon sagrado, que El mismo había citado. De las 263 citas y de unos 370 alusiones que el Nuevo Testamento hace al Viejo, no hay ni una sola referencia, ni por Cristo ni por sus apóstoles, a los libros apócrifos.

Y como quiera que la totalidad del Antiguo Testamento fué traducido al griego en la Septuaginta, más de dos siglos antes de Cristo, es fácil deducir que el canon habría sido formalizado antes de esa fecha. Sin embargo, el Concilio de Trento, en en 1563, incluyó esos libros apócrifos en las Biblias de la Iglesia Romana. Bien dijo Lutero a este respecto: "La Iglesia no puede dar más fuerza y autoridad a un libro de la que el mismo tiene en sí. Un concilio no puede hacer que sea Escritura lo que no es Escritura".

Los luteranos y los anglicanos permitieron en un tiempo que se leyeran en la Iglesia "sólo para ejemplo de vida e instrucción de las costumbres", pero no como regla de fe; las iglesias que siguieron el camino de Ginebra ni siquiera le guardaron esta consideración. Ni Jesucristo ni los Apóstoles consideraron, como hemos visto,

que los apócrifos formasen parte de la Escritura Santa y esto ya es suficiente.

Tras la caída de Jerusalem, en el 70 A. D., un nuevo Sanhedrin o Concilio de ancianos, compuesto de eruditos judíos, se constituyó en Jamnia, Palestina occidental, al objeto de hacer una cuidadosa revisión de todo el campo de la religión y de la ley judaica, manteniendo también largas discusiones sobre el canon de la Escritura hebrea. Al final de todo ello, ni excluyeron ningún libro de los que tenemos en el canon hoy, ni introdujeron alguno que no estuviera ya. No olvidemos que los judíos habían guardado con fidelidad por siglos sus Escrituras; los Targums, paráfrasis de los libros del canon hebreo, confirman la misma consecuencia, y el Talmud Babilónico cuenta los mismos libros que se encuentran en dicho canon.

Del origen y de la historia del canon, de cómo la Biblia se fué escribiendo, hemos hablado en capítulos anteriores. El arca fué hecha especialmente como receptáculo del testimonio, que fué escrito en tablas de piedra (compárense Ex. 25.16 y 21 con 31.18). A las puertas de Canaan, Moisés afirma que todavía esa palabra de Dios se encuentra en el Arca (Deut. 10.1 a 5) en el lugar santísimo: Ex. 26.34 y 40.21. Por contener el testimonio (la Palabra), el Arca se llamó del testimonio y también de la alianza (o pacto). Núm. 10.33, porque las tablas eran las tablas del pacto (Deut. 9.11) y estas tablas después de los tiempos confusos, aparecen dentro del Arca (1.ª Rey. 8.9).

Sin embargo, parece ser que Moisés escribió antes de recibir estas tablas un libro con las palabras de Jehová, que llamó libro de la Ley, o de la Alianza, el cual, habiéndose puesto "al lado del Arca del pacto", desapareció en tiempos difíciles. Compárese Ex. 24.4 con 31.18 y léase Deut. 31.26.

Si entonces el arca era símbolo de la divina presencia por contener el Pacto (Su Palabra), hoy, sin valor el arca material, tenemos la Biblia como símbolo de Su Presencia.

Fué, pues, gradualmente como el Antiguo Testamento se formó:

Diez Mandamientos en tablas, Ley de Moisés, escritos de Josué (24.26), el libro de Samuel (1.ª 10.25), escritos de los profetas, después del hallazgo del Libro perdido, en tiempos de Josías, etcétera. Eventualmente, hubo tres partes en el Antiguo Testamento: la Torá (Ley o Pentateuco), los Nebiim (Profetas) y los Ketubim (Escritos).

Estas divisiones quedaron fijadas en el canon hebreo y ningún libro puede pasar de una sección a otra. En el canon hebreo el Pentateuco tiene el mismo orden que en nuestra Biblia española, pero no así los Profetas ni los Escritos. Los primeros se dividen en anteriores y posteriores. Son Profetas anteriores Josué, Jueces, 1.ª y 2.ª de Samuel, 1.ª y 2.ª de Reyes. Los Profetas posteriores se dividen en mayores y menores, siendo los mayores Isaías, Jeremías, Ezequiel y los menores los doce restantes, todos los cuales se consideran como un libro solo. Los Escritos están constituídos por Salmos, Proverbios, Job, Cantares, Ruth, Lamentaciones, Eclesiastés, Esther, Daniel,, Esdras-Nehemias y 1.ª 2.ª de Crónicas.

Precisamente cuando Jesucristo dice: "Desde la sangre de Abel hasta la sangre de Zacarías..." (Luc. 11.51) hace un resumen de todos los mártires del Antiguo Testamento, empezando por el Génesis (Abel) y terminando por Crónicas (Zacarías). Léase 2.ª 24.21.

Sabemos que muchos libros desaparecieron y no se encuentran en el canon del Antiguo Testamento. Entre ellos están el libro de Jasher, citado en Josué (10.13), el de Natham y Gad (1.ª Cr. 29.29), el de Enoc (Jud. 14 y 15), los Hechos de

Salomón (1.ª Rey 11.41), las Canciones de Salomón, sus Parábolas y Tratados sobre Historia Natural (1.ª Rey. 4.32,33), los libros de Natham, Ahias, el vidente Iddo, sobre Salomón (2.ª Cr. 9.29), el libro de Semeías sobre Roboam (2.ª Cr. 12.15), el libro de Isaías que trata de los hechos del rey Uzzías (2.ª Cr. 26.22), el libro de las guerras de Jahvé (Núm. 21.14), el libro de Jehú sobre Josafat (2.ª Cr. 20.34), las Crónicas de los Reyes de Judá y las Crónicas de los Reyes de Israel, mencionadas en varias partes de los libros de los Reyes, como en 1.ª 14.29 y 2.ª 1.18.

Dice bien Sidney Collett en "All about the Bible", que sería absurdo pensar que alguna vez estos libros perdidos formaron parte del canon, pues el mero hecho de ser mencionados en la Biblia no implica que formaran parte de ella. Así San Pablo pudo decir: "Como también algunos de vuestros poetas dijeron: Porque linaje de éste somos también" (Hech. 17), sin que entendamos que los libros de los poetas o paganos forman parte de la Biblia. Así que cuando leemos expresiones como: "Lo demás de los hechos de Salomón, primeros y postreros, ¿no está todo escrito en los libros de Nathan, profeta, y en la profecía de Ahías Silonita y en las profecías del vidente

Iddo contra Jeroboam, hijo de Nabat?", entendemos que el Espíritu Santo nos dice que, además del relato inspirado, había otros escritos referentes a aquel hombre maravilloso, pero que lo necesario para nuestra admonición o enseñanza se encuentra en el libro aprobado por Dios.

No solamente se han perdido muchos libros, sino que hay una lista de 18, por lo menos, que todavía se conservan (y se conocen por "pseudo epigráfiocs"), los cuales no se consideran como dignos de autoridad para entrar en el canon, aunque puedan haber ejercido influencia en el pensamiento cristiano. Estos libros fueron escritos en varias lenguas, lo que indica que tuvieron su origen en varias comunidades; por ejemplo, el Testamento de Salomón fué escrito en griego, la Historia de Asenath, esposa de José, en latín; el Apocalipsis, de Baruch, en siríaco; el libro de los secretos, de Enoch, en lengua eslava; la Ascensión de Isaías, en etíope; el Quinto libro de los Macabeos, en árabe; la predicación de Noé a los Antediluvianos, según los Oráculos Sibilinos, y el Testamento de Adán, en griego, siríaco y latín, etcétera, etcétera.

Al entrar en el Nuevo Testamento observamos que allí se llama "Escrituras" (Mat. 21.42; Marc. 14.49; Juan 10.35)) y "Oráculos de Dios" (Rom. 3.2; Heb. 5.2) a todo ese cuerpo de libros de autoridad que conocemos por Antiguo Testamento y se les divide de aquella manera triple citada: "La ley de Moisés, los Profetas y los Salmos" (Luc. 24.44). Ahora bien, nadie pasa de los libros del Nuevo Testamento a la literatura no canónica, dice Peake, sin observar el sorprendente contraste, y "sea cualquiera la concepción que tengamos de la canonicidad, sin importar lo que podamos pensar que dicho término envuelve, hemos de reconocer que el Nuevo Testamento contiene los documentos clásicos de nuestra religión".

Lo mismo que en el Antiguo Testamento, los libros del Nuevo fueron formando ese cuerpo o lista paulatinamente, pues los libros se escribieron a intervalos entre los años 50 y 100, aproximadamente, de nuestra era. Los escritores del Nuevo Testamento cuidaron por sí mismos de que lo escrito circulase con profusión y fuese extensamente conocido. San Pablo ordena a los Colosenses que envíen su epístola a los de Laodicea para que se lea allí también y pide a los Tesalonicenses que su epístola sea leída a todos los santos hermanos (1.ª 5.27).

Han llegado hasta nosotros algunas listas antiguas de libros y de ellas la más importante es el Canon Muratorio, que se encontró en un antiguo manuscrito en Milano, y fué publicado en forma moderna por Muratori en el 1740. Algunas listas, como la de Marcio (por el 140 A. D.) eran extremadamente reducidas, rechazando todos los libros, excepto las epístolas de Pablo y un Evangelio mutilado de Lucas. Pero Marcio fué hombre considerado de hereje y rechazó al mismo tiempo todo el Antiguo Testamento.

Algunos interesantes libros, que por algún tiempo se emplearon en iglesias, fueron rechazados definitivamente como: la Epístola de Bernabé (70 a 120 A. D.), la de Clemente a los Corintios (95 A. D.), las siete de Ignacio (110), la de Policarpo a los Filipenses (110), la Didaché o Enseñanza de los Doce (70 a 165) el Pastor de Hermas (100 a 140). Apocalipsis de Pedro, el Evangelio de Pedro. Por otra parte, algunos de los libros que ahora tenemos en el canon no fueron aceptados por todas las iglesias en el principio; ejemplo: Hebreos, Judas, 2.ª Pedro, 2.ª y 3.ª de Juan, Santiago Apocalipsis. Nuestra lista de 27 libros aparece por primera vez en el Sínodo de Laodicea (363) y luego en el tercer Concilio de Cartago (397).

Los cuatro Evangelios fueron aceptados, desde luego, como grupo de autoridad a principios del siglo II, pero no algunos escritos de apariencia piadosa, como los pseudo evangelios de María, los Hechos de Pablo y Tecla, los Hechos de Pilato, el Protoevangelio atribuído a Santiago y las infancias de Nicodemo, de Jonás, de Pedro, etc. Rendle Short dice: "Tenemos pruebas evidentes de que las iglesias de los primeros tres siglos guardaron celosamente el canon de los libros reconocidos y ejercieron un agudo sentido crítico en cuanto a su autenticidad y autoridad".

Respecto al modo de reunir y preservar los libros que componen el Nuevo Testamento, el gran erudito Wescott afirma: "No se observa que se haya tenido un cuidado especial en los primeros siglos para preservar de desgastes los libros del Nuevo Testamento y para asegurar una transcripción perfecta y exacta... muy pronto desaparecieron los manuscritos originales y no se llegó a un acuerdo en cuanto al Canon hasta próximamente el 550. A. D. Antes de esa fecha, los lectores tomaban para su lectura los libros que preferían leer. El Nuevo Testamento, tal como lo

tenemos hoy, mas bien que decir que fué editado, podemos afirmar que sorprendió al mundo".

Por todo lo dicho podemos afirmar que el Nuevo Testamento, en vez de ser una colección de libros, constituye una reducción y selección de toda la gran literatura cristiana que circuló entre finales del primer siglo y comienzos del segundo. Ahora bien, esta selección nos lleva a preguntarnos cuáles eran las circunstancias que indujeron a fijar la lista o canon de los libros de autoridad.

Nuestra creencia cristiano-histórica nos afirma en la seguridad de que el Espíritu Santo, que dirigió a los escritores de los libros individuales, dirigió igualmente la selección y reunión de los libros para formar el llamado "Nuevo Pacto" (en griego "diazeke"), que por haberse traducido al latín por "testamentum" quedó en español y en otras lenguas en "Nuevo Testamento", según vimos ya.

No sería exacto decir, como el artículo VI de los 39 de la Iglesia de Inglaterra, que "la Iglesia nunca tuvo duda acerca de los libros canónicos", pues sabemos que existió la duda, especialmente en las epístolas de Pedro, Juan, Santiago, Judas y Apocalipsis. Sir Frederic Kenyon dice que incluso la Epístola de Clemente, la que pasó por el

nombre de Bernabé, y el Pastor de Hermas llegaron a tener casi, sino todas, las consideraciones de los libros canónicos. Así el "Codex Sinaiticus" incluyó la Epístola de Bernabé y el Pastor de Hermas, mientras que el "Codex Alejandrino" incluyó la 1.ª y 2.ª Epístola de Clemente.

Pero para demostrar que la Iglesia hizo una elección acertada, los eruditos comparan los libros del Nuevo Testamento con los distintos documentos apócrifos e incluso con los escritos de los padres apostólicos y en seguida se nota la superioridad de los libros canónicos que poseemos.

Un Comité de la Oxford Historical Theology Society da las siguientes citas de los libros canónicos en los libros de los padres que se mencionan:

(Antes hagamos la siguiente clasificación: A. Citados por nombre. B. Citados abiertamente. C. Cita muy probable. D. Dudosa.)

Didaché:

B. Traducción sinóptica común.
C. Mateo.
D. Lucas, Juan, Hechos, Romanos, etc.

Clemente:

A. Romanos, 1.ª Corintios, Hebreos.
C. Hechos, Tito.
D. 2.ª Corintios, Gálatas, Filipenses, Colosenses, etc.

Ignacio:

A. 1.ª Corintios.
B. Mateo, Juan, Efesios.
C. Romanos, 2.ª. Corintios, Gálatas, Filipenses, 1.ª y 2.ª Timoteo, Tito.
D. Marcos, Lucas, Hechos, Colosenses, Filemón, etc.

Policarpo:

A. 1.ª Corintios, 1.ª Pedro.
B. Romanos, 2.ª Corintios, Gálatas, Efesios, Filipenses, 2.ª Tesalonicenses, 1.ª y 2.ª Timoteo.
C. Juan, Hechos, Hebreos, 1.ª Juan.
D. Colosenses.

Bernabé:

B. Romanos.
C. Efesios, Hebreos.
D. Mateo, Lucas, Juan, 1.ª y 2.ª Corintios, etc.

Hermas:

B. 1.ª Corintios, Efesios.
C. Mateo, Marcos, Hebreos, Santiago.
D. Lucas, Juan, Hechos, Romanos, etc.

Tenemos por tanto, opiniones autorizadas en las distintas regiones a que se extendía la Iglesia entonces (Italia, Gaula, Africa, Egipto) sobre los libros del Nuevo Testamento que allí se consideraban de autoridad y se ve que a finales del siglo segundo los siguientes libros eran aceptados como canónicos, juntamente con el Antiguo Testamento: los Cuatro Evangelios, los Hechos, once epístolas de San Pablo, dirigidas a las Iglesias, el Apocalipsis, la 1.ª Carta de Juan y la 1.ª de Pedro. La posición de los otros libros era menos segura, pero pronto todos los que aparecen hoy en nuestro Nuevo Testamento fueron reconocidos como de autoridad por los hombres que el mismo Espíritu de Dios movió.

Y ese mismo Espíritu de Dios es el que hoy nos dice, al leer la Biblia: "esta es la Palabra verdadera".

Capítulo IX

LAS BIBLIAS EN ESPAÑOL

Dijimos en *Conozca la Biblia* (pág. 80) que antes de la reforma religiosa Inglaterra había traducido la Biblia completa, obra que llevó a cabo en 1382 Wycliffe. En su tiempo los libros se escribían a mano todavía, de modo que esta versión circuló en forma manuscrita; mas con el transcurso del tiempo nuevas traducciones y revisiones se llevaron a cabo para el lector de la Biblia inglesa, ya impresas, pues el arte de imprimir se introdujo en Inglaterra en 1477: Tyndale (1534), Coverdale (1535), Crammer (1539), etc., hasta llegar a la gran conferencia de 1604 en Hampton Court Palace, cuando Jaime I eligió a 47 eruditos para preparar la Biblia Autorizada, que tanto aman todavía los cristianos de habla inglesa. Otras versiones y revisiones han aparecido más tarde, pero ninguna ha podido arrancar el sabor literario y clásico de la versión del Rey Jaime. Es notable observar que mientras muchas de las Biblias conocidas llevan nombres de individuos:

Lutero, Le Fevre, Olivetan, Reina, De Valera, Diodati, Beza, etc., esta versión autorizada inglesa ha quedado en el anonimato.

Pues bien: lo mismo que en Inglaterra, en España la Palabra de Dios circuló manuscrita antes de la Reforma; pero con una particularidad: que fué en nuestro país en donde apareció por primera vez una versión de la Biblia en lengua moderna. Con estas palabras lo afirma A. R. Milles: "España tiene la honra de haber producido la primera versión completa de la Biblia en idioma moderno." Tienen razón quienes afirman que España es un país escriturario. Y al repasar la Historia nos preguntamos a qué alturas no habría llegado España de no ser por el freno que siempre pusieron a la Biblia las autoridades eclesiásticas.

En el siglo XIV Pedro López de Ayala decía en su *Rimado de Palacio:*

"Mas los nuestros perlados no lo tienen en cura
Asaz han que facer por la nuestra ventura
Cohechan los sus súbditos sin ninguna mesura
E olvidan la consciencia e la Sancta Escriptura."

Por su parte, el fraile Francisco Blanco, de la orden de Fray Luis de León, en su biografía de este último, que fué puesto en la cárcel por la Inquisición por haber traducido parte de la Biblia, cita del fallo: "... e por causas justas e respetos que a ello nos mueven, que debemos mandar y mandamos que por este Sancto Oficio se recoja el Cuaderno de los Cantares, traducido en romance y ordenado por el dicho Fr. Luis de León...", y al salir de la cárcel escribió Fray Luis en la pared aquellos famosos versos:

"Aquí la envidia y mentira
me tuvieron encerrado;
dichoso el humilde estado
del sabio que se retira
de aqueste mundo malvado
y con pobre mesa y casa
en el campo deleitoso
a solas su vida pasa.
Con sólo Dios se compasa;
ni envidiado ni envidioso."

La Biblia comenzó a leerse en España en una versión latina que algunos llaman Itala, pero que el escriturista Bover llamó "Vetus Latina Hispánica", y dice de ella: Primero, anteriormente a la introducción de la Vulgata en España existía en ella una versión latina de la Biblia, que presentaba caracteres peculiares privativamente hispánicos; segundo, esta versión no parece una sim-

ple adaptación o recensión de la Vulgata Latina Itala o Africana, sino una traducción fundamentalmente distinta y autóctona, que con todo derecho y propiedad debe denominarse "Vetus Latina Hispana"; tercero, de algunos libros se conservan hasta dos y tres versiones diferentes, indicio de que hubo no una sola versión, sino varias, parciales a lo menos, hechas en España.

Nos cuenta la Historia que en el año 394 el obispo de Bética, Lucinio, envió a Belén a seis escribas para conseguir una copia exacta de la versión de Jerónimo. Y es notable observar que además de la versión de Ulfilas para los godos otros reyes godos se dejaron influir por la Biblia, como Recaredo, que abolió la ley prohibitiva de casamientos entre godos y cristianos. Seis siglos más tarde Jaime el Conquistador, de quien se dice que aprendió sólo las Escrituras y las recitaba en las fiestas, cambia de espíritu y estipula en 1223 que "nadie puede leer ni poseer ejemplares de las Sagradas Escrituras, las cuales deben entregarse en el plazo de ocho días para ser quemadas..." Años después el Concilio de Tolosa hizo otro tanto, so pretexto de que los albigenses proyectaban sobre España su propaganda evangélica. Dice Scío: "En 1229 se habían acalorado

tanto los espíritus en las Galias que para extinguir las herejías de los albigenses tuvo por conveniente el Concilio de Tolosa prohibir a los legos el uso de la Biblia en idioma vulgar."

Comprenderemos lo que era vivir en estas épocas leyendo en la Constitución contra los Valdenses de Pedro II de Aragón lo que sigue: "Sépase que si alguna persona, noble o plebeya, descubre en nuestros reinos algún hereje y le mata o mutila, o despoja de sus bienes, o le causa cualquier otro daño, no por eso ha de temer ningún castigo; antes bien, merecerá nuestra gracia."

Apesar de todo ello el doctor Juan Orts puede decir en *El destino de los pueblos ibéricos* que "la Biblia, como fuente de inspiración y autoridad, como norma de fe y conducta, era más conocida y estimada en España que en Alemania e Inglaterra... El pueblo español conocía la Biblia mucho mejor que el pueblo alemán o el inglés antes de Lutero."

Es precisamente a un rey, Alfonso X el Sabio, a quien debemos nuestra primera traducción de la Biblia, hecha en 1280 y compuesta de cinco volúmenes, que incorporó a su Crónica Castellana. Lleva cien años de adelanto a la primera Biblia inglesa, y se encuentra en la Biblioteca de El Es-

corial. De su estilo antiguo nos daremos cuenta al leer Mat., 4.4: "El recudiol e dixo: Escripto esta: Non uiue ombre de pan solo, mas uiue de toda palaura que sal de la boca de Dios."

También Alfonso V, rey de Aragón, mandó hacer una versión a principio del siglo xv, que comprende dos volúmenes, igualmente archivados en la Biblioteca de El Escorial. El rey don Juan II de Castilla, a mediados del siglo xv (1435), mandó hacer otra versión de la Biblia al castellano, y ésta se atribuye al rabino Moisés Arragel ("el Experto"). Es más conocida por la Biblia del duque de Alba, y consta de 515 páginas, escritas con letra minúscula y adornada con 290 miniaturas en oro y colores. La historia de esta traducción es interesante. El católico español don Luis Guzmán pide la versión a cualquier precio a un judío, incluso sus glosas al texto. Menéndez y Pelayo dice que "es notabilísima como lengua", en tanto que don Antonio Paz la considera superior a todas las demás versiones.

De los manuscritos que tenemos en España la Facultad de Filosofía y Letras de Buenos Aires ha publicado facsímiles en volúmenes titulados "Biblia Medieval Romanceada".

En catalán se conoce como manuscrito el de Palau, de un solo volumen, con 121 folios de papel escritos por ambas caras. Tanto el papel como la escritura parecen pertenecer a la primera mitad del siglo xv. Todos los detalles relativos a las primeras traducciones de la Biblia a la lengua del Sur de Francia y Cataluña han sido atentamente examinados por Samuel Berger en *Les Bibles provençales et Vaudoises*. Este escritor cree que se puede afirmar confiadamente que ya en el siglo xii un fragmento que contenía cinco capítulos de Juan fué traducido al provenzal.

En el siglo xiii, 25 de diciembre de 1287, el rey Alfonso II de Aragón ordenó a Jaime de Montjuich que tradujese la Biblia francesa al catalán, no sabiéndose si llegó a terminarla antes de su muerte, en 1290 (*Documents per l'Historia de la cultura mig-eval catalana,* de Antonio Rubió y Lluch). En la Biblioteca Nacional de París se conservan dos manuscritos catalanes; uno contiene todo el Nuevo Testamento. En Barcelona se halla el manuscrito "Palau", y en la Biblioteca Colombina de Sevilla hay otros manuscritos de dicha lengua.

En 1478 aparece la Biblia de Ferrer, editada en Valencia. Fué una traducción de la Vulgata al valenciano.

Hemos tratado hasta aquí de los documentos manuscritos. Veamos, luego del trascendental invento de Gutenberg, las obras que fueron impresas. Entrando en el siglo XVI aparece la Biblia monumental llamada Poliglota Complutense, de Complutum, nombre latino de Alcalá de Henares, donde se publicó en 1520. El arzobispo de Toledo Francisco Jiménez de Cisneros, que fundó la Universidad, dió vida a la obra, que es la primera de las poliglotas del mundo también. Así, A. T. Robertson dice: "En el Renacimiento el mundo despertó con el Nuevo Testamento en griego en las manos. Pero España despertó con el Nuevo Testamento en griego en la mano izquierda y el Antiguo Testamento en latín en la derecha."

La relación de esta Poliglota con el texto de Erasmo ya la vimos en otro capítulo. Las lenguas empleadas en la obra fueron: hebreo, caldeo o arameo, griego, latín, y entre los eruditos que trabajaron en ella figuran López de Zúñiga, Antonio de Nebrija, Núñez de Guzmán, etc. Esta Biblia poliglota fué reproducida en Amberes por

Benito Arias Montano, en 1572, según órdenes del rey Felipe II, con ciertos cambios. Consta esta Poliglota de ocho volúmenes, de seis la de Alcalá, de diez la de París y de seis la de Londres. Estas dos añaden otras lenguas, entre ellas el árabe y el siríaco.

El objeto formal de las poliglotas (del griego *poliglotos,* muchas lenguas) es científico, a saber: facilitar la comparación del texto original de los Libros Sagrados con las antiguas versiones, al objeto de "rescatar" el texto primitivo. La primera de las poliglotas, como vimos, se debe a Orígenes, con su famosa Hexapla, y después de los trabajos de este erudito encontramos la obra de Cisneros. Ahora bien: como estas ediciones poliglotas iban destinadas a las personas instruídas y su número de tirada era muy escaso, no fué hasta el verdadero impulso de la Reforma cuando la Biblia llegó más abiertamente al hombre de la calle.

En este intervalo, tras la publicación en 1534 de los Salmos, Evangelios y Epístolas del ilustre Valdés, y de sus comentarios teológicos, aparece en Amberes el primer Nuevo Testamento en español en 1543, que reza así: "El Nuevo Testamento de nuestro Redemptor y Saluador Iesu,

traduzido de griego en lengua castellana por Francisco de Enzinas, dedicado a la Cesarea Magestad".

Este Francisco de Encinas era un reformador español natural de Burgos, emigrado a Alemania y amigo de Melanchton, quien se supone le llevó al conocimiento de Cristo. Quiso Encinas antes de dar su obra al público presentar un ejemplar al Emperador, y a tal efecto se dirige a Bruselas. Es curiosa la conversación sostenida con el Emperador:

—¿Qué libro quieres dedicarme?

—Señor, una parte de las Sagradas Escrituras que llamamos el Nuevo Testamento, fielmente trasladada por mí al castellano; en ella se contiene principalmente la historia evangélica y las cartas de los Apóstoles...

—¿Eres tú el autor de esa obra?—replicó Carlos V.

—El Espíritu Santo—dijo Encinas—es el autor. Inspirados por El, algunos santos varones escribieron para común inteligencia estos oráculos de salud y redención en lengua griega. Yo soy únicamente su siervo fiel y órgano débil, que he traducido esta obra en lengua castellana.

—¿En castellano?—preguntó el Emperador—. Sea como quieras, con tal que nada sospechoso haya en el libro.

Sin embargo, el Sagrado Libro pasa a la censura, y Encinas es encarcelado; la edición fué pronto recogida por las autoridades eclesiásticas, y hoy son escasos los ejemplares de la misma. Después de quince meses de cárcel llega salvo a Amberes y continúa su obra de escritor. En el verano de 1552, ya casado con Margarita Elter, va a Ginebra a conocer a Calvino. Muere Encinas el 30 de diciembre, víctima de la peste, en Estrasburgo. El doctor North llama a Encinas "el Tyndale de la Biblia española".

Del primer Testamento impreso en castellano pasamos al primer Antiguo Testamento impreso en castellano. Se debió a ciertos eruditos judíos que, desterrados de la Península Ibérica por Fernando e Isabel, en 1492, fueron a vivir a Italia, donde había mayor libertad religiosa, y en aquella localidad, en Ferrara, aparece en 1553 la "gran versión de Ferrara", hecha del original hebreo.

Hubo varias ediciones de esta Biblia, y los que trabajaron en la obra la dedicaron al duque Hércules II, a doña Gracia Nazi y al duque de Fer-

rara, variando las ediciones sólo en las dedicatorias. Una palabra, sin embargo, varió en las ediciones: "moza", donde Reina-Valera dicen "virgen", y que luego apareció sin traducir ("alma") para evitar discrepancias. Tanto el editor como el impresor, judíos, llevaban nombres cristianos; el primero, llamado en Portugal Duarte Pinel, era Yom Tob Atias, y el segundo, llamado en España Jerónimo de Vargas, era Abraham Usqué.

Esta Biblia de Ferrara es de sumo interés, porque en ella se basa mayormente la versión del Antiguo Testamento que hiciera Casiodoro de Reina dieciséis años más tarde. El dijo: "De la vieja traslación española impresa en Ferrara nos avemos ayudado en semejantes necesidades más que de ninguna otra que hasta ahora hayamos visto, por darnos la natural y primera significación de los vocablos hebreos y las diferencias de los tiempos de los verbos..." Parece ser que en Buenos Aires, Escorial, Amsterdam, Londres, etc., existen ejemplares de esta obra.

Seguidamente pasamos a la versión que hiciera del Nuevo Testamento Juan Pérez de Pineda. Esta es la segunda edición del Nuevo Testamento, en realidad una revisión de la de Encinas.

Juan Pérez era andaluz, natural de Montilla, y según parece llegó a actuar de encargado de negocios del emperador Carlos V en Roma por el año 1529. Vuelto a España obtuvo el grado de doctor en Teología, y entabló relaciones con los doctores Egidio y Constantino Ponce de la Fuente, como igualmente con Cipriano de Valera, que simpatizaba con la Reforma. A este respecto es interesante citar de la biografía de Juan Pérez hecha por Benjamín W. Wiffen: "Cuando Egidio se hizo sospechoso de herejía y le prendió la Inquisición, en el año 1557, varios de sus amigos, sobrecogidos, buscaron su salvación y refugio yéndose a Suiza o Alemania. Cuéntase en este número a Juan Pérez, Casiodoro de Reina y Cipriano de Valera, todos ellos ocupados sucesivamente durante el tiempo de su trabajoso destierro en preparar e imprimir la traslación de la Biblia en su lengua nativa. De España se fué Juan Pérez directamente a Ginebra, y en el espacio de unos cinco años de tarea concluyó sus traducciones del Nuevo Testamento y de los Salmos, la primera impresa en el año 1556 y la otra en el año siguiente."

A juzgar por las portadas de estas dos obras ambas fueron editadas en Venecia, pero los en-

tendidos afirman que esa era una manera de despistar a la Inquisición y que en realidad fueron impresas en Ginebra. En el auto de fe de Sevilla (24 de septiembre de 1559) el doctor Pérez fué quemado en "efigie", mientras seguía de pastor de una congregación de españoles refugiados en Ginebra.

La primera versión completa de la Biblia directamente de los originales hebreo y griego se la debemois a Casiodoro de Reina, otro andaluz nacido por el 1520, según unos en Granada, según los más en Sevilla. Parece de general acuerdo que siendo fraile en esta última localidad llegó al conocimiento de las doctrinas evangélicas difundidas por Constantino Ponce y Julianillo Hernández, el héroe de la introducción de la Biblia en España en tiempos de la Inquisición.

Por esta razón Casiodoro, haciéndose sospechoso de herejía, tuvo que huir a Ginebra, refugio de desterrados protestantes, y se relacionó con la Iglesia italiana de aquella localidad; más tarde se afilió a la Iglesia francesa de Francfort del Maine, y en 1560 se encuentra en Londres pastoreando una congregación de españoles refugiados.

Había deseado vivamente desde su salida de España verter toda la Biblia a la lengua castellana,

y para ello empleó doce años, partiendo de las lenguas originales y consultando la versión castellana de Ferrara y la latina de Sanctes Pagnino. Estuvo en contacto personal con los principales protestantes de Amberes, Francfort, Heidelberg, Estrasburgo, Basilea y Ginebra. El ejemplar que el autor regalara a la Universidad de Basilea dice en latín: "Casiodoro de Reina, español, sevillano, alumno de esta ínclita Academia, autor de esta traducción española de los Sagrados Libros, en la cual trabajó por diez años cumplidos, llegando a imprimirla con auxilio de los piadosos ministros de la Iglesia de Basilea y por decreto del prudentísimo Senado, en la imprenta del honrado varón Tomás Guerino, ciudadano de Basilea, dedica este libro a la ilustre Universidad, en muestra de perenne gratitud y respeto."

La Biblia, de la que quedan muy raros ejemplares, presenta en la portada un tronco de árbol hendido por medio, con un mazo suspendido de una rama; en el hueco del árbol un enjambre de abejas ha laborado un panal de dulce miel, que un oso está lamiendo. Al pie del árbol se ve un libro con el tetragrámaton hebreo, que representa el nombre de Dios, y las mismas abejas parecen extraer de dicho libro la miel que trasladan

a los panales. No deja de ser significativo el simbolismo, especialmente en aquellos días, y por él se conoce comúnmente a dicha Biblia o versión por "la Biblia del Oso". En esencia esta versión es la que todavía poseemos y la que durante el tiempo transcurrido ha dado tanto fruto espiritual, pues como veremos luego, Cipriano de Valera se limitó a practicar una revisión. De esta traducción de Reina dice Menéndez y Pelayo, católico: "Como hecha en el mejor tiempo de la lengua castellana, excede en mucho a la moderna de Torres Amat y a la desdichadísima del padre Scío."

Después de la impresión de la Biblia (escribió a París a Diego López para que le mandase un tipógrafo, Bartolomé Gómez), Casiodoro marchó a Estrasburgo, y en 1570 a Francfort, donde el Senado le nombró ciudadano de aquella ciudad. Su retrato se conserva en el salón de sesiones de la Comunidad holandesa de aquella ciudad, y las letras que aparecen son: "Casiodoro de Reina, natural de Sevilla, ciudadano de Francfort sobre el Main y pastor de los franceses luteranos, primeramente en Amberes y luego en Francfort, en donde murió el 15 de marzo de 1594." Hay unos versos en alemán, que rezan:

"Ein Spanier von Geburt, ein gwter Protestant,
Ein treuer Prediger, ein Mann von grossen ga-
[ben..."

o sea:

"Español de nacimiento, buen protestante;
Fiel predicador, hombre de grandes talentos;
En Amberes y aquí en Francfort bien conocido.
Este era REINA. *¿Qué puede desear?*
Entre los holandeses su nombre queda muy esti-
Porque ha merecido bien de su Iglesia." *[mado,*

Otro sevillano también, al convertirse, tuvo que emigrar de su patria para salvar la vida. Nació Cipriano de Valera por los años 1531 a 32, y fué en Sevilla condiscípulo de Arias Montano, el que más tarde compiló la Biblia Poliglota, teniendo igualmente relaciones con el doctor Ponce, antes mencionado; el doctor Egidio, Juan Pérez, Casiodoro de Reina, etc. En 1558 se encuentra Cipriano de Valera en Ginebra en contacto con otros evangélicos desterrados de España y de Italia, y más tarde pasa a Inglaterra, donde se casó, obtuvo su título de licenciado en Filosofía y Letras en Oxford y pasó la mayor parte de su vida. Su actividad como escritor evangélico le hizo ganarse el título, conferido por el Santo Oficio, de

"el hereje español"; pero la obra que más realce ha dado a Cipriano fué su revisión de la Biblia de Casiodoro de Reina, por lo que su nombre aparece unido al de éste en la Biblia que todavía utiliza la cristiandad evangélica de habla española.

Casiodoro de Reina dijo: "Exceptuando el tiempo empleado en viajes y el que estuve enfermo, no se me cayó la pluma de la mano durante nueve años enteros", y Valera, en su obra de revisión, escribe: "Me llevó veinte años de mi vida, desde los cincuenta hasta los setenta." En 1596 reimprimió con pequeñas alteraciones el Nuevo Testamento de Reina, y en 1602 publicó su revisión completa en Amsterdam. Hizo una comparación inteligente de la versión española con los textos originales y con otras traducciones, en especial la francesa de Ginebra. Su Nuevo Testamento volvió a publicarse en la Poliglota de Nuremberg en 1597. Refiriéndose al trabajo de Casiodoro dice Valera: "Conforme a mi juicio y al juicio de todos los que la entienden, es excelente, y así la hemos seguido cuanto hemos podido palabra por palabra." Como Casiodoro, él defiende el derecho y necesidad de publicar y hacer circular las "traslaciones al idioma vulgar", y explica con razones de peso histórico y dogmático por qué no incluyen los libros apócrifos, colocándolos aparte, pues dice: "Son útiles para la edificación de los fieles, pero no deben ser usados para confirmar doctrinas de la fe".

No se sabe la fecha ni la localidad en que muriera Cipriano de Valera, pero su recuerdo, como el de Casiodoro, quedará perenne en la Historia, y los evangélicos de lengua española le quedarán eternamente reconocidos. Justo es afirmar que los comentarios hechos sobre su trabajo son todos elogiosos, excepción hecha, cosa comprensible, del padre Scío.

Menéndez y Pelayo dice: "Mejoró en general el trabajo de sus antecesores... Al fin y al cabo está hecha en el Siglo de Oro, por más que no le falten galicismos, nacidos de la familiaridad del autor con las personas y libros de los calvinistas de Ginebra." El argentino Daniel Hall escribe: "Esta versión de Reina-Valera es superior a la Versión Autorizada inglesa y también a su Revisada... ¡Gloria a aquellos nobles protestantes españoles, a quienes tanto debemos y a quienes tan poca justicia se ha hecho!" El católico Lamy comenta: "Dichas versiones están tan bien desempeñadas que hacen un gran honor a la nación española y

la colocan por esta razón en un grado superior a todas las naciones cultas de la Europa, pues todos saben que dichas versiones forman una de las épocas más gloriosas de la literatura española de aquellos siglos..." H. C. Thompson afirma: "Sus autores manifiestan haber penetrado a fondo las Sagradas Escrituras y haber poseído con perfección los idiomas griego y hebreo, cuyos idiotismos vierten en el nuestro con la más feliz propiedad y claridad."

Y ahora veamos el comentario de Scío de San Miguel: "Estos dos autores fueron calvinistas, se apartaron de la Vulgata latina y contaminaron su versión con el veneno de sus errores."

Seguidamente pasamos a la versión de Scío. Este obispo de Segovia publicó en 1790 su versión del Nuevo Testamento, y en 1793 toda la Biblia, adornada con 300 láminas. Fué la primera Biblia impresa en España, cosa natural por ser católica; pero fué una traducción de la Vulgata con espíritu tan sectario que el mismo Menéndez y Pelayo, como sabemos, la califica de "desdichadísima". No es de extrañar que este traductor pensara que el traducir fielmente de los originales era contaminar la Biblia "con el veneno de sus errores". Para evitar estos "errores" se publicó

en Madrid otra edición de la obra de Scío en diecinueve volúmenes, acompañando a su versión el texto de la Vulgata y sus propios comentarios.

Los católicos siguieron traduciendo de la Vulgata, mientras los protestantes tuvieron versión directa de los originales, durante años y años. Y en 1823 aparece otra traducción de la Vulgata, hecha por Félix Torres Amat, obispo de Barcelona. Setenta años más tarde, en 1893, aparece en la América de habla hispana, después del anónimo Nuevo Pacto de Nueva York (1870), una nueva versión hecha por protestantes, la Versión Moderna, de H. P. Pratt, que no acabó de satisfacer, entre otras razones por ser extranjero su autor. Más tarde fué modificada, llegando a ganar este comentario de Miles: "Es la más fiel a los originales de cuantas se conocen en castellano". No obstante, Clifford dice muy bien: "Como Biblia para lectura diaria no ha logrado imponerse... es valiosa como libro de consulta". A este respecto, resulta muy interesante el comentario del erudito Pablo Besson: "Casiodoro de Reina distinguió cuidadosamente lo que confundió el Sr. Pratt en la Versión Moderna: la traducción y la interpretación".

Transcurrieron más de dos décadas, y en 1919 aparece un Nuevo Testamento, versión del erudito antes citado, Pablo Besson, pastor bautista de la Argentina, que siendo de origen suizo, cursó estudios en el Colegio Latino de Neuchatel, en Stuttgart y en las Universidades de Basilea, y Leipzig. Al renombrado profesor Godet debe Pablo Besson su método gramatical e histórico de interpretación de las Escrituras. Incansable en su trabajo por el Señor, que fué amplio, emprendió la difícil tarea de traducir del griego al castellano el Nuevo Testamento a los 73 años de edad. A su traducción añadió notas introductorias preliminares y colocó las cartas, después de los Hechos, en orden cronológico.

Finalmente, tenemos otra versión española del Nuevo Testamento, la conocida por "Hispano-Americana", en la cual intervinieron pastores de España, y vió la luz en el año 1923; fué auspiciada por la Sociedad Bíblica Británica y por la Americana. Aunque el pastor Besson manifestó en algún escrito alguna disconformidad con esta versión, según otros es "la mejor que existe, en cuanto a la pureza del idioma castellano moderno, y por fidelidad de la traducción".

Desde esta fecha se registra un importante acontecimiento en España, la publicación de dos biblias católicas, traducidas directamente de los originales, comparando otras, y, lógicamente, tambien la protestante española. Según el católico Gil-Ulecia "no podían bastar las biblias españolas de tercera mano" (traducciones de traducciones)—refiriéndose a las de Scío y Amat—a nuestro deseo de ponernos en contacto más directo en nuestra lengua con las "cartas escritas por la Divinidad al hombre desterrado" y esto, sin necesidad de beber impuras y venenosas aguas..."

Estas dos Biblias que Gil-Ulecia pondera son las de Nácar-Colunga y Bover-Cantera, aparecidas respectivamente en 1944 y en 1947. Pero si Arragel empleó doce años en su trabajo, si Casiodoro doce, si Valera veinte, etc., estos señores, según Ulecia y confesión propia, emplearon "sólo unos meses en ultimarla (y eso quizá con más prisa que la que fuera menester)".

No otros, sino los católicos han hecho comentarios poco favorables a dichas versiones. Benito Celada, en "Cultura Bíblica", escribe:

"Temo que a los beneméritos autores de las recientes versiones de la Biblia les resulten de-

masiado oficiosos estos artículos críticos comparativos. La desgracia es que se haya confundido tan frecuentemente la crítica de libros con la alabanza ditirámbica, a base de decir amén a todo los que los autores ofrecen en el prólogo. El día que reunamos todas las aportaciones positivas de los autores de reseñas, tanto de Nacar-Colunga como de Bover-Cantera, veremos que casi se reduce a nada... El hecho de la aparición de estas Biblias nos ha llena do de alegría, porque, aunque estuviesen mal hechas, son, por fin, punto de partida para algo... Queda, pues, bien sentado que Nacar-Colunga y Bover-Cantera, por haber conocido a Kittel-Kahle no tienen ventajas sobre las versiones que no han conocido esta edición de la Biblia."

Otro católico, S. Muñoz Iglesias, dice: "Hecha esta salvedad, permítasenos decir que no consideramos todavía perfecta ninguna de estas dos versiones". En un extenso y documentado artículo, David Gonzalo de Maeso, profesor de hebreo, dice en revista católica de la Biblia Bover-Cantera: "El subtítulo de versión crítica tal vez parezca a muchos demasiado pretencioso; no pasa, en efecto, de ser un modesto ensayo de consignación de algunas variantes al final de cada libro, muy pocas

en relación con las que anotarse podrían. Por lo tanto, también se nos figura exagerado el aserto, leído en la prensa, de que el autor encargado de esa parte "ha compulsado todas las variantes filológicas aparecidas en las obras y revistas hebraicas..." "todo el que conozca la inmensidad de la bibliografía escriturística y las dificultades actuales para el conocimiento y adquisición de publicaciones no podrá por menos que sonreir ante tal afirmación..." "la excesiva literalidad desemboca a menudo en servil sujeción a la letra que mata... respecto a *la máxima fidelidad o exactitud*... que lo hayan conseguido lo ponemos en tela de juicio". Después de entretenerse el autor en mostrar que el hebreo ha sido ligeramente traducido, viene al libro de los Salmos. "Mención especial merece el libro de los Salmos, que a base de la *versión rigurosamente literal,* dada por el señor Cantera, han sido puestos en verso por el P. Fernando Valle, poeta y competente profesor de griego; pero no se dice de él que sea hebraísta, condición imprescindible para tal empresa..." Pasa luego al Nuevo Testamento para decir: "se deja entrever demasiado la construcción latina de la Vulgata en numerosas locuciones y giros, algunos del todo impropios en cas-

tellano y otros de factura poco expedita" (cita una serie de ejemplos).

El canónigo lectoral de Valencia, Juan Angel-Oñate, refuta también muchos pasajes de Nacar-Colunga y Bover-Cantera en otra revista católica y aporta muchos ejemplos de mala traducción de dichas Biblias.

Deben, por tanto, los evangélicos de la lengua hispana estar confiados en que la Versión que poseen de Reina-Valera es la mejor que hasta el día se ha conseguido, ya sea por protestantes o por católicos. Esto no quiere decir que algunas de sus palabras o frases no tengan sabor del medievo, cosa natural, ya que el lenguaje de los pueblos se renueva con los siglos, pero, en esencia, la Biblia que poseemos es la de mayor confianza en el día de hoy.

Antes de cerrar el capítulo y poner fin al libro, el lector debe quedar informado de lo más reciente en materia de versión o revisión en lengua española, esto es, la revisión de esta clásica Biblia Reina-Valera.

Desde 1602 hasta 1909 se hicieron algunos intentos de revisión de esta Biblia, ya sea del Nuevo Testamento o de toda ella, pero ninguno de ellos ha sido tan importante como el llevado

a cabo hace un par de años en América, donde se formó un Comité apoyado por más de sesenta consultantes.

Los principios aprobados por la Comisión correspondiente fueron:

1.º Conservar en lo posible el fondo y la belleza de estilo de la Versión Reina-Valera.

2.º Ceñirse al Textus Receptus el manuscrito más antiguo que emplearon Casiodoro de Reina y Cipriano de Valera para su trabajo.

3.º No sacrificar términos castizos por el deseo de introducir términos regionales.

4.º Suprimir palabras de dimensión vulgar y términos arcaicos en desuso.

5.º En pasajes dudosos, en la traducción del hebreo o griego al castellano, consultar preferentemente las Versiones Revisada Inglesa y la Standard Americana, además del Comentario Crítico Internacional.

El Comité fué formado por representantes de la Sociedad Bíblica Británica y la Americana y por hombres destacados de las distintas naciones de Centro y Sur América, siendo consultadas algunas personas de España. Se distribuyeron para trabajar hojas sueltas de la Biblia a las que se hacían innumerables sugerencias que luego eran

estudiadas en el anexo, ofrecido al efecto, del Seminario Bíblico Latinoamericano, de Costa Rica, también en Méjico y en otros lugares.

Este trabajo, cuando vea la luz, no pretenderá ser un trabajo definitivo, sino un paso hacia adelante en la revisión a fondo que podría hacerse en un futuro. El mismo Comité dice: "La presente revisión es justamente un paso más en la misma dirección de hacer más entendedera la Escritura en español al pueblo".

Conviene decir que más necesidad tienen de la revisión los latinoamericanos que los españoles mismos, a pesar de lo cual hay muchos allá que objetan a "cambiar el estilo del Siglo de Oro". Para nosotros, por ejemplo, no hay necesidad de cambiar la palabra "coger" (mencionemos un versículo tan sólo, Gen. 8.9, "cogiéndola, hízola entrar" pero para ciertos sudamericanos parece imperioso cambiarlo, y así aparece en la nueva versión como sigue: "tomándola, la hizo entrar" (y tantos ejemplos más).

Este trabajo se circulará, probablemente, a finales del año 1955 y parece que se presenta principalmente como revisión de palabras; millares de ellas han sido cambiadas a lo largo de las páginas de la Biblia: crear por criar, salvación

por salud, modo de vivir por conversación, dar a luz por parir, amor por caridad, participar por comunicar, preparar por aparejar, tropiezo por escándalo, etc., etc. Pero no se ha cambiado la palabra Jehová por Señor.

Lo que tal vez "llene" más el ojo del lector serán las modalidades introducidas en la presentación de dicha Biblia, o sea, la Concordancia de que va provista, los nuevos mapas con distinta perspectiva, los encabezamientos de secciones, el nuevo sistema de referencias y las nuevas notas marginales. No dudamos, en fin, de que la nueva Biblia será un excelente libro de consulta y estudio para los evangélicos de España.

Cita de "Thoughts and Adventures"

"Creemos que la visión más científica y el concepto más racionalista y más moderno encontrarán su plena satisfacción considerando al relato bíblico literalmente... Podemos estar seguros de que todas estas cosas sucedieron en la forma en que el Santo Espíritu las registró y que acontecieron a gentes no muy diferentes de nosotros; que las impresiones que ellos recibieron fueron registradas fielmente y transmitidas a través de los siglos con mucha más exactitud que las noticias que se telegrafían y se leen hoy...

Que los hombres de ciencia y de erudición amplíen sus conocimientos y prueben con sus investigaciones todos los detalles de aquellas historias que se nos han conservado desde aquellas edades oscuras. Todo cuanto harán será fortificar la gran sencillez y exactitud de las verdades registradas que han iluminado hasta hoy el peregrinar del hombre."

SIR WINSTON CHURCHILL.

En preparación:
«CON LA BIBLIA POR ESPAÑA»

Price: One dollar.
Para España: 35 ptas.